

A man wearing a light-colored cowboy hat and a light-colored, long-sleeved button-down shirt is standing in a field. He is holding a coiled lasso in his right hand. The background shows a sunset or sunrise over a field with trees in the distance. The overall color palette is warm, with shades of orange, yellow, and purple.

DIANA

Autora best seller de The New York Times

PALMER

Un hombre
DIFÍCIL

DIANA
PALMER

Un hombre
DIFÍCIL

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Diana Palmer
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un hombre difícil, n.º 249 - febrero 2019
Título original: Wyoming Rugged
Publicada originalmente por HQN™ Books.
Traducido por Jesús Gómez Gutiérrez

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1307533-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Si te ha gustado este libro...

Capítulo 1

El padre de Nicolette Ashton siempre estaba intentando que saliera con hombres. Pero los hombres no le gustaban tanto como las piedras. Era tímida e introvertida con los desconocidos.

De cara bonita, cutis suave y largo cabello de color rubio platino, tenía ojos de mañana nublada de septiembre y una figura igualmente bella, pero rechazaba a todos sus pretendientes. Ya había un hombre en su vida, aunque él no se diera por enterado porque la consideraba demasiado joven.

Por desgracia, eso no impedía que Niki lo deseara. Y lo deseaba hasta el extremo de que no había salido con ningún chico durante su paso por la universidad.

Sus bienintencionadas amigas le decían que necesitaba un poco de amor, que tenía que vivir la vida y buscarse novio. Y quizá estuvieran en lo cierto.

Quizá fuera lo mejor. Al fin y al cabo, no se podía decir que el objeto de su afecto sintiera lo mismo por ella.

A finales de semestre, le organizaron una cita. Niki no conocía al chico en cuestión. No era de Catelow, la localidad de Wyoming donde estaba el rancho de sus padres, con los que vivía; era de Billings, Montana, donde estaba su universidad. Y, cuando quedó con él, deseó no haberse prestado nunca a una cita a ciegas.

Tan desconsiderado como grosero, Harvey se negó a llevarla de vuelta al rancho de su familia e intentó convencerla para que fueran a su apartamento.

El rancho solo estaba a veinte minutos de allí, así que la distancia no era un problema. Pero Niki supo que no se negaba por eso, sino porque tenía intenciones románticas.

Harvey no estaba acostumbrado a que lo rechazaran. Era muy atractivo y, por si eso fuera poco, también era la estrella del equipo de fútbol americano de la facultad, lo cual significaba que las mujeres se rendían a sus pies constantemente. Sin embargo, Niki no era como la mayoría, e insistió tanto en que la llevara a su casa que, al final, se salió con la suya.

—No te entiendo —dijo el joven cuando aparcó en el vado de la gran mansión victoriana—. Debes de ser la única chica del condado que se niega a tener relaciones sexuales.

—Pues lo seré, pero te recuerdo que yo no dije que quisiera acostarme contigo, Harvey. Hemos quedado para cenar. Solo para cenar.

Él la miró durante unos segundos y preguntó: —¿Tu padre está en casa?

—No lo creo, porque tenía una reunión de negocios. Pero un amigo suyo se va a quedar unos días en casa, y está a punto de llegar —dijo, falseando un poco la verdad.

Efectivamente, su padre estaba esperando a un viejo amigo suyo, dueño de una multinacional petrolífera: Blair Coleman, el hombre del que Niki estaba encaprichada desde la adolescencia, aunque él no le hiciera ningún caso. Sin embargo, ella no sabía si iba a llegar esa noche. Solo sabía que no se fiaba de Harvey.

—Bueno, será mejor que me vaya —continuó.

—Te acompaño hasta el porche.

Harvey salió del vehículo, le abrió la portezuela y la acompañó a la entrada de la casa, donde le lanzó una mirada extraña; pero Niki se sentía tan aliviada que ni siquiera se dio cuenta. En cuanto entrara en su domicilio, se libraría de él. O eso creía.

—Gracias por traerme, Harvey.

—De nada —replicó él, sonriendo.

Niki metió la llave en la cerradura, y se llevó una sorpresa al ver que el cerrojo no estaba echado. ¿Habría llegado su padre? Fuera como fuera, entró rápidamente y se dio la vuelta con intención de despedirse de Harvey, pero él la siguió al interior, cerró la puerta y exclamó: —¡Maldita frígida! ¡Ahora te vas a enterar! ¡Todas las chicas con las que salgo se acuestan conmigo! ¡Todas!

Harvey la arrastró al salón. Niki no era pequeña, sino alta y esbelta; pero no sabía artes marciales ni nada parecido. Además, acababa de salir de una enfermedad que la había dejado bastante débil, y no tenía ninguna posibilidad frente al musculoso jugador. Pero, cuando él la tumbó en el sofá y se puso encima, se puso tan furiosa que intentó resistirse.

—¡Suéltame, idiota! —bramó—. ¡No dejaré que...!

—No lo podrás impedir —la interrumpió, rasgándole el vestido—. Y aquí no hay nadie que te pueda ayudar.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Niki se giró hacia el hombre de voz ronca que acababa de pronunciar esas palabras. Era él, la razón por la que no salía con nadie. Él, más grande que la vida misma. Él, Blair Coleman.

Harvey, que había bebido demasiado, no fue consciente del problema que se acababa de buscar. O al menos, no lo fue hasta que Blair lo agarró del cuello, lo apartó de Niki y lo tiró al suelo.

—¡No sabes con quién te has metido! ¡Soy un deportista! ¡Atravesaré la pared con tu cabeza! —rugió Harvey.

El joven se levantó del suelo y embistió como un toro, pero se topó con un puño que se le hundió en el estómago y lo derribó.

Mientras intentaba recuperarse, su contrincante lo volvió a agarrar del cuello y le pegó un segundo puñetazo, que esta vez lo mandó volando por encima del sofá donde aún estaba la sorprendida Niki.

—¡Se lo diré a mi padre! —exclamó la estrella de fútbol americano—.

¡Tiene todo tipo de abogados!

—Bueno, yo también tengo unos cuantos. Y, ahora, levántate y pide perdón a la joven —le ordenó.

—No, yo no voy a... —replicó, flaqueando.

—Tú sabrás lo que haces. Quizá prefieras que llame a la oficina del sheriff. Blair sacó su teléfono móvil, y Harvey cambió radicalmente de actitud.

—Lo siento, Nicolette. Lo siento mucho —dijo, colorado.

Ella lo miró con rabia.

—No lo sientes tanto como lo vas a sentir cuando le diga a mi padre lo que has hecho.

—¡Ha sido por culpa del alcohol! He bebido demasiado —se intentó justificar—. Y no me amenes, o contaré cosas de ti en las redes sociales.

—No te lo recomiendo, salvo que quieras verte obligado a salir del país —intervino Blair—. Mi gente te estará vigilando y, como se te ocurra escribir algo sobre Niki, irán a buscarte. ¿Ha quedado claro?

—Sí... muy claro.

—Entonces, lárgate de aquí.

Harvey salió apresuradamente de la casa, se subió al coche y arrancó. Blair se acercó a una ventana para asegurarse de que se iba, y Niki lo miró con detenimiento.

Su ropa era informal, pero de pantalones caros que se ajustaban a sus musculosas piernas y camiseta de diseñador que enfatizaba sus formidables músculos. Sus ojos eran negros y el pelo, del mismo color. Tenía una nariz grande, unos labios perfectos y un cuerpo tan bien trabajado que no le sobraba ni un gramo de grasa.

Niki lo adoraba desde la primera vez que lo vio, cuando solo era una adolescente de diecisiete años; y desde entonces, estaba obsesionada con él.

Aquel hombre de piel morena aparecía constantemente en sus sueños, haciendo que deseara cosas que no había experimentado jamás.

—Gracias —le dijo, respirando con dificultad—. Harvey es demasiado fuerte para mí, y no me habría podido defender.

—Tienes asma, ¿verdad?

Ella asintió.

—Y encima, me estoy recuperando de una neumonía —contestó—. No sabes cuánto me alegro de verte.

Blair sonrió con dulzura.

—Y yo de verte a ti, aunque habría preferido que fuera en circunstancias distintas —replicó.

Niki rio, intentando cerrarse el vestido roto.

—Yo también lo habría preferido. Menos mal que estabas en casa.

—¿Te ha hecho daño?

—No, no lo creo.

—Anda, déjame ver.

Blair se sentó a su lado y llevó una mano a la zona del desgarrón. Niki se sobresaltó, y él la intentó tranquilizar porque creyó que había reaccionado así por timidez, cuando en realidad era por deseo.

—No te preocupes. Soy demasiado viejo para intentar seducir a una jovencita de tu edad. Además, estoy comprometido.

Niki se sintió como si le hubieran dado una bofetada. El hombre de sus sueños la consideraba una niña y, por si eso no fuera suficientemente humillante, se iba a casar con otra.

—No pasa nada, Blair. Es que he tenido una mala noche...

—Ya me he dado cuenta.

Blair apartó la tela rasgada, haciendo un esfuerzo por no mirar sus firmes, pequeños y preciosos senos, ocultos tras un sostén de encaje. Tenía magulladuras bajo el cuello y en los hombros.

—Tendría que haberle pegado más fuerte —dijo, enfadado.

—Se ha quedado atónito cuando has aparecido. Es uno de los deportistas más famosos de la universidad, ¿sabes? —declaró ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Harvey cree que puede hacer lo que quiera con los demás, pero no me he dado cuenta hasta esta noche.

—Me temo que el mundo está lleno de gente como él —comentó Blair—.

Date la vuelta, por favor.

Ella se dio la vuelta y él le miró la espalda, donde también tenía moratones.

—¿Está muy mal? —preguntó Niki.

Blair respiró hondo.

—Será mejor que vayamos a urgencias y que pasemos luego por la oficina del sheriff.

—No merece la pena. Sería mi palabra contra la suya.

—Te recuerdo que tienes un testigo.

—Sí, pero tú no estabas con nosotros en el coche, Blair. Puede decir que lo seduje, que me mostré encantada de acostarme con él y que, de repente, cambié de opinión.

—Que diga lo que quiera. No puedes permitir que quede sin castigo.

—No quedará sin castigo. Él también se ha marchado con unas cuantas magulladuras —dijo con humor— y, cuando vuelva a la universidad, le contaré a todo el mundo que se las hice yo.

Blair soltó una carcajada.

—Destrozarás su imagen por completo...

—Sí, desde luego que sí —replicó ella, mirándolo con curiosidad—. No sabía que fueras tan peligroso. No tienes aspecto de ser el típico hombre que se mete en peleas.

Él se encogió de hombros.

—Mi padre fundó una empresa que se acabó convirtiendo en una multinacional y, por supuesto, quería que yo la dirigiera cuando llegara el momento. Pero su idea de enseñarme el negocio no pasaba por la universidad, sino por empezar desde abajo, trabajando en los campos petrolíferos. Y, como yo era el hijo del jefe, algunos pensaron que era un blando y que no me sabría defender.

—Supongo que no tardaron mucho en comprender la magnitud de su error.

—No, no mucho —dijo—. Oh, maldita sea, estás llena de moratones...

—Habría sido peor si no hubieras estado aquí —declaró, estremecida—. He tenido otras citas a ciegas, pero nunca me había pasado eso.

A Niki se le escapó un sollozo y, como no quería incomodar a su salvador, le pidió disculpas. Entonces, Blair la alzó con sus fuertes brazos, la sentó sobre sus piernas y le acarició el pelo.

—Suéltalo todo —dijo él—. Las lágrimas no me dan miedo.

Niki se dejó llevar, encantada con la sensación de poder dar rienda suelta a sus emociones. Le faltaba poco para cumplir los veinte, pero era la primera vez que alguien le ofrecía un hombro donde llorar, salvedad hecha de Edna Hanes, el ama de llaves. Y no era extraño, porque sus circunstancias familiares lo habían impedido.

Su madre había muerto cuando ella estaba en primaria, así que había crecido en un enorme y solitario rancho de ganado sin más compañía que la de su padre, Todd Ashton, un hombre tan sobrio como Blair. Y, aunque la quería mucho, no era especialmente cariñoso en sus expresiones de afecto.

—Pobre Niki —continuó él—. Lo siento mucho.

Niki se apretó contra el pecho de Blair, menos afectada por la agresión de Harvey que por la noticia de que el hombre de sus sueños se iba a casar.

Había albergado la estúpida esperanza de que se fijara en ella, y esa esperanza acababa de saltar de los aires.

—No sabía que hubiera hombres como Harvey —le confesó—. No salgo mucho. Se podría decir que vivo en la época victoriana, pero me gusta ser así.

No encajo en el mundo moderno.

Él la miró con intensidad.

—¿Es que eres virgen?

Lejos de sentirse avergonzada por la pregunta, ella asintió y contestó con naturalidad. Se sentía como si se conocieran de toda la vida y fueran amigos íntimos.

—Sí, lo soy. Algunas compañeras de clase dicen que es un error, y otras afirman que debería acostarme con alguien porque los hombres no quieren

estar con mujeres sin experiencia —dijo—. ¿Eso es verdad?

Él le volvió a acariciar el cabello, cada vez más incómodo con su contacto físico. No quería sentirse atraído por ella, pero no lo podía evitar.

—Bueno, yo diría que la virginidad es un regalo tan bonito como poco habitual. El hombre con quien te cases será muy afortunado.

Ella sonrió

—Gracias, Blair. Pero, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto.

—¿La mujer con quien te cases también será muy afortunada?

Él rompió a reír.

—No, desde luego que no —respondió, mirándola con humor—. No sabía que fueras tan pícara...

Niki le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Pues ya lo sabes —dijo—. ¿Cómo es tu novia?

—¿Mi novia? Tiene pelo negro y ojos azules. Es una mujer guapa, refinada y creativa.

—Y la quieres mucho, claro.

Blair sonrió de nuevo.

—Es la primera mujer a quien le ofrezco matrimonio. Estaba tan ocupado con mi trabajo que no tenía tiempo para plantearme una relación seria.

—¿Y es buena?

Él entrecerró los ojos.

—¿Cómo que si es buena? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que si será una buena madre, que si cuidará de ti cuando te pongas enfermo, ese tipo de cosas.

Blair se empezó a sentir incómodo; sobre todo, porque su prometida, que se llamaba Elise, no se parecía mucho a lo que Niki consideraba una buena mujer. Para empezar, porque los enfermos la ponían nerviosa y, para continuar, porque le había advertido que no quería tener hijos a corto plazo y que, si alguna vez aceptaba tenerlos, no le saldría gratis.

Pero, curiosamente, Blair no se había planteado esas cuestiones. La deseaba tanto que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, incluso casarse. No se había parado a pensar si eran compatibles. Y ahora, gracias al interrogatorio de Niki, empezó a tener dudas.

—¿Tú quieres tener hijos? —insistió ella.

Él se pasó una mano por el pelo.

—Sí, claro —contestó con inseguridad.

—Quizá me estoy metiendo donde no debo...

—No, en absoluto. Es que no me lo había preguntado hasta este momento —contestó—. Pero estoy seguro de que Elise me cuidará cuando esté enfermo.

—Me alegro —dijo ella, sonriendo—. Serás un buen marido.

Él volvió a mirar el vestido roto, e hizo una mueca de disgusto.

—¡Cuánto siento que hayas tenido que pasar por esto!

—Bueno, la noche ha terminado mejor de lo que empezó.

La puerta se abrió en ese momento, dando paso al padre de Niki. Y, cuando Todd Ashton vio a su hija sentada en las rodillas de su amigo, con el vestido roto y con aspecto de haber estado haciendo algo que no debía, frunció el ceño.

—Mi amiga Laura me organizó una cita a ciegas con Harvey, un chico de la universidad —empezó a decir ella—. Ha insistido en que fuéramos a su piso y, como yo me he negado, me ha arrastrado hasta el sofá y se me ha tirado encima. No sé qué habría pasado si Blair no hubiera aparecido en ese momento.

—¿Cómo? —dijo Todd, atónito—. Esto no puede quedar así. Hablaré con mis abogados.

—Me he ofrecido a llevarla a urgencias y a acompañarla al despacho del sheriff —explicó Blair—, pero no ha querido.

—Oh, maldita sea... Lo siento mucho, cariño. Tenía intención de llegar pronto a casa, pero la economía va tan mal que hemos tenido que organizar una reunión de urgencia para hablar del presupuesto.

—Te comprendo perfectamente —dijo Blair, que se giró hacia Niki—. ¿Te encuentras mejor?

Ella se levantó.

—Sí, mucho mejor. Gracias por ayudarme.

Blair rio.

—Me alegro de no haber olvidado cómo se pega un puñetazo.

—¿Le has pegado un puñetazo? —intervino Todd—. ¡Bravo!

—En fin, era mejor que me retire. Estoy muy cansada.

—No tendrías que haber vuelto tan pronto a la universidad —comentó su padre.

—Lo sé, pero no me quería perder las finales. Aunque, si me las hubiera perdido, Laura no me habría convencido de que saliera con Harvey a celebrar el triunfo de su equipo... Menuda celebración, ¿eh?

—Cuando te gradúes, Elise y yo te invitaremos a cenar —le prometió Blair—. Comeremos langosta y beberemos champán.

Niki tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír, porque la idea de que se casara con Elise no le hacía ninguna gracia.

—Aún faltan uno o dos años para eso, pero gracias de todas formas.

—¿Quién es Elise? —se interesó Todd.

—Mi prometida. Nos casaremos dentro de dos meses, en París —respondió su amigo—. Ya os enviaré una invitación.

—No creo que podamos ir, pero te enviaré un regalo —dijo Todd con una sonrisa—. Y no te preocupes, que no será un regalo de mal gusto.

Niki se despidió de ellos un segundo después y, tras darle las buenas noches, los dos hombres se sirvieron un brandy y se pusieron a charlar.

—Ese Harvey es un maldito canalla. Pero ha acabado de rodillas, y le he obligado a disculparse con ella —dijo Blair—. Tu hija estaba bastante alterada.

—Me temo que no he sido muy buen padre. Pasa mucho tiempo sola.

Demasiado, en mi opinión.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve, aunque está a punto de cumplir veinte.

—Ah, diecinueve años... quién los pillara.

Todd rio, y Blair intentó no pensar en la joven que había estado sentada sobre sus piernas. Le gustaba mucho, pero era demasiado joven. Y, además, él estaba a punto de casarse.

—Es una buena chica —prosiguió—. Has hecho un gran trabajo con ella.

—Gracias. Y gracias también por salvarla de ese idiota.

Blair se encogió de hombros.

—Para eso están los amigos, ¿no?

Un año después, Blair volvió al rancho con intención de quedarse unos días. Todd y él se habían visto varias veces, pero en otros lugares, así que no había visto a Niki desde su encontronazo con Harvey.

Sin embargo, su visita no era del todo inocente. Su relación con Elise iba terriblemente mal y, como la idea de hablar con Todd le incomodaba, decidió hablar con su hija.

Era Navidad, y Niki se había encargado de la decoración del árbol, que tenía más de dos metros y medio de altura. Por supuesto, había puesto los típicos adornos navideños, desde guirnaldas hasta bolas rojas, pero con varios detalles mecánicos que aumentaban su encanto: un tren que daba vueltas, unos bailarines que bailaban y un cohete que sonaba como si estuviera despegando.

—Nunca pongo árbol de Navidad. Aunque, después de ver el tuyo, me están entrando ganas —comentó Blair.

Niki rio.

—Si no quieres tomarte la molestia de decorarlo, pídeselo a Elise.

—No, a Elise no le gustan esas cosas.

—Ah —dijo Niki, mirándolo con curiosidad.

—Pero yo no soy como ella —declaró Blair—. Las Navidades eran la fiesta preferida de mi madre, y le encantaba decorar la casa. Todavía tengo sus adornos.

—Lo dices con tristeza.

—Porque murió hace poco más de un año —dijo—. Mi vida es bastante solitaria desde entonces.

—¿No tienes hermanos?

Él sacudió la cabeza.

—No. Y mi padre también está muerto.

—Pero tienes a Elise. No estás solo en el mundo.

—No, desde luego que no.

Blair lo dijo sin demasiada convicción, y Niki se preguntó por qué. Su actitud había cambiado mucho desde la última vez que habían hablado, cuando le contó que se iba a casar y alardeó sobre las virtudes de su prometida.

—Bueno, hay matrimonios que empiezan mal y terminan bien.

—¿Tú crees? —replicó él, mirándola con humor.

—De acuerdo, admito que no soy precisamente una experta en materia de relaciones amorosas —dijo con una sonrisa—. Seguro que no has olvidado mi primer y último intento en ese sentido.

—¿Insinúas que no has estado con nadie desde entonces?

—Es que tengo miedo de volver a intentarlo —se defendió—. Si hubiera pasado algo parecido, no habrías estado tú para defenderme.

Blair se metió las manos en los bolsillos.

—Por cierto, ¿qué ha pasado con tu querido deportista?

—Que se mudó repentinamente al Este después de que el abogado de mi padre hablara con su familia —respondió—. Extraño, ¿verdad?

—Oh, sí, mucho.

—Espero que el padre de la siguiente chica con la que se intente pasar sea un capo de la mafia. Con un poco de suerte, acabará en el fondo de un río.

Él soltó una carcajada.

—Eres una perversa...

—Sí, es posible.

Niki se giró hacia el árbol de Navidad y señaló una de las ramas más altas.

—¿Me podrías ayudar a poner una bola roja? Yo no llego.

—¡Cómo no!

Blair cerró las manos sobre su esbelta cintura y la levantó con una facilidad asombrosa, como si no pesara nada. Pero el contacto de su cuerpo le incomodó tanto como la primera vez que la había tocado.

—Eres muy fuerte —dijo Niki, soltando una risita.

Él tragó saliva y se apartó de ella.

—Es lógico que lo sea. Me paso la vida luchando contra mis directivos — ironizó.

Niki alzó la cabeza y miró la bola que acababa de poner.

—Queda bien, ¿verdad?

Blair asintió y cambió de conversación.

—¿No tienes más familia que Todd?

—Me temo que no. Mi padre tiene una tía, pero vive en el extranjero.

Además, era hijo único... y aunque mi madre tenía un hermano, murió cuando yo era pequeña —contestó—. ¿Cómo es posible que hayas venido solo? ¿Dónde está Elise? Teníamos muchas ganas de conocerla.

—Está en Europa, con unos amigos.

—Ah.

Niki no supo qué decir, así que siguió decorando el árbol. Pero, al cabo de unos momentos, añadió:

—¿Estás bien? Tu voz suena algo ronca.

—Creo que tengo alergia —dijo, tosiendo—. Ésta época del año es terrible para mí.

—Y para mí. Pero mis alergias suelen terminar en neumonías —le confesó—. Las empecé a sufrir durante la adolescencia, y no hay año que no me caiga alguna. Menos mal que no fumo.

—Ni yo —replicó él—. Acabo de volver de Arabia Saudí, y ya estaba tosiendo antes de subir al avión... En fin, seguro que solo es eso, alergia.

Ella asintió, aunque pensó que Blair sonaba como si tuviera un principio de

bronquitis. Se había acostumbrado a reconocer ese tipo de cosas, y le extrañó que lo desestimara con tanta rapidez. Por lo visto, era uno de esos hombres que se negaban a admitir que estaban enfermos. Quizá, porque les parecía un gesto de debilidad.

Blair no se levantó a desayunar a la mañana siguiente. Niki se preocupó al ver que no bajaba, y le pidió a su padre que fuera a su habitación. Habría ido ella misma, pero había la posibilidad de que Blair durmiera desnudo, y no quiso provocar una situación incómoda.

Todd volvió al cabo de unos minutos, frunciendo el ceño.

—Será mejor que llame al médico. Tiene fiebre, y respira bastante mal — declaró—. Parece una bronquitis, pero puede ser algo peor.

Niki ni siquiera se molestó en preguntar cómo lo sabía. Él estaba tan acostumbrado como ella a sus enfermedades. La había visto tantas veces con neumonía que reconocía los síntomas de inmediato.

—Sí, será lo mejor.

Tras examinar a Blair, el doctor Fred Morris le prescribió unos antibióticos y un jarabe para la tos.

—Si no ha mejorado en tres días, llámame —dijo a Todd.

—De acuerdo.

—Ah, no entres en su habitación hasta que le hagan efecto los antibióticos — continuó Fred, mirando a Niki—. No quiero que te lo pegue.

—Puede que no sea contagioso —protestó ella.

—Y puede que sí.

Niki sonrió.

—Está bien...

—Si necesitáis algo, estaré en la consulta hasta última hora de la tarde.

El médico estrechó la mano de Todd y dio un beso a Niki antes de marcharse.

—Gracias por venir, Fred.

—De nada.

Niki insistió en que su padre llamara a Elise y le dijera que Blair estaba enfermo y que la necesitaba. Todd se negó al principio, porque no le pareció adecuado; pero su hija lo convenció y, al final, consiguió que su amigo le diera el número de teléfono de su mujer.

Niki no llegó a saber lo que se dijeron. Solo supo que, cuando Todd salió de su despacho, estaba muy enfadado.

—¿Va venir? —preguntó ella.

—No. Ha dicho que el médico cuidará de él y que, en cualquier caso, ella no le sería de ninguna ayuda, porque no soporta las enfermedades. Además, mañana tiene que ir a un baile que se celebra en Viena.

—¿A un baile? —dijo Niki, espantada.

—No es asunto nuestro, cariño.

—Lo sé, pero Blair ha sido tan amable conmigo que me da pena. Pensaba que se había casado con una mujer que le daría hijos y que cuidaría de él.

—¿Elise? ¿Darle hijos? —replicó con ironía—. ¡Serían un obstáculo para su vida social!

Ella suspiró.

—Entonces, le cuidaremos nosotros.

—Le cuidaremos Edna y yo. Por lo menos, hasta que ya no sea contagioso —puntualizó su padre—. Y no insistas con eso, porque no quiero que te arriesgues sin motivo.

Niki sonrió y le dio un abrazo.

—Está bien.

Todd le dio un beso en la frente.

—Pobre Blair. Solo lleva un año de casado, y Elise ya lo trata como si...

Él dejó la frase sin terminar, y ella intentó animarlo.

—Bueno, seguro que su relación mejora con el tiempo.

—Eso espero —dijo—. Pero, de momento, será mejor que hablemos con Edna y le digamos que prepare algo para cenar.

Edna Hanes llevaba doce años como ama de llaves de los Ashton. Niki la adoraba; en parte, porque que era la persona que cuidaba de ella cuando se ponía enferma. Todd era un gran padre, pero le pasaba lo mismo que a la mujer de su amigo, y no se sentía cómodo con esas cosas.

—¿Cómo es posible que no venga? —preguntó Edna cuando Niki le contó lo de Elise.

—Al parecer, tiene que asistir a un baile —contestó—. En Viena.

Edna frunció el ceño.

—Lo siento por el señor Coleman. Es un buen hombre, y me disgusta que se haya casado con una mujer como esa. Sospecho que solo quería su dinero.

—Por lo menos, es guapa. Lo dijo él.

—Ya, pero la belleza no es tan importante como el carácter.

—Eso pienso yo.

—Ah, es una pena que seas tan joven...

—¿Por qué? —preguntó Niki, sonriendo.

Edna arqueó una ceja, asombrada con su ingenuidad.

—Por nada. Cosas mías —dijo rápidamente—. Y ahora, ¿podrías hacerme el favor de cortar una cebolla? ¡Hay que preparar la cena!

—Faltaría más.

Niki entró en el dormitorio de Blair al día siguiente, aprovechando que su padre estaba con el capataz y que Edna se había ido a la compra.

Blair no se encontraba bien. Respiraba con dificultad, y tenía los ojos enrojecidos. Pero su aspecto no podía ser mejor; al menos, desde el punto de vista de Niki, que miró su ancho y musculoso pecho con deseo.

—No deberías estar aquí —dijo él con voz ronca—. Podría ser contagioso.

—No te preocupes por mí. Además, los antibióticos ya habrán empezado a hacer efecto. ¿Qué te recetó el médico, por cierto?

Blair le dio la marca de los antibióticos, y Niki sacudió la cabeza.

—Debería haberte dado algo más fuerte —afirmó—. Lo llamaré por teléfono

ahora mismo.

Ella salió de la habitación, llamó a Fred y le dio su opinión sobre el tratamiento de Blair. Naturalmente, el médico se preocupó cuando supo que había entrado en su dormitorio, e intentó convencerla de que se abstuviera en lo sucesivo.

—Si no tienes cuidado, la próxima vez puedes sufrir una pleuresía —le advirtió.

—Oh, vamos, sabes que me acabo de terminar una caja de antibióticos —dijo ella, desestimándolo—. No pasará nada. Además, soy la única que puede cuidar de él. Edna tiene bastante con su trabajo, y mi padre está en mitad de una negociación importante.

Fred suspiró.

—¿Y qué me dices de su esposa? ¿Os habéis puesto en contacto con ella?

—Sí, pero no puede venir. Tiene que ir a un baile.

—En ese caso... —dijo Fred, dándose por vencido—. Está bien, le recetaré unos antibióticos más fuertes. Pero asegúrate de que beba mucha agua. Y ten cuidado, por favor. No quiero volver a verte en mi consulta.

—Lo tendré.

Niki se despidió del médico y colgó el teléfono.

Niki habló con Tex, uno de los vaqueros del rancho, y le pidió que fuera a la farmacia a buscar los antibióticos. No tenía receta, pero era amiga de la farmacéutica desde la infancia, y sabía que no le pondría problemas.

Cuando por fin los tuvo en su poder, volvió a la habitación del hombre de sus sueños. Y Blair volvió a protestar.

—¿Otra vez aquí? Te arriesgas demasiado, Niki.

—Cállate y tómate esta pastilla.

Niki le dio la pastilla y un vaso de zumo de naranja.

—¿Cómo sabías que me gusta el zumo de naranja? —preguntó él, extrañado.

Ella rio.

—No lo sabía —dijo—. Venga, tómatela de una vez.

Blair se la tomó y echó un trago de zumo. Pero debía de estar muy amargo, porque puso cara de asco.

—¿Quieres algo más dulce? —preguntó ella.

—No, no hace falta. Aunque me vendrían bien...

—¿Unos caramelos para la tos? —lo interrumpió—. Pues estás de suerte, porque le he pedido a Tex que comprara una caja.

Niki se la dio, y él la miró con una mezcla de humor y ternura.

—Tu padre se va a enfadar mucho como te vea en mi habitación.

Ella hizo caso omiso del comentario y cambió de tema.

—Edna ha dicho que deberías cenar algo ligero. ¿Te parece bien una tortilla?

—No, déjalo. No tengo hambre.

Niki lo miró con desconfianza.

—Ah, vaya... No te gustan los huevos, ¿verdad? Entonces, le pediré que te prepare una sopa.

Blair soltó una carcajada.

—¿Por qué crees que no me gustan?

—No lo sé.

—Pues has acertado de lleno —dijo él—. Prefiero la sopa.

Ella sonrió.

—Se lo diré a Edna.

Blair la miró en silencio durante unos segundos y preguntó: —¿Cuándo empiezas con las clases?

—En enero.

—¿Y cómo te las arreglas cuando nieva? Las carreteras suelen estar intransitables —comentó.

—Me lleva uno de los trabajadores de mi padre. Creció en el Norte de Montana, y es capaz de conducir por cualquier sitio.

—¿No sería mejor que alquilaras un piso cerca de la universidad?

—No me gusta vivir sola —dijo en voz baja.

Blair extendió un brazo hacia ella y la tomó de la mano.

—¿Te preocupa la posibilidad de encontrarte con otro tipo como Harvey?

No te obsesiones con eso, Niki. Afortunadamente, hay muy pocos hombres como él.

Ella se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero no dejo de pensar en lo que podría haber pasado si tú no hubieras intervenido esa noche.

Blair se puso tenso. No soportaba la idea de que hicieran daño a Niki, quien le parecía tan frágil como una orquídea. Y le molestaba que estuviera cuidando de él mientras su esposa se lo pasaba a lo grande.

Niki no sabía por qué se había casado. No lo podía ni imaginar. Había conocido a Elise en una fiesta, poco después de que él perdiera a su madre; y ella se le parecía tanto que se enamoró a primera vista. Sin embargo, su parecido era puramente físico. Elise no tenía ni el corazón ni el valor de su difunta madre. A diferencia de Niki.

—Estás muy callado.

Él sonrió con dulzura.

—Eres una jovencita encantadora, ¿sabes?

—Ya no soy una jovencita —protestó ella—. Estoy a punto de cumplir veintiuno.

—Y yo a punto de cumplir treinta y siete —replicó él.

—¿Treinta y siete? —preguntó Niki, escudriñándolo con sus grandes ojos grises—. Pues no lo pareces. No tienes apenas canas... ¿O es que te tiñes el pelo?

Él rompió a reír, lo cual le causó un ataque de tos.

—Oh, lo siento. ¡No debería decir esas cosas!

—No, por favor, sigue diciéndolas. Eres un rayo de luz —declaró él—.

Pero no, no me tiño. Es cuestión de genética. Mi padre seguía teniendo el pelo completamente negro cuando murió.

—¿Y cuántos años tenía?

—Cerca de setenta —respondió—. Era griego, ¿sabes?

Blair no supo por qué se sintió obligado a darle ese detalle. Casi nadie sabía que su verdadero padre había nacido en Grecia; entre otras cosas, porque se había criado con su padrastro, un hombre que no le importaba nada.

Desgraciadamente, Niki no tuvo ocasión de interesarse al respecto, porque Todd apareció un segundo después.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

Niki gimió.

—Vaya, me has pillado in fraganti.

Capítulo 2

—Lo siento, Todd. He intentado convencerla para que se marchara, pero no me ha hecho caso.

—Y me alegro de no habérselo hecho —dijo Niki—. Si no hubiera venido, no me habría dado cuenta de que no estaba mejorando... He llamado al médico, y le ha recetado unos antibióticos más fuertes. Tex ha tenido que ir a comprarlos.

—Te pondrás enferma otra vez —le advirtió su padre.

—Eso es imposible. Acabo de terminar un tratamiento parecido al suyo —se defendió su hija—. Además, no es como si nos estuviéramos besando. Me he limitado a traerle las pastillas y darle un vaso de zumo de naranja.

Blair miró a Niki y sintió el deseo de tomarla entre sus brazos y averiguar si sus labios eran tan dulces como parecían, lo cual hizo que se sintiera terriblemente culpable. ¿Cómo era posible que pensara esas cosas? Sería por culpa de su enfermedad. Sí, tenía que ser eso.

—Siento daros tantos problemas —se apresuró a decir—. Sobre todo ahora, en Navidades.

—Tonterías —dijo Todd—. Niki siempre está enferma en esta época.

Estamos acostumbrados.

Blair frunció el ceño.

—¿Siempre?

—Casi siempre —puntualizó Todd—. El año pasado hicimos todo lo posible

para que no estuviera cerca de nadie que le pudiera pegar un catarro.

Y lo conseguimos. Pero tuvo alergia.

—¿Alergia? —dijo Blair, entrecerrando los ojos—. Tenéis un abeto de verdad...

—Sí, siempre tenemos uno. Me encantan los abetos —explicó Niki—.

Pero, ¿eso que tiene que ver?

—Más de lo que piensas. La alergia a los abetos es bastante común.

Niki y su padre se miraron con desconcierto.

—Ahora que lo dices, empezamos a poner abetos hace tres años —dijo Todd—. Niki se empeñó al ver el de una amiga suya.

—Es cierto —declaró ella, pensativa—. Y hasta entonces, nunca me ponía enferma en Navidades.

—Hablaré con Tex y le pediré que se lo lleve —intervino Todd—. Pero no te preocupes, que no te quedarás sin árbol de Navidad. Compraremos uno artificial y podrás decorarlo a tu gusto.

—Qué remedio —dijo ella con una sonrisa—. ¿Cómo es posible que no se nos ocurriera a ninguno de los dos? Menos mal que lo has dicho, Blair. Si no es por ti, no nos habríamos enterado.

—Me alegra saber que soy de utilidad —ironizó él.

—Bueno, le diré a Edna que te prepare esa sopa. ¿Quieres más zumo?

Blair sacudió la cabeza.

—No, gracias.

Niki volvió a sonreír y salió de la habitación, dejando solos a los dos hombres.

—He intentado disuadirla, pero tu hija es tremenda cuando se le mete algo en la cabeza —se defendió Blair—. No se quería ir.

Todd alcanzó una silla y se sentó a su lado.

—No hace falta que me des explicaciones. Niki es igual que su madre.

Haría cualquier cosa por ayudar a la gente.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Todd se pasó una mano por el pelo y dijo, muy serio: —He llamado a Elise.
—¿A Elise? No deberías haberte molestado. Mi esposa no soporta a los enfermos.

Blair se encogió de hombros, y su amigo le sorprendió con un comentario particularmente perceptivo.

—Te recuerda a Bernice, ¿verdad?

Blair suspiró.

—Sí.

—Lo siento —dijo Todd con tristeza.

—Y yo. Pero, ¿qué puedo hacer? Me he casado con ella, y tengo que hacer lo posible por salvar nuestra relación —le confesó—. Además, ninguna mujer es perfecta.

Blair se sentía mejor al día siguiente. Se sentó en la cama cuando Edna le llevó la comida, y estaba sonriendo cuando Niki apareció en la habitación.

—Bueno, parece que no me voy a morir —dijo con humor.

Ella sonrió.

—Me alegra que estés mejor. De lo contrario, tendría que haber llamado otra vez al médico.

—¿Qué tal estás tú?

—Muy bien. No me has pegado nada. No tengo ni la más leve molestia.

—Cruza los dedos —dijo él.

—No te preocupes por mí. ¿Te apetece un zumo de naranja?

—Por supuesto.

—Entonces, vuelvo enseguida.

Niki pasó a verlo con frecuencia durante su recuperación. Y un día, se presentó con una novela gráfica de la serie *Alien vs. Predator*, que él disfrutó tanto como ella.

—Me encantan las novelas en formatos electrónicos —comentó él cuando terminaron de leerla—. Puedes llevar tantas como quieras, sin verte obligado

a cargar con una maleta llena de libros.

—A mí también me gustan —dijo Niki—. ¿Quieres que te deje el iPad?

Tengo la serie entera de Calvin y Hobbes. Es una de mis favoritas.

Él asintió.

—Gracias, Niki.

—De nada.

—Bueno, me voy a ayudar a Edna y a las dos cocineras temporales con la comida de Navidad. Hay mucho que hacer.

—¿La comida de Navidad? Faltan dos días —le recordó.

—Sí, pero tenemos que preparar la masa para las empanadas, los pasteles de carne y las tartas. No estamos hablando de una comida normal y corriente, sino de un acontecimiento social, de una tradición que se remonta a los tiempos de mi abuelo. Los vaqueros vienen con sus cónyuges e hijos, y son tantos que tenemos que hacer turnos para comer.

—Me parece una buena tradición.

Ella sonrió.

—Es lo menos que podemos hacer por ellos, teniendo en cuenta que trabajan todo el año para nosotros —declaró—. Hasta les dejamos regalos debajo del árbol... Viene tanta gente que el rancho se vuelve una casa de locos. Espero que estés recuperado para entonces. Quiero que pruebes mi ponche de huevo.

Blair puso cara de asco, y ella frunció el ceño.

—Oh, vaya, había olvidado que no te gustan los huevos —continuó.

—No, no me gustan nada. Pero me encanta el whisky que se suele echar al ponche —dijo con humor.

—¿Siempre eres tan exigente con la comida?

Él rio.

—Al contrario. Me gusta todo menos lo que lleva huevo —dijo con ojos brillantes—. Empezando por el whisky.

Niki lo miró en silencio y suspiró. Blair era un hombre verdaderamente atractivo. Adoraba el destello de sus ojos cuando sonreía. Adoraba sus labios,

sus altos pómulos y el cabello negro y rizado que enmarcaba su leonino rostro.

Además, su cuerpo era una obra de arte. Tenía la costumbre de dormir sin la chaquetilla del pijama y, cada vez que ella entraba en la habitación, hacía esfuerzos sobrehumanos por no admirar sus fuertes brazos, su ancho pecho y la oscura línea de vello que desaparecía bajo los pantalones.

—¿Qué estás pensando? —preguntó él al cabo de unos segundos.

—Que serías el sueño de un pintor —replicó ella—. Un modelo perfecto.

Él arqueó una ceja.

—¿Está coqueteando conmigo, señorita Ashton?

Niki se ruborizó un poco, pero dijo:

—¿Coquetear con usted, señor Coleman? ¡Qué cosas tiene!

—No te obsesiones conmigo, Niki. Soy un hombre casado —le recordó.

Ella volvió a suspirar.

—Lo sé. Pero, si no estuvieras casado, me pondría en una situación de lo más embarazosa. Imagínate... ¡Seducir a un hombre enfermo porque la vista de su pecho desnudo te hace perder la cabeza!

Blair soltó una carcajada.

—¡Lárgate de aquí, criatura traviesa!

—Como deseas —dijo—. Me iré a la cocina y prepararé platos deliciosos para que tú los comas.

—Ardo en deseos de probarlos.

Él la miró, atrapado en un mar de contradicciones. Deseaba a Niki, pero se había casado con una mujer que, por lo demás, era decepcionante en todos los sentidos. Elise ya no era la persona dulce y encantadora de los primeros días, sino un ser frío y egoísta que hacía lo posible por mantener las distancias con él.

Blair se arrepentía amargamente de haberle ofrecido matrimonio. En primer lugar, porque lo había hecho por motivos equivocados, por la simple y pura razón de que le recordaba a su madre y, en segundo, porque Elise cambió por completo en cuanto tuvo lo que quería: un anillo en el dedo. Lo único que le

interesaba de él era su fortuna. Y cada vez gastaba más dinero.

Sin embargo, eso no le molestaba tanto como el hecho de que lo hubiera dejado en la estacada para irse a una fiesta en Viena, dejando pasmados a Todd y a Niki. Era la gota que colmaba el vaso. Y no porque estuviera enfermo, sino por una cuestión de principios.

Por lo visto, tenía que replantearse unas cuantas cosas.

El día de Navidad fue una locura. Niki, Edna y varias mujeres más hicieron turnos para servir a la inacabable sucesión de personas que trabajaban para los Ashton. Casi todos eran vaqueros, pero también había ejecutivos de la empresa de Todd.

Niki se llevaba bien con la mayoría, aunque disfrutaba especialmente con los niños. Soñaba con ser madre, y se sentía tan cómoda con ellos que se sentó junto al árbol y los ayudó a abrir los regalos.

En determinado momento, una niña de seis años abrió el que le habían comprado y se puso a llorar al ver que contenía una muñeca.

—¿Qué te pasa, Lisa? —preguntó Niki, sentándola en su regazo.

—Que papá nunca me compra muñecas. Y me gustan tanto...

Niki la abrazó con ternura.

—Pues dile que te las compre, preciosa.

—Ya se lo dije. ¿Y sabes lo que hizo? Comprarme un camión amarillo.

—¿Un qué?

—Un camión —replicó la pequeña—. Él no quería tener una niña, sino un niño. Me lo dijo un día.

Niki tuvo que hacer un esfuerzo por contener su indignación.

—No le hagas caso —dijo, sonriendo—. Las niñas son maravillosas.

—Desde luego que lo son —intervino Blair, que apareció entonces—.

Siempre he querido tener una.

—¿En serio? —preguntó Lisa.

—En serio.

La niña se levantó del regazo de Niki y se abrazó a Blair.

—¡Eres genial!

Blair sonrió de oreja a oreja.

—Y tú, preciosa.

Lisa se fue con su muñeca y desapareció en el interior del comedor, donde los adultos estaban terminando los postres.

—Pobrecilla —dijo Niki—. Su padre no debería haberle dicho eso.

—Es una chica adorable —comentó Blair—. Aunque no tanto como tú.

—Gracias...

Blair le lanzó una mirada intensa; una mirada de arriba a abajo, que la estremeció.

—¿Hay más café por ahí? El mío se ha quedado frío.

—Seguro que Edna ha preparado más.

Mientras se alejaba, Niki se preguntó por qué la habría mirado así. No habría podido decir que le molestara; pero estaba casado con otra y, aunque sintiera lástima de él, se había casado con ella porque la quería. O, por lo menos, eso había dicho cuando le contó que le había propuesto matrimonio.

Fuera como fuera, le parecía vergonzoso que Elise no estuviera allí, cuidando de su marido.

—Olvídalo —se dijo en voz baja—. No es asunto tuyo.

Niki intentó olvidarlo, y fracasó miserablemente. ¿Cómo era posible que esa mujer se negara a darle hijos? Si ella hubiera estado en su lugar, ya habría tenido una casa llena de niños. Si ella hubiera estado en su lugar, habría cuidado de él con todo su amor y su cariño.

Pero no lo estaba.

Y Blair era un hombre casado, algo que debía recordar.

Niki había comprado los regalos de Navidad por Internet, empezando por el de Blair. Y como no quería que Elise la creyera una seductora, optó por un objeto indiscutiblemente inocente: un alfiler de corbata con una flor de lis.

Ni siquiera supo por qué había elegido un detalle tan francés, teniendo en cuenta que Blair era de origen griego. Lo había hecho de forma impulsiva, sin

razón alguna. Pero, cuando se lo dio, se llevó una sorpresa.

Todd se había ido a hablar por teléfono con uno de sus socios, dejándolos a solas en el salón. Niki decidió aprovechar la oportunidad para darle el regalo, y se sintió avergonzada al ver su cara de perplejidad.

—¿Una flor de lis? —preguntó.

—Si no te gusta, lo puedes cambiar. Tengo la factura.

Él alzó la cabeza, atónito.

—¿Cómo has sabido que mi madre era francesa?

—No lo sabía.

—No me lo puedo creer. Me regaló uno igual cuando terminé los estudios...

—dijo, visiblemente emocionado—. Gracias, Niki.

—No hay de qué.

Blair clavó la vista en sus ojos.

—¿No vas a abrir el tuyo?

Ella abrió el paquete que él había tenido en su maletín hasta esa misma mañana. En su interior, había un broche precioso: una orquídea de oro con un fondo de amatistas y topacios.

—Qué maravilla —acertó a decir Niki.

Blair lo había encargado específicamente para ella; pero no se lo quiso confesar, así que mintió:

—Cuando lo vi en la joyería, me recordó a ti, mi pequeña orquídea de invernadero.

Niki se puso el broche en el corpiño de su vestido negro, ruborizada.

—Nunca había tenido nada tan bonito. Muchísimas gracias.

—De nada. Feliz Navidad, Niki.

Blair se inclinó con intención de darle un beso en los labios, pero se lo pensó mejor y se lo dio en la mejilla. Sin embargo, eso no impidió que ella se estremeciera por dentro, tan encantada con el breve contacto como incómoda ante la situación, porque deseaba a un hombre casado.

—Me lo pondré cada vez que salga —dijo Niki, apartándose.

—Y yo me pondré mi alfiler de corbata cada vez que tenga una reunión — replicó él—. Seguro que da suerte.

—Eso espero...

Todd volvió en ese momento, y puso fin al tenso y súbito silencio en el que se habían quedado.

Hablaron de política y del tiempo, y Niki se sumó a la conversación con algo parecido a una actitud despreocupada. Pero no dejó de acariciar el broche que ahora adornaba su vestido.

El tiempo pasó poco a poco. Las visitas de Blair se volvieron esporádicas y, al final, dejó de ir. Todd decía que estaba intentando arreglar su matrimonio, y Niki pensaba que su intento estaba destinado al fracaso. Por lo que sabía de Elise, era imposible que se convirtiera en la mujer que necesitaba.

Sin embargo, Niki no se quería hacer ilusiones al respecto. Blair era un hombre casado. Estaba fuera de su alcance, y sería mejor que lo olvidara y empezara a salir más con sus amigas, cosa que hizo.

Cuando llegó el día de su graduación, pensó que iba a echar de menos la universidad. Se había divertido mucho, y sus resultados académicos eran tan buenos que le habían dado un diploma honorífico. Solo había tenido una dificultad: la nieve que cubría las carreteras todos los inviernos. Pero, afortunadamente, Tex conducía de maravilla.

Antes de entrar en el auditorio donde se iba a celebrar el acto, se giró hacia su padre y preguntó:

—¿Blair y Elise van a venir?

—No lo creo —contestó, incómodo—. Parece que han discutido. Su mayordomo me llamó anoche y me dijo que Blair se había encerrado en su despacho. Según Jameson, se negaba a salir.

—¿Y dónde está el problema? Que busque otra llave y entre él —comentó con humor.

—Se lo diré la próxima vez que hablemos por teléfono —dijo Todd, sonriendo—. Y ahora, ¿qué te parece si nos concentramos en lo tuyo? Has

trabajado muy duro para conseguir ese título.

—Sí, es verdad. Pero tengo que decidir si quiero pasar a la escuela de postgrado o buscarme un empleo.

—¿Un empleo? No necesitas trabajar, Niki.

—Sé que eres rico, papá. Pero yo no lo soy.

—Tú también eres rica —replicó él, inclinándose para darle un beso en la mejilla—. Estoy muy orgulloso de ti, cariño.

—Gracias.

Niki se puso entonces el birrete, y su padre comentó: —No olvides echarse la borla hacia un lado cuando recojas el diploma.

—No lo olvidaré.

La ceremonia fue larga y el discurso del orador, tedioso. Niki estaba agotada cuando llegó el momento de recoger el diploma, aunque se acordó de echarse la borla hacia un lado antes de dar las gracias al decano de la universidad.

Lamentablemente, había tantos estudiantes que el acto se extendió sobremanera, aumentando su aburrimiento. Pero por fin terminó, y ella salió del edificio en compañía de su padre, se despidió de sus compañeros de clase y se dirigió hacia el sitio donde habían dejado el coche.

Entonces, se dio cuenta de que Todd parecía preocupado.

—¿Qué te pasa? Me he apartado la borla, como te prometí.

—Lo sé, cariño —dijo él—. Estaba pensando en Blair.

—¿Es que Jameson te ha vuelto a llamar?

Todd asintió.

—Me ha dicho que lleva tres días borracho. Al parecer, han tomado la decisión de divorciarse. Blair ha descubierto varias cosas desagradables sobre su esposa.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué tipo de cosas?

—No te lo puedo decir. Es un asunto privado.

Niki suspiró.

—¿Por qué no vas a buscarle y le llevas al rancho? No debería estar solo en este momento.

Su padre sonrió.

—Es lo que había pensado —dijo—. Llama a Dave y dile que alquile un avión. Si quieres, puedes venir conmigo.

—Por supuesto que quiero.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que tu presencia suavizará las cosas. Blair pierde los papeles cuando se emborracha, pero nunca pegaría a una mujer.

Blair no contestó cuando Todd llamó a la puerta de su despacho. Y, como era evidente que no tenía intención de abrir, Niki decidió tomar cartas en el asunto.

—Deja que lo intente yo.

Niki llamó y pronunció su nombre con suavidad.

—¿Blair?

Al cabo de unos segundos, oyeron pasos que se acercaban.

—¿Niki?

—Sí, soy yo.

Blair abrió finalmente. Y tenía un aspecto terrible, incluso descontando su evidente borrachera y el hecho de que casi no se tuviera en pie. Tenía el pelo sucio y revuelto. Su camisa azul estaba tan arrugada como si hubiera dormido con ella, y el estado de sus pantalones negros no era mucho mejor.

Niki dio un paso adelante y lo tomó de la mano.

—Te vienes al rancho —le dijo—. Ahora mismo.

Él ni siquiera intentó protestar.

—De acuerdo.

Jameson, que estaba afuera, soltó un suspiro de alivio y sonrió a Todd sin decir nada.

—Estoy bastante borracho —continuó Blair.

—No te preocupes por eso —lo tranquilizó Niki—. No permitiremos que

conduzcas.

Blair rompió a reír.

—Maldita mocosa... —dijo con humor—. Pero, ¿por qué estás tan elegante? ¿Te has puesto de punta en blanco para venir a verme?

—No, es que hoy era el día de mi graduación.

—¡Oh, no! Tenía intención de ir. Incluso te compré un regalo —declaró, buscando en los bolsillos de los pantalones—. ¿Dónde lo habré metido?

Espera un momento. Creo que lo dejé en la mesa.

Blair consiguió llegar a la mesa, recoger el regalo y volver sin caerse al suelo.

—Aquí lo tienes. Pero no lo puedes abrir hasta que esté sobrio.

—Como quieras —dijo ella, mirándolo con curiosidad.

—Bueno, será mejor que nos marchemos —intervino su padre—. No quiero que Blair cambie de idea.

—No cambiaré de idea —le prometió su amigo—. Aquí hay demasiado alcohol. Y tú solo tienes brandy y whisky escocés.

—Pues no te hagas ilusiones, porque le he pedido a Edna que esconda las botellas —dijo Todd.

Blair se encogió de hombros.

—De todas formas, ya he bebido demasiado.

—Sí, eso es indiscutible —dijo Niki—. Venga, vámonos.

Blair la siguió como un corderito obediente, para diversión de Todd y de Jameson, que tuvieron que hacer esfuerzos para no reír. Pero estaba tan borracho que no se dio ni cuenta.

Cuando llegaron al rancho, Niki lo llevó a una de las habitaciones de invitados y lo sentó en la cama.

—Duerme —le ordenó—. Es lo mejor que puedes hacer.

Él suspiró.

—Llevo varios días sin dormir. Estoy absolutamente agotado.

Niki le acarició el pelo.

—Lo superarás. Solo es cuestión de tiempo. Ahora te duele porque la herida está reciente, pero se cerrará.

Blair volvió a suspirar, aunque por un motivo distinto. Le encantaba que Niki le acariciara el pelo. Le gustaba mucho. Quizá, demasiado.

—No sé qué decir. Últimamente, me siento viejo.

—¿Viejo? ¿Tú? No, viejo es Mike, uno de nuestros vaqueros. Acaba de cumplir setenta años, pero ¿sabes qué hizo ayer? Aprender a montar en bicicleta.

Él frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la edad está en tu cabeza, no en tu cuerpo.

Blair sonrió.

—En ese caso, mi cabeza está vieja.

—No digas tonterías. Te has llevado una buena decepción, y es normal que te sientas así —dijo ella—. Pero es una pena que no tuvieras hijos con Elise.

A veces, los hijos salvan el matrimonio.

—Y, a veces, lo estropea.

—Sí, supongo que sí.

—Además, Elise no quería estropear su figura con un embarazo. Me lo dijo ella misma, con esas mismas palabras —declaró—. Nos peleamos después de Navidades. Le eché en cara que ni siquiera me llamara por teléfono para interesarse por mi estado... ¿Y sabes lo que dijo? Que solo se casó conmigo por mi dinero.

—Lo siento mucho —dijo ella, sinceramente apenada—. No merecías casarte con una mujer así. Yo no haría eso ni aunque estuviera hundida en la pobreza.

Él clavó la vista en sus ojos grises.

—Lo sé, Niki. Tú eres de la clase de mujeres que harían lo que fuera por su marido. Eres excepcional, como la orquídea del broche que te regalé.

—Lo llevo todo el tiempo. Es precioso.

—Como tú.

—Yo no soy preciosa.

—Lo eres. Por dentro y por fuera.

Niki se ruborizó.

—Gracias.

Justo entonces, Blair sintió tales náuseas que salió corriendo hacia el cuarto de baño. Llegó de milagro, y vomitó el desayuno y una cantidad apreciable de whisky.

Cuando terminó, el estómago le dolía. Y allí estaba Niki, quien le llevó al lavabo para que se lavara, le secó y lo acompañó de vuelta a la cama.

Blair se acordó de su dulce madre francesa, siempre dispuesta a sacrificarse por él. Cada vez que pensaba en ella, se le encogía el corazón.

¿Cómo había podido convencerse de que Elise se le parecía? Elise no era como su madre y, por supuesto, tampoco era como Niki, su ángel guardián.

—No sé qué haría sin ti...

—Olvidalo —dijo ella—. Te pondrás bien. Pero, por si acaso, bajaré y me aseguraré de que Edna ha escondido los licores.

—Pues asegúrate bien —replicó él, sonriendo.

Niki le devolvió la sonrisa.

—¿Necesitas algo más?

—No, cariño.

Como de costumbre, Niki se estremeció de placer cuando la llamó «cariño». Intentaba disimularlo, pero no tenía la experiencia necesaria, y él se empezó a preocupar. No quería que se hiciera ilusiones. Desde su punto de vista, era demasiado viejo para ella. Y eso no iba a cambiar.

—¿Niki? —preguntó cuando ya se alejaba.

Niki se giró.

—¿Sí?

—Gracias por todo.

Ella volvió a sonreír. Después, salió de la habitación y cerró la puerta.

Niki volvió con su padre y, cuando se enteró de que no habían escondido las botellas, frunció el ceño.

—Creo que cometemos un error —dijo.

—Te preocupas demasiado —replicó su padre—. En este momento, Blair no se acercaría al alcohol por nada del mundo. Tendrá un dolor de cabeza espantoso, y es evidente que se encuentra mal.

—Sí, eso es cierto —declaró su hija, muy seria—. ¡Esa mujer es terrible!

Si tanto le gusta el dinero, ¿por qué no se busca un trabajo?

Todd la miró con afecto.

—Elise no es como tú. Quiere vivir a lo grande, así que sedujo a Blair y le convenció de que estaba enamorada de él. Supongo que lo de esas Navidades fue la gota que colmó el vaso. Blair estaba bastante mal, y ella lo dejó en la estacada. Pero su divorcio no va a ser un camino de rosas... Conociendo a esa mujer, le querrá sacar hasta el último centavo.

—Para casarse después con otro ingenuo, claro.

—No, dudo que se vuelva a casar. Ya habrá conseguido lo que quiere —dijo Todd—. En fin, felicidades por tu graduación. Estoy muy orgulloso de ti.

Solo siento que el día haya terminado de esta manera.

—Yo no lo siento en absoluto. Cualquiera sabe lo que habría pasado si no hubiéramos ido a buscar a Blair. Estaba tan borracho que habría sido capaz de hacer una tontería.

—Sí, es posible —dijo—. La quería, ¿sabes? Se engañó de tal manera que la quería de verdad. Blair nunca ha sido un seductor.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

Él asintió.

—Es buen hombre. Y el mejor amigo que he tenido nunca.

—También es un gran amigo para mí. Menos mal que estaba en casa cuando Harvey intentó propasarse —dijo ella, estremecida—. Aun tengo miedo de salir con hombres.

—Oh, no debes permitir que el miedo te domine. Hay que disfrutar de la

vida. Además, siempre has querido tener hijos —le recordó.

Ella se cruzó de brazos.

—De todas formas, no creo que tenga esa posibilidad. Los hombres huyen de mí. No les gustan las mujeres enfermizas.

—Tonterías. El hombre que te ame no se preocupará por esas cosas.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que lo creo.

Niki sonrió.

—Bueno, me voy a la cocina, a ayudar a Edna.

—En ese caso, encenderé el televisor y veré las noticias.

—¿Puedes ir dentro de un rato a la habitación de Blair? Para asegurarnos de que está bien...

—Descuida.

Ella habría preferido ir en lugar de su padre, pero no se atrevía. Por lo visto, Blair se había dado cuenta de que él le gustaba, y no parecía que quisiera alentar ese sentimiento.

Desgraciadamente, Niki sentía lo que sentía. Y como no sabía disimularlo, era obvio que la situación se iba a complicar.

Capítulo 3

Blair tenía una resaca terrible cuando se levantó al día siguiente. La cabeza le dolía tanto que no podía ni caminar y, cuando Niki le llevó el desayuno, él declaró:

—Supongo que me está bien empleado.

—No digas eso. Tenías derecho a emborracharte —dijo con suavidad—.

Lamento que la vida te haya tratado mal. Pero mejorará, no te preocupes. Lo sé.

Él la miró con expresión sombría.

—Eres una optimista, pero yo no lo soy. Veo las cosas desde una perspectiva diferente. Y tú las verás igual cuando seas mayor.

—Oh, por Dios, no me hables como si fuera una niña —protestó ella—.

¡Voy a cumplir veintidós años! ¡Acabo de terminar la carrera!

—Y hay todo un mundo esperándote, Niki. Sitios nuevos, gente nueva, hombres nuevos.

Niki sacudió la cabeza.

—No.

—¿Cómo que no? —dijo él, frunciendo el ceño—. ¿Qué quieres decir con eso?

Ella se mordió el labio.

—No me atrevo a salir con hombres —le confesó—. ¿Quién sabe lo que son capaces de hacer cuando se quedan a solas conmigo? Si no hubieras estado

aquella noche en casa...

A Niki se le quebró la voz, y Blair extendió los brazos hacia ella.

—Anda, ven aquí.

Niki se sentó en la cama.

—Hay muy pocos hombres como Harvey —siguió hablando—. La inmensa mayoría no recurriría nunca a la fuerza para conseguir lo que quiere.

Y, en cuanto a ese chico, había bebido demasiado.

—Lo sé. Intenté impedirlo, pero dijo que yo era una aguafiestas —declaró—. Y puede que lo sea. No estoy acostumbrada a la gente. Vivo en el campo, lejos de los placeres de la vida moderna. Me gustan las cosas sencillas, como las flores y los niños. Si hubiera nacido hace cien años, me habría sentido como en casa.

—El mundo está lleno de personas como tú, pero no las encontrarás si no te arriesgas —alegó él—. Tienes que salir, Niki. Te estás escondiendo de la vida, y eso es cobardía. Una actitud impropia de ti.

Ella se ruborizó y, a continuación, se levantó de la cama, nerviosa. No se estaba escondiendo de la vida, sino todo lo contrario. Se había enamorado de él, y se aferraba a la esperanza de que Blair se enamorara de ella; pero, evidentemente, no se lo podía decir.

Al ver la cara de Niki, Blair pensó que sus palabras habían sido demasiado duras y le pidió disculpas.

—Lo siento.

Ella tragó saliva.

—No hay nada que disculpar. Pero me tengo que ir... Edna me está esperando en la cocina.

Niki se fue, y él se maldijo a sí mismo por haberla entristecido. De hecho, se sintió culpable durante el resto del día; especialmente, porque ella no volvió a pasar por su habitación.

Durante la cena, Niki se comportó como si no pasara nada. Sin embargo, Blair se dio cuenta de que no estaba bien, y su padre también lo notó.

—Estás muy callada —dijo Todd—. ¿Te pasa algo?

—No, qué va —replicó ella, jugueteando con la comida—. Es que no tengo hambre.

Niki sonrió para no levantar sospechas, y ninguno de los hombres insistió al respecto. Luego, cuando ya estaban tomando el café, Blair declaró que quería ir a Yellowstone al día siguiente y preguntó: —¿Te apetece venir, Niki?

A ella se le hizo un nudo en la garganta, porque no esperaba que la invitara.

—Ve con él —intervino Todd con firmeza—. Tienes que salir de casa. Te hará bien. Pero no te olvides de llevarte el inhalador, porque el campo está lleno de flores y podrías tener un acceso de asma.

—Te preocupas demasiado, papá.

—No te preocupes, Todd. Yo cuidaré de ella —dijo Blair.

—Lo sé —afirmó su amigo, terminándose el café—. ¿Puedo hablar contigo un momento? Quiero comentarte una cosa sobre el nuevo pozo petrolífero.

—Por supuesto.

Blair se levantó, y los dos hombres se dirigieron al despacho. Niki ayudó a Edna a limpiar la mesa y, al cabo de unos minutos, mientras metían los platos en el lavavajillas, el ama de llaves dijo:

—Puedes engañar a tu padre, pero no a mí, jovencita. ¿Qué te pasa?

Niki se encogió de hombros.

—Blair dice que me escondo de la vida y de los hombres.

—Pues tiene razón —afirmó la mujer—. Has permitido que una mala experiencia te corte las alas por completo. ¿Qué crees, que todos los hombres van a querer violarte? Lo de Harvey fue un incidente puntual.

—No pude defenderme. Si Blair no hubiera estado allí...

Edna le acarició el cabello.

—Pero estaba —le recordó—. No te encierres en ti misma. Tienes toda la vida por delante.

Niki suspiró y la abrazó.

—Papá y yo tenemos mucha suerte de que estés con nosotros. Esta familia no

habría sobrevivido sin ti, Edna. Mi padre se habría hundido. Quería mucho a mi madre.

Edna asintió.

—Sí, estaba loco por ella —dijo con tristeza—. Yo también me hundí cuando murió mi marido, ¿sabes? Pensé que no podría vivir sin él. Y luego, Todd me ofreció un empleo y me encontré cuidando de ti, de una niña pequeña... No sabes el bien que me hizo. Siempre quise tener hijos, pero no los tuve. Fuiste una verdadera bendición.

A Niki se le humedecieron los ojos.

—Has sido como una madre para mí. No sé qué habría sido de mi vida si hubiera crecido a solas con mi padre —dijo con humor, para aligerar el ambiente—. Supongo que jugaría al póquer, bebería whisky y me pelearía con los vaqueros del rancho.

Emma soltó una carcajada.

—Sí, tú padre hizo básicamente eso cuando tu madre falleció. Estuvo borracho un mes entero. Los vaqueros le tenían tanto miedo que se escondían cada vez que se acercaba. Pero ninguno dejó el trabajo, lo cual es digno de admiración.

—Se ha tranquilizado bastante, ¿verdad?

—No tanto. Está cortado con el mismo patrón que su amigo —dijo Edna—. Siento mucho lo que le ha pasado al señor Coleman. Su mujer es todo un caso.

—La quería de verdad. Me acuerdo de cómo le brillaban los ojos cuando me informó de que se iba a casar con Elise. ¿Cómo iba a saber que no tiene corazón? Hay que ser verdaderamente fría para que una fiesta te parezca más importante que tu esposo enfermo.

—Bueno, Elise tiene sus prioridades. Solo le importa el dinero. Pero es una pena que le haya destrozado la vida. Después de una experiencia como esa, me extrañaría que él se quiera volver a casar.

—Con las ganas que tenía de casarse...

—Sí. Tu padre me comentó que la muerte de su madre le había afectado

mucho. Supongo que estaba especialmente vulnerable cuando la conoció, y que su debilidad facilitó las cosas a esa mujer. Solo tenía que jugar con él, fingir que le importaba y seducirlo.

Niki frunció el ceño.

—Me resulta difícil de creer que un hombre como Blair Coleman caiga en ese tipo de trampas.

—Hay hombres que no se saben resistir, Niki. Si caen en manos de una mujer experta, están perdidos.

—No tenía ni idea...

—Y seguirás sin saber esas cosas si sigues encerrada en esta casa. Tienes que salir, conocer gente y encontrar a un hombre que te guste —dijo Edna—.

Quieres tener hijos, ¿verdad?

Niki no podía decir que ya había encontrado ese hombre, así que contestó con el argumento de su salud.

—Estoy enferma todo el tiempo. ¿Quién querría a una mujer como yo?

—Tu madre también era enfermiza, y eso no impidió que tu padre se enamorara de ella —declaró el ama de llaves, sonriendo con dulzura—.

Cuando estás enamorada, aprendes a vivir con los problemas que tienen. En eso consiste el amor.

—De todas formas, no creo que pueda tener hijos con nadie. No me llevo bien con la gente. Y mucho menos con los hombres.

—Pues te llevas bastante bien con el señor Coleman.

Niki se puso nerviosa.

—Te aseguro que no lo intento seducir...

Edna soltó una carcajada.

—Me alegro, porque te rechazaría si lo intentaras. Piensa que eres demasiado joven para él.

—Lo sé —replicó Niki, que cambió rápidamente de conversación—. Estoy considerando la posibilidad de buscarme un trabajo, ¿sabes? Hay un puesto libre en Catelow, en la empresa de Blair. Necesitan una administrativa.

—¿Una administrativa? Eres geóloga, Niki. Y tengo entendido que también están buscando una.

—Lo sé, pero no estoy segura de que soportara el trabajo de campo.

Tendría que llevar mascarilla y tomar todo tipo de medicamentos, lo cual no impediría que me pusiera enferma.

Edna la miró con tristeza.

—Oh, lo siento. No había caído en eso.

—No hay nada que sentir. De hecho, me alegra que no me consideres una discapacitada, aunque en cierta manera lo soy. Mis pulmones me impiden hacer muchas cosas. Por ejemplo, no me puedo sentar al lado de una mujer cuando lleva demasiada colonia. No lo puedo soportar.

—Nunca he entendido eso. Tengo una amiga que sufre de unas jaquecas terribles por culpa de la colonia que se pone; pero se niega a aceptarlo y, por si eso fuera poco, usa unos polvos de baño que son casi peores —replicó Edna, soltando una risita—. En fin, ¿qué vas a hacer al final? ¿Irás a Yellowstone con el señor Coleman?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

Niki no quiso añadir que estaba nerviosa ante la perspectiva de estar a solas con él. Y no porque no quisiera, sino porque Blair era un hombre con experiencia y ella no sabía disimular lo que sentía.

Sin embargo, tendría que intentarlo. Estaba perdidamente enamorada de él, y no podía pasar por la humillación de que se diera cuenta.

Se marcharon a primera hora de la mañana siguiente, en el coche que Blair había alquilado para ir al aeropuerto. Cuando arrancó, la miró para asegurarse de que se había puesto el cinturón y, al ver lo guapa que estaba, sonrió para sus adentros. Se había puesto un vestido de verano, de color amarillo, con su larga melena rubia sobre los hombros.

Estaba preciosa, pero su aspecto era tan frágil como siempre.

—¿Has traído tus medicamentos?

—Sí —dijo ella, de mala gana.

—Lo siento. No quería sonar como un padre demasiado protector.

—No te preocupes.

Niki se giró hacia la ventanilla, más ofendida de lo que estaba dispuesta admitir. Blair la trataba como si fuera una niña.

—También siento lo que dije ayer —continuó Blair—. Tendría que haber sido más delicado. Pero lo dije en serio, Niki. No puedes dejar de vivir por culpa de un jovencito borracho.

Ella suspiró.

—No, supongo que no.

Blair se preguntó hasta dónde llegaba su falta de experiencia amorosa. Niki le había dicho que era virgen; pero se lo había dicho antes de su graduación, y ya habían pasado dos años.

—¿Sigues sin acostarte con nadie?

Niki no respondió, pero soltó un suspiro ahogado que no dejaba lugar a dudas.

—El broche que te regalé es más apropiado de lo que yo creía —prosiguió él—. Eres una orquídea de invernadero. Lo eres de verdad.

Ella se mordió el labio inferior.

—Es que voy a la iglesia —acertó a decir.

—¿Y qué? Muchas personas van, y no llevan una vida de celibato.

Niki frunció el ceño.

—Lo sé, pero... No siento nada. Con los hombres, quiero decir.

—¿Cómo que no sientes nada?

Ella tragó saliva, con los ojos clavados en la lejana silueta de las Montañas Rocosas. La carretera avanzaba entre bosques de pinos y praderas donde, de vez en cuando, se veía algún ciervo.

—¿Niki?

—Nunca he salido demasiado —le confesó—. Los chicos del instituto se burlaban de mí porque me creían una pacata. En cierta ocasión, uno intentó

ligar conmigo en el pasillo; pero lo hizo en voz alta, para que todos le oyeran y, cuando yo me ruboricé, rompieron a reír.

—La gente puede ser muy cruel.

—Y tanto. ¿Sabes lo que hizo después? Le pareció tan divertido que lo contó en las redes sociales, y mi padre lo descubrió —dijo ella, cerrando brevemente los ojos—. Antes de que yo pudiera hacer nada, habló con sus abogados y les pidió que lo denunciaran. El chico tuvo que cerrar su cuenta.

—Se lo tenía bien empleado —comentó Blair.

—De todas formas, eso fue lo único malo que me pasó en mi adolescencia. Hasta que salí con Harvey.

—¿Habías salido antes con otros chicos?

—Bueno, fui a la fiesta de fin de curso con mi mejor amiga y su novio —respondió ella—. Y bailé con mucha gente, pero solo eso. Mi vida consistía en estudiar y poco más.

—Maldita sea.

—Además, mi padre era muy protector conmigo. Una vez, un inspector de la asociación de ganaderos me pidió que saliera con él, y luego me pasó lo mismo con un veterinario. A mí me caían bien, pero mi padre los espantó.

Dijo que el inspector estaba casado, y que el veterinario tenía mala reputación.

Blair no dijo nada. Desde su punto de vista, Todd era demasiado estricto; pero pensó que, de haber estado en su lugar, habría hecho lo mismo. Niki no sabía nada de la vida. Era una chica bella y frágil, completamente distinta a la mujer con quien él se había casado.

—Es gracioso —dijo ella de repente.

—¿A qué te refieres?

—A que pueda hablar contigo de estas cosas con toda naturalidad. Ni siquiera puedo con Edna.

—Será porque yo no juzgo a las personas —replicó él—. Y porque tengo experiencia, claro. Soy mucho más viejo que tú.

—Eres demasiado atractivo para que te consideres viejo, Blair —dijo ella —. ¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¿Un bisonte?

Blair se giró hacia la ventanilla de Niki.

—Sí, es un bisonte.

—Una vez, mi padre me llevó a un rancho donde había muchos. Estaban detrás de una valla reforzada, porque parece ser que son peligrosos. El dueño insistió en que no nos acercáramos demasiado.

—Sí, pueden ser peligrosos, como cualquier animal salvaje.

—Y algunas personas.

Al llegar a Yellowstone, tomaron la carretera de Old Faithful, que estaba a bastante distancia. Por el camino, vieron a varias personas que se habían bajado de los coches para admirar la fauna local, desde los alces hasta los carneros.

Niki se lo estaba pasando en grande. Su cara brillaba a la luz del sol y, cada vez que Blair la miraba, se le encogía el corazón. Le parecía increíblemente bella. Su vestido enfatizaba todo lo que tenía que enfatizar, y él pensaba todo el tiempo en su escote y sus morenos brazos, que imaginaba alrededor de su cuello.

En determinado momento, bajaron del vehículo para mirar a un par de cervatillos que seguían a su madre. Mientras los contemplaban, un joven de la de edad de Niki se dirigió a ella y dijo, devorándola con los ojos: —Son preciosos, ¿verdad? Trabajé una temporada en una reserva, donde cuidaba de las crías abandonadas. Los animales me encantan.

—Y a mí.

A pesar de su amable respuesta, Niki se apretó contra Blair en busca de seguridad. Y él, que la deseaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, le puso una mano en la espalda.

Niki se estremeció de placer al sentir su contacto, aunque no la desconcentró tanto como para no darse cuenta de lo que pasó a continuación, cuando Blair habló al joven. Sus palabras sonaron indiscutiblemente amistosas, pero sus

ojos eran una declaración de guerra.

—Hemos venido a ver el géiser.

—¿Ah, sí? Yo estoy con mi hermano y su esposa. Nos vamos a quedar unos cuantos días —replicó el joven, incómodo—. En fin, espero que se diviertan.

El chico se marchó, pero Blair no apartó la mano del cuerpo de Niki. De hecho, la llevó a su costado, a escasos milímetros de uno de sus senos.

—Ten cuidado —dijo él, con una voz extrañamente ronca.

Niki tragó saliva. Ardía en deseos de que subiera un poco más y cerrara los dedos sobre su pecho.

—¿Cuidado? ¿De qué?

En lugar de responder a la pregunta, Blair la llevó de vuelta al coche y arrancó. Estaba tan excitado como Niki y, como no quería que las cosas se complicaran, decidió poner fin a la situación.

—Lo siento —dijo ella cuando se pusieron en marcha—. Ese chico me ha puesto nerviosa.

—¿Por qué? Eres muy guapa. Es lógico que llames la atención de los hombres.

—Yo no he coqueteado con él...

—Ni yo lo he insinuado —dijo Blair, que respiró hondo—. Por eso te niegas a salir, ¿verdad? Porque los hombres te miran, y no te gusta.

—Sí, bueno, es que me siento... acosada.

Blair pensó que era una forma extraña de referirse a un comportamiento generalmente normal. Sin embargo, podía entender que se sintiera así, y optó por no llevarle la contraria.

—No te preocupes. No habría permitido que te hiciera nada.

—Lo sé —dijo ella—. Gracias, Blair.

Él se maldijo para sus adentros. Niki no podía saber lo cerca que había estado de pegarle un puñetazo al joven. Y todo, porque se había atrevido a coquetear con ella de forma inocente. La deseaba demasiado. La deseaba tanto que empezaba a perder el control.

—Maldita sea...

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada, no pasa nada —replicó él apresuradamente—. Ah, por fin hemos llegado al desvío. Espero que lleguemos a tiempo de ver la erupción del géiser. Solo sale unas cuantas veces al día y, si nos hemos perdido el último, nos quedaremos con las ganas de verlo. No podemos esperar varias horas.

Ella asintió. Yellowstone estaba tan lejos del rancho de su padre que, en cualquier caso, no podrían estar de vuelta antes de la noche.

Blair entró en el enorme aparcamiento del hotel y se las arregló para encontrar un sitio que estaba junto a la entrada del edificio. Niki sonrió entonces y dijo con humor:

—Siempre consigues un buen sitio. Si condujera yo, estaríamos dando vueltas durante una hora.

—Es simple suerte.

Tras salir del coche, se dirigieron al lugar donde estaba el géiser y leyeron el cartel del Parque Natural, que indicaba las horas aproximadas de las erupciones. Por lo visto, faltaba media hora para la siguiente.

Niki miró a Blair con inseguridad, y él le acarició el pelo.

—¿Qué te parece si nos tomamos un café mientras esperamos=

—Me parece magnífico —contestó ella, sonriendo.

—¿Nunca habías estado en Yellowstone?

—Estuve una vez, mientras hacía un curso de Antropología. Vine con mis compañeros de clase, pero no pudimos ver la erupción.

—Vaya, yo también hice un curso de antropología. Pero han pasado tantos años que me parece un siglo.

Ella se detuvo al llegar a la cafetería y lo miró. Era tan alto que casi le sacaba una cabeza, y de hombros tan anchos como un luchador de sumo. Niki pensaba constantemente en su cuerpo desde que lo había visto sin camisa durante su convalecencia. Y la sensualidad de sus movimientos, gráciles como los de un felino, empeoraba las cosas.

Blair alzó un brazo y le pasó un dedo por los labios. Ella los entreabrió, eliminando cualquier duda sobre sus sentimientos. Pero, por mucho que le apeteciera besarla, no podía alimentar su deseo. Era demasiado joven, demasiado inexperta. No conocía el poder de su propia feminidad. No era consciente de lo que hacía.

—¿Nos tomamos ese café? —continuó, apartando la mano.

Blair no dijo nada más, y aún seguía en silencio cuando se sentaron en la cafetería.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pensativo —dijo ella.

Él se limitó a mirarla.

—Si quieres, podemos volver a casa. No quiero obligarte a esperar.

Supongo que tienes cosas que hacer.

—No me importa esperar —replicó él, entrecerrando los ojos—. Yo también tengo ganas de ver el géiser.

Blair lo dijo en un tono tan serio que Niki se dio cuenta de que le estaba ocultando algo.

—No es la primera vez que vienes, ¿verdad?

—No, no lo es. Estuve aquí durante mi noche de bodas.

—Oh, Dios mío... Lo siento. No sabía nada —dijo ella, sintiéndose culpable.

—No te disculpes, Niki. La idea de venir no fue tuya, sino mía.

Niki se sintió mal de todas formas, consciente de que Blair estaba reviviendo el fracaso de su matrimonio.

—Siempre dices que he dejado que una mala experiencia me ancle al pasado —declaró, acariciándole el brazo—. Corrígeme si me equivoco, pero creo que tú estás haciendo lo mismo.

Blair asintió con tristeza.

—Supongo que sí. Tenía grandes expectativas.

—¿En serio?

—¿Cómo no las iba a tener? Elise es una mujer bella, inteligente y con

experiencia. Dijo que estaba enamorada de mí, así que me casé con ella y la traje a Yellowstone para que me lo demostrara.

Niki guardó silencio, esperando.

—Sonreía, ¿sabes? —continuó él con frialdad—. Sonreía todo el tiempo.

—Bueno, supongo que sonreía porque se estaba divirtiendo. ¿Qué tiene eso de malo?

Blair arqueó una ceja, y ella se sintió completamente estúpida. No entendía lo que había querido decir.

—Anda, terminate el café —prosiguió él—. Daremos una vuelta por la tienda de regalos.

Niki se preguntó por qué estaba tan trastornado. Pero no lo podía saber, así que se terminó el café, esperó a que Blair pagara la cuenta y, a continuación, lo siguió hasta la tienda.

Niki encontró una pulsera que le gustaba mucho. Era de cuero, y tenía un trocito de asta de ciervo.

—También tienen brazaletes de plata y turquesas —intervino él, sorprendido con su elección.

—Sí, pero prefiero este. Es más elemental, más sencillo. Es como un pedazo de vida —replicó.

Blair sonrió para sus adentros. Niki sabía que estaba con un hombre rico y que podía elegir lo que quisiera, aunque fuera el objeto más caro del establecimiento; pero, desde ese punto de vista, era la antítesis de Elise. Su todavía esposa se había encaprichado de varias piezas de turquesas cuando estuvieron en Yellowstone y, como él estaba enamorado, se las compró.

Había sido uno de los días más decepcionantes de su vida. Se acababan de casar, pero todas sus ilusiones saltaron por los aires cuando se acostó con ella.

—Ya estás otra vez —dijo Niki cuando salieron de la tienda.

—¿De qué estás hablando?

—Te has vuelto a quedar pensativo.

Él se detuvo y se giró hacia ella.

—No te gustan las cosas caras, ¿verdad?

Niki parpadeó, perpleja.

—Me gustan las esmeraldas y las perlas, pero tengo más de las que puedo desear. Y me encanta ese brazalete.

—¿Sabes lo que eligió mi esposa cuando estuvimos en esa tienda? Un collar, unos pendientes y una pulsera de turquesas, que naturalmente pagué yo.

—La querías mucho, ¿no?

—Sí —le confesó—. Al principio.

—Siento que las cosas no salieran bien.

Él se metió las manos en los bolsillos y apretó los puños. No quería pensar en su noche de bodas. No quería recordar su sentimiento de humillación, el golpe que había sufrido su orgullo masculino. Le había dolido mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—No sabes nada de la vida, Niki —dijo, sacudiendo la cabeza—. Sigues siendo una jovencita con la cabeza llena de esperanzas.

Ella lo miró con asombro.

—¿A qué ha venido eso?

—Olvídalo. El géiser está a punto de surgir.

Niki lo siguió al exterior, más desconcertada que nunca. ¿Por qué había hecho ese comentario? ¿Y qué significaba lo de las sonrisas de Elise? No podía estar enfadado porque su mujer sonriera en la noche de bodas. ¿Le había molestado que disfrutara?

Un segundo después, el géiser brotó con toda su potencia, y el viento lanzó un montón de agua fría contra Niki, que rompió a reír.

Capítulo 4

Blair estaba mirando a Niki cuando el Old Faithful azotó su bello rostro, arrancándole carcajadas. Era tan joven y espontánea que el corazón se le encogió. Era como la primavera. Y por si eso fuera poco, el agua del géiser le había endurecido los pezones, que ahora se adivinaban bajo el vestido.

Varios de los hombres que estaban allí debieron de sentir lo mismo, porque reaccionaron del mismo modo que él. De hecho, uno de los más jóvenes la miró con la intensidad de un depredador. Niki había cometido el error de sonreírle y, al darse cuenta de que el desconocido había malinterpretado su sonrisa, se giró hacia Blair, preocupada.

—Anda, ven aquí —dijo él, tomándola entre sus brazos.

—¿Por qué me han mirado así?

Blair la apretó contra su pecho y clavó la vista en sus ojos grandes ojos grises, sin decir nada.

—¿Blair?

Él inclinó la cabeza y le dijo al oído:

—Tu cuerpo ha reaccionado al agua del géiser, pero han pensado que ha sido por ellos. Sobre todo, el que te ha mirado como si quisiera devorarte.

—No lo entiendo —dijo ella, estremecida por el contacto de su cuerpo.

Él dio un paso atrás, miró su senos y dijo: —¿Seguro que no?

Hasta ese momento, Blair creía que Niki se estaba haciendo la tonta; pero, a ver el destello inocente de sus ojos, comprendió que no era así. No lo sabía.

No conocía el poder de su propio cuerpo. Era tan desesperantemente ingenua que estuvo a punto de gritar.

—Te lo explicaré cuando volvamos al coche —continuó—. Y ahora, sigue admirando el géiser.

Niki apretó la mejilla contra su ancho pecho, más que consciente de la dureza de sus músculos y del suave vello que se escondía bajo su camiseta de algodón. Le encantaba estar entre sus brazos. Ya no le importaba ni la gente ni el géiser que habían ido a ver. Se sentía como si estuvieran solos en el mundo, y cerró los ojos para disfrutar de su masculino aroma.

En cuanto a Blair, hizo lo posible por refrenar su deseo. Le sacaba dieciséis años. Era de otra generación. Pero los senos de Niki eran tan firmes y su corazón latía tan desbocado que su mente se llenó de imágenes tórridas.

—¡Guau! ¡Ha sido fantástico! —exclamó un niño—. ¿Nos podemos quedar hasta que vuelva a salir? Por favor, papá.

—Lo siento, pero nos están esperando en Billings —contestó su padre con una sonrisa—. Y son ocho horas de viaje.

—Oh, papá...

Padre e hijo se alejaron del géiser, y Blair aprovechó la interrupción para apartarse de Niki. Ardía en deseos de besarla, pero seguía convencido de que era demasiado joven para él.

—Nosotros también deberíamos irnos. Es un viaje largo.

—Pero ha merecido la pena —dijo ella, sin mirarlo a los ojos—. Lo recordaré toda mi vida.

Niki no se refería al géiser, sino a Blair. Pero, naturalmente, se lo calló.

Un segundo después de que entraran en el coche, Niki retomó la conversación que habían dejado en suspenso cuando se abrazaron.

—¿Qué es eso que me tenías que explicar?

Blair entrecerró los ojos.

—No sabes nada de los hombres. No tienes ni idea.

—Pues sácame de mi ignorancia —replicó ella, sonriendo.

Él le acarició el cabello.

—Va a sonar un poco fuerte —le advirtió.

—¿Y qué? Eres mi amigo.

—Sí, supongo que sí. —Blair respiró hondo—. Mira, el cuerpo de la mujer tiende a traicionar sus secretos. El agua que te ha salpicado estaba fría, y los pezones se te han puesto duros.

Niki se ruborizó, aunque no apartó la vista.

—¿Y?

Blair suspiró.

—El agua fría no es la única cosa que los pone duros. El deseo tiene el mismo efecto —declaró—. El chico que te miraba ha pensado que te sentías atraída por él. Especialmente, porque le has sonreído.

—¡Oh, Dios mío! Oh, no —dijo ella, terriblemente avergonzada—.

¿Insinúas que... ? No sabes lo ridícula que me siento. ¿Cómo es posible que tenga casi veintidós años y no conozca mi propio cuerpo?

—No debería habértelo contado —declaró él—. No pretendía incomodarte. Lo siento mucho.

Niki se giró hacia la ventanilla, intentando recuperar el aplomo.

—Nadie me ha hablado de estas cosas, ¿sabes? En el colegio no teníamos educación sexual. Además, mi padre no habría sido capaz de explicármelo y, en cuanto a Edna, está tan reprimida como él. ¡Nadie me había dicho nada!

Blair le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Bueno, tan poco es para tanto. Los hombres te desean, y es lógico que te deseen. Eres preciosa.

Ella tragó saliva. Se sentía tan bien entre sus brazos que tuvo que resistirse al impulso de besarlo.

—¿Siempre pasa eso cuando las mujeres se excitan? ¿Siempre se nos endurecen los pezones?

—Sí.

—¿Y a los hombres también?

Él rio.

—Sí, pero también se nos endurecen otras cosas.

Niki se puso roja como un tomate.

—¡Blair, por favor! ¡No soy tan estúpida!

Blair se apartó de ella.

—Será mejor que dejemos el tema para otra ocasión. Tengo que llevarte a tu casa. Se va a hacer de noche.

Niki se puso el cinturón de seguridad y dijo: —Gracias.

—¿Por qué?

—Por explicármelo —contestó, encogiéndose de hombros—. Estoy más verde de lo que pensaba.

—Todos lo hemos estado alguna vez. No tiene importancia.

Ella suspiró y jugueteó con el brazalete que Blair le había comprado.

—También quiero que darte las gracias por el regalo. Y por haberme traído a Yellowstone, un lugar que te trae malos recuerdos.

Él sacudió la cabeza.

—Pensé que mi matrimonio sería perfecto.

Ella sonrió.

—Lo sé. Estabas muy contento cuando me dijiste que te ibas a casar con Elise. Yo esperaba que fueras feliz y que tuvieras hijos, pero...

Al ver la expresión de Blair, Niki dejó la frase sin terminar y cambió de conversación.

—¿Veremos más animales por el camino?

—Quizá, pero no volveremos por la misma carretera. Es posible que no veamos muchos.

—Bueno, estaré atenta por si acaso... Me acuerdo del día en que uno de los amigos de mi padre pegó un volantazo para no atropellar a un ciervo. Se salió de la carretera, y estuvo a punto de matarse. El ciervo huyó, aunque lo encontraron muerto al día siguiente.

—Los ciervos pueden ser peligrosos.

—¿Tú cazas?

—No tengo tiempo para cazar. Mi trabajo es tan exigente que, a decir verdad, no tengo tiempo para nada.

—Yo me escondo de los hombres y tú te escondes de la vida.

Blair no dijo nada, y ella pensó que su comentario le había sentado mal.

—Lo siento. No debería haber dicho eso.

Él se encogió de hombros.

—La única vez que no me escondí de la vida, acabé casado con una mujer que me rompió el corazón. Pero no volverá a pasar.

A Niki se le hizo un nudo en la garganta. Era evidente que Blair había querido mucho a Elise; tan evidente como que se había llevado una decepción terrible y que, precisamente por esa decepción, ella no tenía ninguna oportunidad de ganarse su afecto.

—Puede que Elise vuelva contigo —comentó, intentando animarlo.

—No quiero hablar de eso.

Blair lo dijo con acritud, en un tono que nunca había usado con ella. Niki se sintió como si le hubiera dado una bofetada, y estuvo a punto de disculparse otra vez; pero se lo pensó mejor y se dedicó a mirar por la ventanilla hasta que se hizo de noche.

Fue un viaje largo y silencioso. Cuando llegaron al rancho, ella se bajó del coche y se dirigió a la casa sin esperar a Blair. Todd estaba en el salón, viendo la televisión; pero, antes de que ella pudiera entrar, Blair la agarró del brazo y cerró la puerta para que su amigo no los pudiera escuchar.

—Me cuesta hablar de mi esposa, Niki. No estoy acostumbrado a compartir mis sentimientos con nadie. Sin embargo, no tenía derecho a ser grosero contigo. Lo siento mucho.

—Descuida. No me volveré a meter en tus asuntos.

Ella le dedicó una sonrisa forzada, entró en el salón para saludar a su padre y, antes de que la pudiera interrogar sobre el viaje, dijo que estaba cansada y se fue a su habitación. Hasta entonces, había conseguido reprimir las lágrimas.

Hasta entonces.

Niki durmió bastante mal y, cuando se levantó a la mañana siguiente, tenía tan mal aspecto que ni el maquillaje lo pudo disimular.

Salió de su dormitorio y bajó al comedor, donde se detuvo al ver que Blair estaba desayunando solo. Se había puesto unos pantalones grises y una camisa amarilla, y se estaba tomando un café.

—Buenos días, Niki.

—Buenos días. ¿Edna se ha levantado ya?

Blair, que parecía tan agotado como ella, sacudió la cabeza.

—No, pero he preparado café.

—Gracias.

Niki se fue a la cocina y alcanzó la cafetera para servirse una taza. Justo entonces, Blair apareció detrás y le puso las manos en la cintura, arrancándole un escalofrío.

—No has dormido bien, ¿verdad?

Ella tragó saliva.

—Ayer dije cosas verdaderamente estúpidas.

—Y yo —replicó él, sin soltarla—. Cosas estúpidas y dolorosas. Pero no me puedo ir así, sabiendo que me odias.

—Yo no te odio.

Blair acarició su largo cabello rubio y le dio la vuelta para poder mirarla a los ojos.

—Como te dije ayer, me cuesta hablar de mis sentimientos. Además, odio todo lo relacionado con mi matrimonio. No quiero pensar en él.

—Lo sé, y lo siento sinceramente. No debí sacar el tema.

Él suspiró, mirándola con intensidad. Estaba tan demacrado que ella alzó un brazo de forma impulsiva y le acarició la cara.

—No te preocupes tanto, Blair. La vida es bonita. Cada día es un milagro.

Y tienes que mirar hacia delante, no hacia atrás.

—Sí, eso dicen —comentó él en voz baja.

—Voy a pedir el empleo que ofrece tu empresa —dijo Niki, sonriendo—. He decidido hacerte caso y empezar a vivir.

Blair frunció el ceño.

—Niki, es un trabajo de campo. Tu salud no te permite...

—No me refería a ese, sino al otro. Creo recordar que estáis buscando una administrativa.

—Sí, pero tú deberías buscar algo mejor. Tienes conocimientos de sobra.

Ella se encogió de hombros.

—Es un trabajo, ¿no? Y por algo se empieza.

Blair suspiró.

—No estamos buscando exactamente una administrativa. Estamos buscando una secretaria, que trabajara en el despacho del vicepresidente —le explicó—. Aún no ha entrevistado a nadie, pero, si quieres el puesto, es tuyo.

—Eso no sería justo.

Él le puso un dedo en los labios.

—Soy el dueño de la empresa, Niki. Puedo contratar a quien quiera.

—Está bien. Pero, si alguna mujer intenta matarme por haberle quitado el empleo, será culpa tuya —dijo con una sonrisa.

—Si alguien protesta, mándamelo a mí. Yo me encargaré de solucionarlo.

—Gracias.

Blair entrecerró los ojos.

—No has trabajado nunca, ¿verdad?

—Bueno, he trabajado para mi padre. Me encargo de los archivos, de la contabilidad del rancho y de los asuntos informáticos. Además, soy buena mecanógrafa.

—Ya, pero no es lo mismo que trabajar ocho horas al día todas las semanas —puntualizó él—. Puede ser duro, incluso para alguien con buena salud.

Ella alzó la barbilla, orgullosa.

—Teddy Roosevelt tenía asma, y eso no impidió que fuera presidente. Yo seguiré su ejemplo.

Él arqueó una ceja y sonrió.

—De acuerdo. Pero no trabajes demasiado.

—Te prometo que no trabajaré demasiado si tú me prometes lo mismo.

Blair la miró con ternura.

—Eres mi única confidente, ¿sabes? —dijo al cabo de unos segundos—.

No quiero perderte.

A ella se le encogió el corazón, aunque intentó no hacerse ilusiones con su comentario.

—Puede que no tenga la mejor salud del mundo, pero soy una mujer obstinada. No me va a pasar nada.

—Entonces, no hay más que hablar.

—Buenas noches, Blair. Y conduce despacio.

Él asintió y la miró a los ojos.

—Volveremos a Yellowstone cuando podamos. Pero también podríamos ir a Hardin y visitar la zona donde se libró la batalla de Little Bighorn.

—Me gustaría mucho.

—Puede que estés en lo cierto. Puede que esté utilizando la excusa del trabajo para no tener que vivir.

Niki sonrió.

—Bueno, si yo puedo dejar de esconderme, tú también.

Blair soltó una carcajada.

—Decirlo es más fácil que hacerlo —observó.

—Vale, pero conduce despacio...

—Me voy en avión, no en coche.

—Pues vuela despacio.

—Lo haré.

Blair dudó, como si estuviera a punto de decir algo más; pero, al oír que alguien se acercaba, la llevó a la puerta y se limitó a añadir: —Parece que Edna se ha levantado a preparar el desayuno.

—Sí, eso parece —dijo ella—. ¡Y menos mal, porque estoy muerta de

hambre!

Niki no lo volvió a ver hasta al cabo de unas semanas. Blair, que había estado en una conferencia en Colorado, pasó por el rancho para hablar con Todd sobre un nuevo pozo petrolífero.

—Deberías quedarte a pasar la noche —le dijo Niki, preocupada con su cara de cansancio.

Él se encogió de hombros.

—No puedo, cariño. Tengo que ir a otra reunión.

Ella frunció el ceño.

—¿Y dónde se celebra?

—En Los Ángeles, el lunes que viene.

—Hoy es sábado —le recordó—. Puedes quedarte y marcharte mañana en avión. Aún tendrías un día entero por delante.

Blair suspiró.

—Eres doña angustias...

Niki se limitó a sonreír.

—¿Cómo te va en tu flamante empleo? —prosiguió él.

—Bien. El señor Jacobs es un jefe maravilloso. Su secretaria anterior está trabajando de ejecutiva en la empresa, y me ha estado enseñando en sus ratos libres. Son buenas personas.

—Buenas e inteligentes. De hecho, elegí a Jacobs porque sabe mantener la boca cerrada —comentó Blair.

—¿Hasta en cómo conseguí mi empleo? —bromeó ella.

Blair rio.

—Sí, en ese tipo de cosas. Pero, de todas formas, no creo que la gente hable a tus espaldas. La mayoría de los ejecutivos saben que soy muy amigo de tu padre. Si alguien se pregunta al respecto, pensará que le debía algún favor.

Niki asintió.

—¿Has conocido a algún soltero interesante en la empresa?

—Hay un tipo de San Francisco que a veces se sienta conmigo en la

cafetería —respondió Niki.

A Blair no le hizo ninguna gracia, pero lo disimuló.

—¿Es joven?

—Algo mayor que yo.

—Pero de la misma generación, supongo... —Blair se estiró y soltó un gemido—. ¡Ah, cuánto odio volar!

—No me extraña. Aunque tengas tu propio avión, pasas muchas horas en él.

—Y menos mal que es mío, porque no soporto los vuelos comerciales. La última vez que me vi obligado a tomar uno, solo quedaban asientos en clase turista. Me sentaron entre una mujer con un bebé y un niño de cinco años, que no dejó de hablar en todo el trayecto.

Ella soltó una carcajada.

—Oh, pobrecillo —se burló.

—Casi consiguió que odiara a los niños.

—¿Casi?

Él se encogió de hombros.

—Generalmente, me gustan. Pero llevaba veinticuatro horas sin dormir y, para empeorar las cosas, tenía sinusitis.

—Pues volar no es precisamente bueno para eso.

—No, no lo es.

—Bueno, ¿te vas a quedar a pasar la noche? Edna ha dicho que va a preparar tarta de chocolate.

—¿Tarta de chocolate? —preguntó él, súbitamente interesado.

—En efecto —respondió ella.

—Entonces, no tendré más remedio que quedarme —dijo Blair—. Sabes cómo tentar a un hombre, ¿eh?

Niki sonrió.

Blair, Todd y Niki estuvieron viendo una película hasta altas horas de la noche. Era una comedia y, cada vez que Blair soltaba una carcajada, ella se estremecía de placer. Le encantaba el sonido de su risa y el destello de sus

ojos. No reprimía sus manifestaciones de alegría; era un hombre tan relajado como entusiasta, y Niki se preguntó si sería tan entusiasta con todas las cosas.

La película acababa de terminar cuando Todd recibió una llamada telefónica y se fue a su despacho, dejándolos a solas. Blair se levantó del sofá, y Niki lo acompañó a su habitación.

—Tienes buen aspecto, a pesar del polen —dijo él por el camino.

Ella rio.

—Porque me estoy medicando. No quiero ponerme enferma y tener que pedir una baja.

Blair clavó en ella sus ojos negros.

—Si te pones enferma, quédate en casa. No hagas tonterías, porque me enteraré. Y me enfadaré mucho.

—¿Quién es don angustias ahora? —dijo con humor.

—Eres una jovencita frágil, y no quiero que juegues con tu salud.

Blair le acarició la mejilla, y el pulso de Niki se aceleró inmediatamente.

De hecho, su contacto le resultó tan erótico que se ruborizó, y soltó una carcajada sin más intención que ocultar su incomodidad.

—No jugaré con ella. Te lo prometo.

Él suspiró y, de repente, se puso muy serio.

—¿Qué ocurre? —se interesó Niki.

—Nada. Es algo relacionado con Elise.

—Ah, ella.

Blair asintió.

—Sí, eso me temo. Quiere que le vuelva a aumentar la pensión que le paso.

Dice que con el dinero que le doy ahora no se puede comprar modelos de alta costura. Esa mujer es increíble —dijo con disgusto—. Pero, afortunadamente, mi abogado se encarga de todo lo relacionado con sus cheques, así que no tenemos que vernos. Y a los dos nos parece bien.

Niki sacudió la cabeza.

—¿Por qué son tan importantes esas cosas para algunas personas? Seguro

que solo quiere ropa cara para impresionar a personas que también llevan ropa cara, y que a su vez la compran para impresionar a personas como ella.

Blair rio.

—Es una buena forma de decirlo.

—Son un montón de impostores obsesionados con el boato —afirmó ella con ojos brillantes—. Juegan a estafarse a través de la ropa.

Blair rompió a reír.

—Vaya, veo que tu humor ha mejorado —continuó Niki—. Me alegro mucho. Él sacudió la cabeza.

—No sé cómo lo haces, pero siempre encuentras la forma de animarme.

Tienes un verdadero don.

—Se llama optimismo incurable. Y es contagioso.

—Debe de serlo, porque estaba profundamente deprimido cuando llegué a tu casa —comentó él.

—No hay nada que no pueda curar una buena noche de sueño. Además, tendrás tiempo de sobra para volar a California y descansar antes de la reunión del lunes —observó Niki.

—Buena idea —dijo él—. Aunque no creo que sea necesario, porque suelo dormir a pierna suelta en vuestro rancho. Es maravillosamente tranquilo. No se oyen sirenas de ambulancias ni de coches de policía.

—Ah, es verdad, que tú vives en Billings...

—Qué remedio. Está cerca de mi despacho.

Ella no dijo lo que estaba pensando: que estaba demasiado cerca. En su opinión, trabajaba en exceso y se divertía muy poco.

—La semana que viene tengo que viajar a Cancún por asuntos de negocios —anunció él de repente—. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Contigo? —preguntó, sorprendida.

—Sí, eso he dicho.

Niki se mordió el labio inferior. Ardía en deseos de viajar con él, pero le preocupaba lo que su padre pudiera pensar.

—Ah, ya sé lo que te pasa —dijo él—. Estás pensando en Todd, ¿verdad? Pues deja de darle vueltas, porque se alojará en el mismo hotel que nosotros. Él también tiene que asistir a la reunión.

—¿En serio? —dijo, esperanzada.

—En serio. Y no temas, que cuidaré de tu reputación —dijo con sorna—. De hecho, creo que tu padre no tiene ninguna queja al respecto.

—No te burles de mí —replicó Niki, ruborizada.

—Cariño, sabes que me encanta tu forma de ser.

Blair inclinó la cabeza, le dio un beso en la mejilla y añadió: —Que duermas bien.

—Lo mismo digo... ¡Oh, no! ¡No puedo ir!

—¿Por qué?

—Porque tengo que trabajar.

—Jacobs no estará en su despacho ni el viernes ni el lunes y, como el viaje coincide con su ausencia, no es necesario que vayas al trabajo. Pero, de todas formas, hablaré con él para que lo sepa.

—¡No hagas eso! ¡Pensará que te lo he pedido yo! —protestó.

—No, no pensara nada —dijo, apretándose contra su joven y suave cuerpo—. Deja de preocuparte.

Blair se inclinó otra vez y, cuando ya estaba a punto de besar sus labios, la soltó de forma abrupta, entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Niki casi flotaba cuando llegó a su habitación. La iba a llevar a Cancún.

Pero eso no había sido tan emocionante como lo que había pasado en el pasillo. Había estado a punto de besarla, y no de forma casta.

Estaba tan excitada que no pudo pegar ojo en toda la noche, lo cual tuvo consecuencias. Al despertar, no podía con su alma. Caminaba arrastrando los pies, y tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Edna cuando la vio.

—Que no he dormido nada —respondió, soltando una risita.

—Oh, vaya. ¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente.

—Entonces, ¿por qué no has dormido?

—Ya te lo contaré después.

Niki prefirió mantener temporalmente el secreto porque no se podía ir a Cancún sin consultarlo antes con su padre. Además, necesitaba asegurarse de que Todd los iba a acompañar. Blair le gustaba demasiado y, si no había alguien que ejerciera de carabina, sería capaz de meterse en su cama.

Al día siguiente, mientras desayunaban en el comedor, Todd miró a su hija y arqueó una ceja antes de decir:

—Tengo entendido que la semana que viene nos vamos a Cancún.

Ella rio y lanzó una mirada a Blair, quien parecía encantado.

—Sí, yo también lo tengo entendido.

—Los dos pensamos que necesitas unas vacaciones —intervino el hombre de sus sueños—. Solo estaremos ocupados un par de días, así que tendremos tiempo de divertirnos. La península de Yucatán es fascinante. Hay ruinas mayas, y unas playas tan grandes como bonitas.

—Suenan muy bien —dijo ella.

A pesar de su afirmación, Niki se sintió ligeramente decepcionada. Tenía la sensación de que Blair había enfatizado la belleza de la zona con intención de enfriar sus pasiones y dejar el viaje a la altura de una simple aventura turística. Estaba decidido a mantener las distancias con ella.

Sin embargo, Niki no se desanimó. Era consciente de que se comportaba así por el fracaso de su matrimonio, porque se había enamorado de alguien que no lo quería. Ya no confiaba en sus sentimientos. Se había llevado una decepción tan terrible que no quería saber nada de las mujeres. Empezando por ella.

Pero Roma no se construyó en un día, de modo que sonrió y se sumó a la conversación de los dos hombres con entusiasmo, como si no tuviera ningún tipo de preocupaciones.

Capítulo 5

Niki estaba cada vez más encantada con el viaje. Durante los días siguientes, se dedicó a investigar por Internet, y descubrió que Cancún era un sitio muy interesante, donde lo antiguo se mezclaba con lo moderno. Pero no informó a sus compañeros de trabajo, porque no fue necesario. Como su jefe iba a estar fuera esos días, dieron por sentado que ella también se tomaría un descanso.

De hecho, uno de ellos aprovechó la oportunidad para invitarla a salir con su grupo de senderismo. Le dijo que iban a ir a Jackson Hole, e intentó convencerla de todas las formas posibles.

—Deberías venir con nosotros. Tu padre te protege demasiado, Nicolette.

No crecerás nunca si no sales del encierro en el que estás.

Niki intentó no sentirse ofendida por las palabras de su compañero, Dan Brady. A fin de cuentas, no sabía nada de su vida.

—Es la única familia que tengo —se defendió.

—Y estoy seguro de que tu padre te quiere mucho. Sin embargo, los padres pueden hacer mucho daño si impiden que sus hijos se independicen. Hasta tus pulmones mejorarían si los usaras más... ¡No permitas que las alergias te obliguen a quedarte en casa! Hay un montón de hierbas que te pueden ayudar. Con buena dieta y buenos productos naturales, serás una mujer nueva.

Niki no quería herir los sentimientos de Dan. Era un buen tipo, así que se limitó a asentir y sonreír durante su parrafada, aunque no tenía ni pies ni cabeza. El asma no se curaba con hierbas y dietas. Pero la gente se podía

poner muy pesada con esas cosas, así que prefirió no discutir con él.

—Venga, acompáñanos —insistió—. Iremos este fin de semana.

Ella volvió a sonreír. Dan era un hombre alto y muy atractivo, de pelo rubio y ojos azules. Incluso tenía una sonrisa preciosa.

—Lo siento, pero no puedo. Ya he quedado con mi padre.

—Pues ven a la excursión del mes que viene. Anímate. No te arrepentirás.

—Está bien, iré.

—¡Así me gusta! ¡Te imprimiré una dieta y una lista de remedios naturales para reforzar tu sistema inmune y protegerte contra los alérgenos!

Niki se preguntó cuándo se había sacado el título de Medicina, pero no lo dijo. Luego, Dan se empeñó en acompañarla hasta el despacho de Jacobs y, cuando ya estaban en la puerta, declaró:

—Eres muy guapa, ¿sabes? ¿Por qué no sales con nadie?

—Porque... bueno, porque no me interesaba salir con nadie —replicó, incómoda—. Tuve una mala experiencia en la universidad.

—Ah, comprendo. Te rompieron el corazón, ¿verdad? —dijo Dan, malinterpretándola—. No permitas que eso te detenga. Yo también he tenido malas experiencias, pero siempre las superas. ¿Qué te parece si comemos mañana? Tomaremos marisco.

—¿Marisco?

Él asintió.

—Sí, iremos a Buster —contestó, refiriéndose a un conocido establecimiento local—. Tienen una ensalada de cangrejo maravillosa.

—De acuerdo. Acepto la invitación.

—No sabes qué alegría me das, Nicolette. Por cierto, ¿por qué te pusieron ese nombre? Es precioso.

—Sí que lo es. Era el segundo nombre de mi madre.

—¿Te pareces a ella?

—Mi padre dice que sí, pero no tengo muchos recuerdos de ella. Murió cuando yo era una niña.

—Una pena.

—Y tanto. Pero tengo a Edna, nuestra ama de llaves.

—¿Necesitáis una criada para limpiar la casa?

—Mi padre trabaja mucho, y necesita que las cosas estén en orden.

Además, Edna no es una criada. Forma parte de la familia.

—Si tú lo dices... Yo soy completamente independiente en ese sentido.

Limpio la casa, lavo la ropa y cocino sin ayuda de nadie.

Niki se limitó a asentir.

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. Hasta luego —se despidió él.

Mientras Dan se alejaba, Niki pensó que habría sido un buen tipo si no hubiera sido tan bocazas. Pero lo era, y se preguntó si ella era la única mujer que había deseado cortarle la lengua.

Aún estaba sonriendo cuando entró en el despacho de su jefe y se sentó en la salita de secretaría. El señor Jacobs apareció un momento después.

—Ah, señorita Ashton... ¿Podría venir un momento? Tengo que dictarle una carta —dijo.

—Por supuesto, señor.

Niki se levantó y tomó nota. No era difícil, porque su jefe hablaba tan despacio que nunca tenía que pedirle que repitiera una frase. Además, estaba acostumbrada a la terminología del negocio; sobre todo, porque llevaba toda la vida ayudando a su padre.

—Envíela hoy mismo, por favor.

—No se preocupe. La enviaré inmediatamente.

El señor Jacobs asintió.

—Ha sido una sorpresa de lo más agradable, señorita Ashton.

—¿A qué se refiere?

—A usted, por supuesto. Cuando Blair Coleman me ordenó que la contratara, desconfié. Discúlpeme, pero pensé que había algo personal en el asunto.

—Y lo había. Mi padre se lo pidió.

Él sonrió.

—Sí, ya me lo había imaginado, pero me reafirmo en lo dicho. Ha resultado ser una mujer tan cortés como eficaz. Estoy encantado con su trabajo, señorita. Verdaderamente encantado.

—Gracias, señor.

—Tengo entendido que estará fuera hasta el lunes.

—Sí, si no tiene inconveniente. Mi padre debe ir a Cancún por asuntos de negocios, y me ha pedido que lo acompañe.

—Su padre me cae bien. Es un hombre de talento, como el señor Coleman — declaró su jefe—. Por lo demás, me parece bien que se ausente, teniendo en cuenta que no voy a estar aquí. Pero la semana que viene tendremos que recuperar el tiempo perdido.

—Eso no será un problema, señor —dijo Niki con una sonrisa.

—Hizo la carrera de Geología, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Y por qué no pidió el empleo de geólogo? Habría sido más apropiado.

Ella suspiró.

—Sí, lo habría sido, pero tengo asma. Ese trabajo me obligaría a pasar mucho tiempo en el campo, y pondría mi salud en peligro.

—Ah, la salud —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Mi hija padece de artritis reumatoide, aunque solo tiene diez años... El señor Brady cree que la puede curar con una dieta estricta y unas cuantas hierbas medicinales. ¡Como si él supiera más de estos asuntos que varias generaciones de científicos!

—Le comprendo perfectamente, señor. A mí me dijo lo mismo —comentó con humor—. Pero no quería discutir con él, así que le di la razón como a los locos y me fui.

Él soltó una carcajada.

—Tendría que haber seguido su ejemplo, señorita Ashton. Pero no lo hice, y acabamos discutiendo acaloradamente —le confesó—. Supongo que el asma es malo, pero la enfermedad de mi hija es peor. Finge estar bien para no preocuparme, pero a veces llora en mitad de la noche. Y cuando el señor

Brady empezó a decir todas esas tonterías...

—Bueno, podríamos atarlo a una silla y atiborrarle de pollo frito y hamburguesas.

El señor Jacobs volvió a reír.

—Es una gran idea, aunque la próxima vez me limitaré a marcharme — dijo, sonriendo—. Gracias, señorita Ashton. Me ha alegrado el día.

—Gracias a usted, señor.

—En fin, envíe esa carta en cuanto pueda. Yo tengo que hacer unas llamadas.

Niki asintió, sonrió de nuevo y se marchó, aliviada. Su jefe no sabía que Blair estaba interesado en ella. Pero, ¿lo estaba de verdad? Aunque la encontrara físicamente atractiva, seguía obsesionado con Elise y la ruptura de su matrimonio. Era improbable que quisiera más aventuras románticas.

Además, Blair le había dicho varias veces que era demasiado joven para él.

Y el propio Jacobs debía de pensar lo mismo, porque ni siquiera había considerado la posibilidad de que le gustara.

Mientras volvía a su mesa, Niki se acordó de la hija de su jefe y cruzó los dedos para que los investigadores encontraran la cura de su enfermedad y, a ser posible, también del asma. Pero, hasta entonces, no tenía más remedio que seguir con su medicación y evitar las circunstancias que desencadenaban el problema.

Luego, se sentó, encendió el ordenador y se puso a trabajar.

Dan la estaba esperando en la salida cuando Niki cerró el despacho y se dirigió al aparcamiento.

—¿Te apetece correr conmigo? —le preguntó, sonriendo—. Solo serán seis o siete kilómetros, una tontería.

Niki se estremeció al pensarlo. ¿Seis o siete kilómetros? A él le podían parecer una tontería, pero ella no era de la misma opinión.

—Lo siento, pero le prometí a mi padre que redactaría unas cartas. Es un asunto importante.

—Oh, vaya.

—Gracias de todas formas.

—Bueno, tú te lo pierdes —replicó, metiéndose las manos en los bolsillos—. No te gusta el deporte, ¿verdad? Pues haces mal, y lo lamentarás mucho cuando seas mayor.

Niki le dedicó una sonrisa tan educada como falsa, se despidió de él y se subió a su coche.

Cuando llegó a casa, estaba tan enfadada que su padre lo notó de inmediato. Y, por supuesto, se preocupó.

—Dios mío... ¿Qué te ha pasado?

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que tienes cara de querer matar a alguien, y es la primera vez que te veo así —respondió Todd—. ¿Alguien ha dicho algo sobre tu contratación?

Niki no quiso decirle que había estado hablando con Jacobs sobre esa cuestión. En primer lugar, porque no le había dicho nada ofensivo y, en segundo, porque ahora le caía mejor que antes. Además, solo habría servido para emponzoñar las cosas.

—No, nadie me ha dicho nada —dijo, quitándose el jersey que llevaba encima del vestido—. Es por uno de mis compañeros, Dan Brady. Cree que estoy demasiado mimada, y se ha puesto pesado porque no he querido ir a correr con él. Pretendía que hiciera siete kilómetros después de trabajar.

—¿Siete kilómetros?

—Sí, y lo ha dicho como si fueran cinco metros —respondió, sacudiendo la cabeza—. Ese hombre está loco.

—El mundo está lleno de locos —comentó su padre.

—No lo dudo, pero los prefiero lejos de mí.

—¿Quieres que hable con él? —le preguntó, arqueando sus rubias cejas.

—No, gracias —dijo Niki, temiendo lo que pudiera hacer.

—Oh, vamos... Te prometo que no le daré ningún puñetazo. Por lo menos, fuerte.

Niki soltó una carcajada y lo abrazó.

—Eres el mejor padre que nadie pueda tener, y que te quiero con toda mi alma. Pero solo es un pesado, nada más. Me las arreglaré.

—Está bien, como quieras. Pero será mejor que no le diga nada a Blair.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es muy protector contigo.

Niki sonrió.

—Es lógico que lo sea. Es mi amigo.

Todd ladeó la cabeza y dijo, sin dejar de sonreír: —¿Solo es eso? ¿Un amigo?

Su hija asintió.

—Solo eso, papá.

Él la miró con desconfianza, como si no la creyera; pero se encogió de hombros y se fue.

Blair se había encargado de que su avión los estuviera esperando en el aeropuerto de Billings, con la tripulación completa.

—¿Para qué sirve el dinero si no lo gastas? —bromeó mientras Todd y Niki se sentaban a su lado—. Además, ya os he dicho que odio los vuelos comerciales.

—Yo también los odio —replicó su amigo—, pero a veces no tengo más remedio que tomarlos.

Blair sonrió.

—Pues pídemelo mío y te lo prestaré.

Justo entonces, el avión empezó a avanzar por la pista y, al cabo de unos segundos, despegó.

Cancún era increíble. Su hotel era uno de los muchos que se alzaban junto al mar, en una playa tan larga como aislada. Todos eran lujosos, pero el de Blair superaba a los demás en todos los aspectos, empezando por su restaurante de cinco estrellas. Había reservado una suite para Todd y Niki y otra para él,

pero su amigo protestó al ver el tamaño de sus habitaciones.

—Esto es demasiado —dijo.

—Soy el dueño del hotel —le recordó con una sonrisa—. No me supone ningún dispendio.

—En ese caso, gracias.

—Además, tengo otros motivos para haber elegido este sitio. Los empresarios mexicanos con los que nos vamos a reunir también se alojan aquí. No perderemos tiempo haciendo viajes.

Todd arqueó las cejas.

—¿Y les has dado un trato tan bueno como a nosotros?

Blair volvió a sonreír.

—Por supuesto. Y, por si eso fuera poco, han coincidido casualmente con un grupo de modelos asombrosamente bellas, que están rodando un anuncio —le informó—. Haz como si no hubieras oído eso, Niki.

Niki frunció el ceño.

—Oh, vamos —continuó Blair—. Tu eres más guapa que ellas.

Niki pensó que lo había dicho en broma; pero, cuando se giró hacia él, su mirada era tan intensa que la sacó de su error.

—Bueno, me voy a deshacer la maleta —dijo ella, ruborizada—. Quedaos aquí y seguid hablando de modelos.

Niki sonrió con picardía y se marchó.

La información de Blair la había dejado preocupada. Ya se veía sola, con su toalla de playa y su bañador viejo mientras él disfrutaba de la compañía de un grupo de esbeltas y sensuales modelos en bikini.

Pero no lo iba a permitir.

Al llegar al hotel, había visto la boutique de la planta baja, así que salió de la habitación, entró en el establecimiento e hizo unas cuantas compras. En primer lugar, un vestido de cóctel de color negro; en segundo, unos zapatos de aguja del mismo color y, en tercero, un bañador ajustadísimo, de color dorado, que enfatizaba maravillosamente sus senos.

Salió de la tienda sintiéndose más extravagante que nunca. Pero, al menos, no había usado el dinero de su padre, sino su propio dinero, el que había heredado de su difunta madre.

Ya estaba en el vestíbulo cuando vio a Blair y decidió acercarse a enseñarle sus compras. Sin embargo, se detuvo al ver que se le acercaba una elegante mujer de largo cabello negro. Era algo más joven que él, y debía de conocerlo, porque le acarició el pecho mientras hablaba.

Blair sonrió, disipando cualquier duda que Niki pudiera tener.

Efectivamente, se conocían a fondo. Y, por su forma de comportarse, su relación no había sido platónica. ¿Sería una antigua amante?

Niki se hundió en la desesperación. Se había convencido de que podía hacer algo para que Blair la encontrara más atractiva, más deseable, más refinada, mayor. Pero no podía competir con mujeres como aquella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de su padre, que apareció en ese instante, la sacó de sus pensamientos.

—He estado de compras —contestó, haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Ah, mira... Blair se ha encontrado con Janet Hardman.

—¿La conoces? —preguntó, fingiendo no estar particularmente interesada.

—Claro que sí. Estuvo saliendo con él hace unos años, antes de que se enamorara de esa arpía que le ha arruinado la vida. Es directiva de una compañía cinematográfica. Tendrá algo que ver con el anuncio que están rodando —respondió—. Es preciosa, ¿verdad?

—Sí, lo es —dijo ella con inseguridad—. Por lo visto, a Blair le gustan las morenas.

Él se encogió de hombros.

—Quizá, porque le recuerdan a su madre. La quería mucho. Su esposo no la trataba bien, y fue cruel con Blair —dijo Todd—. Creo recordar que su madre se llevaba muy bien con Janet.

El comentario de su padre la hundió un poco más. En ese momento, habría

dado cualquier cosa por marcharse de allí y volver a casa.

—En fin, me voy a la playa —le informó.

—Está bien, pero no te bañes si hay bandera roja. Prométemelo.

—¿Bandera roja? ¿Qué es eso?

—¿Es que no lo sabes? Ponen banderas de distintos colores en función del estado del mar. Si es de color rojo, significa que hay peligro.

—Ah... Bueno, de todas formas, prefiero nadar en las piscinas. No me gusta que se me meta arena en el bañador.

Todd rio.

—A mí tampoco —dijo—. Venga, vete a divertirte un rato. Nos veremos a la hora de cenar.

—Por supuesto.

Niki pensó que Blair no cenaría con ellos o, peor aún, que se presentaría con su antigua amante. Y, como no quería someterse a esa tortura, se inventó una jaqueca para usarla como excusa, llegado el caso.

—No estaré mucho tiempo. Me duele la cabeza.

—Si te duele, no deberías tomar el sol —observó su padre.

—Solo será un rato. No lo puedo evitar. Me encantan las playas.

—Está bien, pero ten cuidado.

—Lo tendré.

Niki sonrió y se alejó de su padre. Blair la vio entonces y la miró de forma extraña, pero ella hizo caso omiso y siguió andando.

Su bañador nuevo tuvo un efecto inesperado. En combinación con su cabello de color rubio platino y sus caras gafas de sol, le daba aspecto de mujer refinada, con experiencia y, desde luego, mayor.

Niki estaba encantada. Además, enfatizaba su figura de un modo completamente nuevo para ella, que siempre llevaba ropa conservadora.

Mostraba sus largas y morenas piernas, enfatizaba sus firmes y tentadores senos y revelaba sus redondeadas caderas y su estrechísima cintura.

Por primera vez, fue consciente de que tenía un cuerpo perfecto y, por

primera vez, se sintió capaz de competir con mujeres como Janet. ¿Por qué rendirse sin luchar? Blair se había encontrado con una antigua amante que se alojaba en el mismo establecimiento y que, aparentemente, seguía interesada en él. Pero ella también estaba allí. Y no tenía nada que perder.

Niki se dirigió a la playa en bañador, sin taparse con ninguna prenda. Uno de los empleados del hotel le dio una toalla y la admiró abiertamente. Ella sonrió, extendió la toalla cerca de una pareja de ancianos y se tumbó. El sol quemaba bastante, pero le pareció una sensación de lo más agradable.

Mientras miraba las gaviotas que surcaban el cielo, se acordó de una cosa que había mencionado su padre: que todos los días había una excursión a las ruinas mayas de Chichen Itzá. No sabía si sus compañeros de viaje podrían acompañarla, pero tomó la decisión de ir a la mañana siguiente. Seguro que merecía la pena. Sin embargo, sus pensamientos volvieron una y otra vez a Janet Hardman, la morena que se había ganado el afecto de Blair. Y, cuanto más vueltas le daba, más se lamentaba de su suerte. ¿Por qué había nacido rubia? ¿Por qué no era más refinada? ¿Por qué no era mayor? ¿Por qué no se había enamorado de Dan Brady?

Su compañero de trabajo era un buen hombre, aunque la criticara constantemente por su estilo de vida y por las cosas que comía, como había hecho en el restaurante donde la llevó a comer. Pero no estaba a la altura de Blair Coleman. No le llegaba ni a la suela de los zapatos.

Por desgracia, Blair estaba empeñado en mantener las distancias, y ella no podía hacer nada al respecto; nada, salvo asumir su derrota y seguir con su vida. Era una perspectiva ciertamente desoladora, pero eso no impidió que se quedara dormida al sol.

Niki se despertó cuando alguien le echó agua en la cara. Era Blair, y estaba ante ella sin más ropa que un bañador de color blanco.

Su cuerpo le pareció tan exquisito que estuvo a punto de gemir. Moreno, musculoso, de hombros anchos, caderas estrechas y piernas como troncos.

Era la quintaesencia de la belleza masculina, y la estaba mirando a ella. Pero

no miraba su rostro, sino sus pechos. Mientras dormía, Niki se había puesto de lado y, como el escote de su bañador era bastante generoso, se veía más de la cuenta.

En lugar de sentirse avergonzada, se excitó. Y sus pezones se endurecieron al instante, traicionando sus sentimientos.

Rápidamente, se sentó y se cruzó de brazos, intentando cubrir sus senos.

Blair se acababa de bañar, y su piel brillaba a la luz del sol. Parecía completamente relajado, pero era una apariencia engañosa. No podía apartar la vista de Niki. Tenía el cuerpo más bello que había visto en su vida. Y, por supuesto, le provocó una reacción física que no pudo ocultar.

Blair se inclinó, la levantó del suelo y la llevó hacia el mar, incapaz de controlar lo que sentía.

—¡No podemos bañarnos! —protestó ella—. ¡Hay bandera roja!

Él la miró un momento y dijo, antes de meterla en el agua: —¿Por qué has tenido que ponerte ese bañador?

Luego, avanzó hasta que el agua les llegó al pecho, la tomó entre sus brazos y, acto seguido, bajó la cabeza y le dio un beso en los labios.

Niki le clavó las uñas en los hombros, sintiéndose como si estuviera en el paraíso. Había soñado mil veces con ese momento. Su corazón latía frenéticamente, y estaba tan concentrada en el contacto de su cuerpo que dejó de oír los chillidos de las gaviotas, las voces de los turistas y hasta el sonido de las olas que rompían en la playa.

—Oh, Blair...

Él la apretó contra su pecho y la besó de nuevo, con más pasión que antes.

—Abre la boca, Niki —le ordenó.

—¿Cómo? —dijo, hechizada.

—Que abras la boca. Quiero besarte como se debe.

Niki obedeció, seducida por el tono ronco de su voz; y cuando sintió su lengua todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se despertaron al instante. Era la primera vez que probaba el deseo de verdad.

Blair notó la intensidad de su respuesta. Notó los dedos que se cerraban sobre su nuca, acariciándolo con nerviosismo. Notó el temblor de su cuerpo, que frotaba contra él.

Desesperado, echó la cadera hacia delante para que pudiera sentir la fuerza de su erección. Y Niki soltó un gemido.

—Quiero arrancarte ese bañador y tumbarte en la playa —le susurró al oído—. Quiero penetrarte hasta el fondo, lenta y suavemente. Quiero poseerte y que tú me poseas.

Blair ya no podía pensar. Solo podía besar, acariciar, vivir el contacto del exquisito cuerpo de Niki. Y no era de extrañar, porque la deseaba mucho más de lo que había deseado a Elise cuando se creyó enamorado de ella. La deseaba con locura.

Niki intentó protestar, pero sin convicción. El sabor de su boca era una droga que nunca llegaba a saciarla por completo. Necesitaba más, mucho más, aunque no sabía qué; algo urgente y arrebatador, que la empujó a pasar los brazos alrededor de su cuello y a aferrarse a él como si su vida dependiera de ello, atenazada por una tensión insoportable.

Las grandes manos de Blair se cerraron sobre sus caderas, y sus ojos negros la miraron con hambre. Niki estaba a su merced. La podía tomar cuando quisiera. Podía llevarla a su dormitorio, tumbarla en la cama y hacerle el amor con la luz del sol filtrándose por las cortinas. La podía llevar al paraíso del placer. Le podía dar lo que estaba deseando, porque era obvio que lo deseaba tanto como él.

Y entonces, las frías aguas del mar empezaron a enfriar su atormentado cuerpo, reavivando su sentido común. Estaba con Niki, la hija de su mejor amigo. Estaba con una mujer que seguía siendo virgen, y la trataba como si tuviera toda la experiencia del mundo.

Sin embargo, el recuerdo de su inocencia no contribuyó precisamente a apagar su pasión. La deseó todavía más, y tuvo que cerrar los ojos para no perderse de nuevo.

—Blair —dijo ella, susurrando.

—Aguanta —replicó él en tono de ruego—. Quédate quieta. Se pasará.

Niki no se dejó engañar por su súbito cambio de actitud. Estaba haciendo esfuerzos por controlarse, pero la deseaba. Lo notaba en la tensión de su cuerpo. Era absolutamente evidente.

Desesperada, cerró los ojos a su vez y se dejó llevar por sus fantasías amorosas mientras las olas los acariciaban. Blair no era capaz de apartarse de ella después de lo que había pasado. No podía hacerlo.

Pero lo hizo, y rompió el contacto enseguida.

—Tenemos que salir del agua. La corriente es demasiado fuerte —declaró.

Blair la tomó de la mano y la llevó hacia la playa, odiándose a sí mismo por lo que había hecho.

—Tú te has bañado antes, y no te ha pasado nada —alegó ella.

—Porque sé lo que tengo que hacer en esas circunstancias. No es la primera vez que nado en este sitio.

Cuando llegaron a la orilla, Niki lo miró con ansiedad, esperando que la besara de nuevo. Pero él apartó la vista.

—Tengo que hacer unas llamadas —dijo—. Hasta luego, Niki.

Blair dio media vuelta y se marchó como si no hubiera pasado nada entre ellos, como si no la hubiera abrazado ni acariciado ni dicho cosas asombrosamente románticas. Se fue como si todo hubiera sido un sueño.

Niki volvió al lugar donde había dejado la toalla, se puso las gafas de sol y se tumbó, intentando tranquilizar su angustiado y desbocado corazón. ¿Qué iba a hacer ahora? Aquella experiencia la había cambiado por completo, pero no parecía que a Blair le hubiera afectado tanto. ¿Sería por Janet? ¿Querría retomar su antigua relación?

En su confusión posterior, se le ocurrió la posibilidad de que no la hubiera besado de esa forma porque se sintiera atraído por ella, sino porque estaba pensando en Janet.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Y Niki se alegró de haberse puesto las

gafas. Al menos, nadie notaría que estaba llorando.

Blair se estaba muriendo por dentro cuando entró en el hotel, huyendo de la tentación de la playa. Se había portado mal con ella, aunque era lo último que deseaba.

Niki había conquistado su corazón; lo había conquistado tiempo atrás, pero la rechazaba constantemente porque no quería que se encariñara con él.

Desde su punto de vista, merecía algo más que un cansado y maduro empresario del petróleo que solo vivía para su trabajo.

Sin ser consciente, se puso a pensar en los dos años anteriores. Niki entre sus brazos, tras el suceso de Harvey; Niki en Navidad, jugando y riendo con los niños; Niki llevándolo al rancho cuando su matrimonio estalló y él se dedicó a beber durante días.

Nunca había estado con ninguna mujer que lo cuidara tanto, y nunca había estado con ninguna a la que deseara tanto.

Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse llevar por el deseo y destrozarse su vida. La quería con toda su alma. La deseaba desesperadamente. Pero era la única mujer de la Tierra con la que no se podía acostar.

Al cabo de unos minutos, Niki se levantó, recogió la toalla y regresó al hotel. Por fin había conseguido lo que quería. Se había ganado la atención de Blair. Pero se había apartado de ella como si estuviera enfadado, y no entendía por qué. ¿Sería culpa suya? ¿Habría sido demasiado atrevida?

Niki se había puesto aquel bañador con la esperanza de seducirlo y de forzarlo a asumir sus sentimientos. Sin embargo, su plan no había salido bien.

Aunque la hubiera besado, aunque hubiera disfrutado como ella, Blair seguía pensando que era demasiado joven para él, y esa opinión no había cambiado por su apasionado encuentro en el mar.

Tras pensarlo, llegó a la conclusión de que había fracasado porque había conseguido una respuesta física, pero no emocional. El hecho de que la deseara no implicaba nada más. También había deseado a otras mujeres, como

Janet Hardman. Y también habría disfrutado con ellas.

Niki se acordó de la expresión de angustia que aparecía constantemente en su rostro cada vez que hablaban. Era amable, cariñoso y encantador cuando la consideraba una niña, pero su actitud cambiaba de forma radical cuando la consideraba una mujer. Su breve interludio amoroso era un buen ejemplo. Se había marchado como si estuviera profundamente arrepentido.

Fuera como fuera, su esperanza inicial se convirtió en vergüenza. Niki sabía que había algo profundo entre ellos, algo tan cálido como real. No tenía ninguna duda al respecto. Pero ahora estaba convencida de que su impaciencia, que la había llevado a forzar la situación, lo había puesto en peligro.

Se había salido con la suya. Había conseguido que la besara, que la tomara entre sus brazos, que le mostrara su deseo. Y el resultado no podía ser peor.

Capítulo 6

Blair habló con Todd y le dijo que no podía cenar con ellos. A diferencia de su padre, Niki sabía por qué. Conocía el motivo de su ausencia, lo cual la deprimió. Pero hizo lo posible por disimular.

—Con lo que comes, no podría vivir ni un pajarito —protestó Todd durante la cena—. Es una carne excelente, tan buena como la de nuestro rancho. Y casi no la has probado.

—Lo siento —dijo ella con una sonrisa débil—. Me duele la cabeza. He estado demasiado tiempo al sol.

Todd alcanzó su copa de vino, la miró detenidamente y, a continuación, dijo:

—Janet y Blair son amigos. Solo amigos.

Ella se fingió sorprendida.

—¿Janet?

Su padre frunció el ceño.

—Tengo la sensación de que estás triste porque Blair no ha venido a cenar.

—No, qué va —se apresuró a decir.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Niki se sintió atrapada y, como no se le ocurrió ninguna salida mejor, utilizó a su jefe como excusa.

—El señor Jacobs me preguntó el otro día por mi contratación. Conseguí el empleo sin pasar por el proceso habitual, y sentía curiosidad al respecto.

—¿Cómo? ¿Jacobs te preguntó por...?

Niki lo interrumpió rápidamente.

—Era simple curiosidad —insistió—. Le dije que Blair me había contratado porque tú se lo habías pedido, y le pareció bien. De hecho, es un hombre maravilloso. ¿Sabías que su hija tiene artritis reumatoide?

Él sacudió la cabeza.

—No, no lo sabía.

—Dan le ha estado dando consejos tan inútiles como los que me ha estado dando a mí —dijo con humor—. Parece creer que los médicos no sirven para nada, y que unas cuantas hierbas pueden solucionar mi problema y el de la hija de Jacobs.

—Dios mío —dijo su padre.

—Es un buen tipo, aunque algo pesado. Me invitó a salir con su grupo de senderismo, y le dije que sí. Pero no te preocupes por mi salud. Me llevaré mis medicamentos y tendré todo el cuidado del mundo —le prometió—. Dan tiene razón en una cosa... no puedo vivir con miedo.

—Ser precavido no es lo mismo que vivir con miedo. Tus pulmones no están bien, Niki —le recordó Todd—. Y no hay ninguna cura para lo que tienes. No hagas caso a ese cretino.

Su hija soltó una carcajada.

—Sí, supongo que es un cretino. Pero también es buena persona. Y cree que el ejercicio me ayudaría.

—Sí, estoy seguro de que pegarte palizas de siete kilómetros te sentaría de perlas —ironizó su padre.

—No voy a correr, papá. No aguantaría ni cinco minutos. Y lo sé de sobra, aunque él no lo sabe.

—Está bien, pero llévate el móvil y conecta el GPS. Si te pasa algo, te localizaremos y te traeremos de vuelta a casa.

—Trato hecho.

Él suspiró y echó otro trago de vino. Cuando empezaba a creer que las cosas iban bien entre Blair y Niki, su amigo se dejaba acaramelar por una antigua

amante y su hija se interesaba por un lunático.

Todd era consciente de la diferencia de edad que había entre ellos, pero nunca le había parecido que la edad fuera un problema en cuestiones de amor. Lo sabía por experiencia, porque se había enamorado de una mujer dieciocho años más joven, la madre de Niki. Y se habían querido con desenfreno hasta el día de su muerte.

Cada vez que lo pensaba, se estremecía por dentro. Fueron dos años de operaciones, quimioterapia y radioterapia. Ella luchó tanto como pudo contra su cáncer de pulmón, y él no se apartó en ningún momento de su lado. Pero, al final, fue inútil. Y cuando los médicos le dijeron que Niki tenía un problema congénito en los pulmones, se desesperó.

Por eso estaba tan preocupado. No podía perder a Niki. Sería como volver a perder a su esposa. No lo podría soportar.

—Estas muy taciturno esta noche —declaró Niki, frunciendo el ceño.

—Discúlpame. Es que falta poco para el arreo del ganado, y tendría que volver al rancho.

Ella sonrió.

—Pues habla con Tex y dile que se encargue él.

—Ya lo he hecho. Pero hay decisiones que tomar, y son cosa mía —le recordó.

—Sí, claro, supongo que sí... ¡Razón de más para disfrutar de las vacaciones! —replicó, alzando su copa—. ¡Salud!

Su padre rio y brindó con ella.

—Salud, cariño.

Niki ya se había acostado cuando Blair se acercó a la suite con intención de hablar con Todd; pero las luces estaban apagadas, así que pasó de largo.

Su cita con Janet había sido agotadora. No había dejado de hablar sobre su carrera en la industria cinematográfica, sus responsabilidades profesionales y su triste y solitaria vida. Blair fingió interés en todo momento, pero no dejaba de pensar en Niki. Se había dejado llevar por culpa de aquel maldito bañador

y, para empeorar las cosas, se había portado mal con ella.

¿Cómo era posible que hubiera sido tan grosero? La había dejado plantada después de besarla, y todo porque no quería sentir lo que sentía, porque estaba tan abrumado como angustiado.

Si hubiera sido más valiente, le habría dicho que era una mujer exquisita y que, cuando la tenía entre sus brazos, se sentía el hombre más feliz del mundo. Habría sido lo correcto. A fin de cuentas, era su primera experiencia amorosa. Pero, en lugar de decirle la verdad, había convertido un momento mágico en un recuerdo bochornoso.

Niki estaba tan sexy en bañador que ningún santo se le habría podido resistir. Pero Blair no estaba enfadado por sus intentos de seducirlo, sino por su propia falta de control. A fin de cuentas, ella se había limitado a darle lo que él quería. Y ni siquiera había cuestionado su comportamiento.

En lugar de enfadarse o echárselo en cara, Niki se había ido en silencio, como si se creyera culpable, como si pensara que lo había decepcionado.

Hasta en eso era distinta a las demás. Ninguna mujer lo había tratado nunca con tanta delicadeza. ¿Y qué hacía él a cambio de su comprensión?

Responder de forma mezquina.

Blair habría dado cualquier cosa por reparar el daño hecho, pero no sabía cómo. Seguía obsesionado con la idea de que Niki era demasiado joven para él, y le preocupaba que descubriera la verdad: que no la quería para unas cuantas horas de pasión, sino para toda la vida.

No, no se debía enterar. Encontraría el modo de quitársela de encima.

Si hubiera sido otra mujer, le habría enviado un collar de diamantes, un abrigo de pieles o las llaves de un coche de lujo; pero Blair estaba seguro de que ninguna de esas cosas serviría de compensación. Niki era de las que se enamoraban de una pulsera de cuero con un trozo de asta.

Su falta de avaricia le sorprendía. Y no necesitaba ser muy listo para saber que se hundiría por completo cuando la perdiera.

Deprimido, se sentó en el sofá de su suite, se llevó las manos a la cabeza y,

al cabo de unos momentos, se sirvió un whisky. Necesitaba beber. Era la única forma de sobrevivir a esa noche.

Niki volvió a la playa a la mañana siguiente. Sabía que Blair no aparecería, pero se puso el bañador nuevo de todas formas porque quería disfrutar del sol y olvidar lo sucedido.

Había dormido muy poco. Cada vez que cerraba los ojos, se acordaba de los labios de Blair, del contacto de su cuerpo y de su deseo. Hasta podía oír su ronca y sensual voz, susurrándole cosas que la ruborizaban.

Había descubierto la esencia de la pasión física, y ya no podía vivir sin ella. La ansiaba tanto que casi resultaba doloroso. Blair le había enseñado un mundo nuevo, el mundo del placer, y luego la había dejado en la estacada.

Definitivamente, no entendía a los hombres.

Pero, al llegar a la playa, se arrepintió de no entenderlos.

—¡Vaya, qué maravilla! —dijo un joven, devorándola con la mirada—.

¿Por qué no subes a mi dormitorio? Romperemos todos los muelles del colchón.

Niki se quedó atónita.

—No te conozco —acertó a decir.

—¡Pues claro que no! Pero nos conoceremos enseguida, guapa —replicó, tomándola de la mano—. Ven conmigo. Llevas demasiada ropa.

Ella sacudió la cabeza y se negó a moverse.

—¿Qué pasa, que no soy suficientemente bueno para ti? —preguntó con dificultad, como si estuviera borracho—. Si no quieres compañía, ¿por qué te pones ese bañador? ¡Ninguna mujer llevaría algo tan descarado si no estuviera buscando un revolcón!

Niki se estremeció, sin saber qué hacer. No había aprendido a defenderse, y no había nadie que le pudiera echar una mano, aunque estaba segura de que alguna persona se acercaría si empezaba a gritar. Y, entonces, se produjo un milagro.

—¡Lárgate de aquí, ligón de pacotilla! —exclamó una mujer con bikini—.

¡Piérdete de una vez, y deja de molestar a la gente!

El joven la miró con desconcierto, evidentemente sorprendido por su agresividad. Y se sorprendió un poco más cuando la mujer, que era nada más y nada menos que Janet Hardman, alzó una mano para llamar la atención de uno de los empleados del hotel.

—¿Quieres que llamemos a la policía? —continuó con voz amenazante—.

Seguro que tienen una celda para que pases la noche. Y, por tu aspecto, supongo que ya conoces las comisarías.

—Maldita mujer...

El joven salió corriendo segundos antes de que el empleado del hotel llegara a su altura.

—¿Le estaba molestando, señorita?

—A mí, no; a ella —respondió Janet—. ¿Sabe quién es?

—Me temo que sí. Es un traficante de drogas que siempre está molestando a los turistas, y es particularmente ofensivo con las mujeres —respondió el hombre—. Lamento mucho lo sucedido. Hablaré con la policía.

—Gracias —dijo Janet.

—Sí, muchísimas gracias —añadió Niki, que se giró hacia su salvadora—.

No sé qué habría hecho sin ti. No estoy acostumbrada a que me digan esas cosas.

Janet, que había reconocido a Niki, pensó que su padre la había mimado demasiado.

—No sabes nada del mundo, ¿verdad? —le preguntó.

—Bueno, ahora sé más que antes —dijo, avergonzada—. Te has arriesgado mucho. Podría haber sido peligroso.

—Para él, sí. Soy cinturón marrón de taekwondo —le informó Janet—. Si me hubiera tocado, habría terminado mal. Deberías ir a unas cuantas clases.

—Sí, quizá tengas razón, pero... no sé si...

De repente, Niki se quedó sin respiración. Pero llevaba el inhalador en el bolso, así que lo sacó y lo usó rápidamente.

—¿Tienes asma? —dijo Janet, preocupada.

Niki asintió y aspiró otra bocanada.

—Me temo que sí. No puedo ir a ninguna parte sin el inhalador. Mi salud no es precisamente buena.

—Ya lo veo.

Niki se inclinó entonces y alcanzó la toalla, que había dejado caer cuando el joven se metió con ella.

—No te vayas. No permitas que ese cretino te amargue el día —declaró Janet—. Túmbate a mi lado y cuéntame cosas. Estoy aquí por asuntos de trabajo, y no tengo más amigo que Blair.

Niki se puso celosa, pero lo disimuló como pudo.

—Mi padre también está en Cancún por una reunión. ¿Trabajáis en el mismo sector?

—No, en absoluto. Yo me dedico a hacer películas —contestó, riendo—.

He venido a grabar un anuncio para una empresa de refrescos. Tenemos una estrella de cine y cinco modelos de primera categoría, lo cual es un problema para nuestra cámara. Cada vez que las ve, se pone a babear. Está tan desconcentrado que se le olvidan las cosas.

Niki soltó una carcajada.

—Debe de ser un trabajo interesante —comentó.

—Lo es, aunque consideraré la posibilidad de dejarlo para tener hijos.

Desgraciadamente, Blair no estaba preparado en aquella época, y como luego conoció a Elise... Deberían ahorcar a esa mujer. Lo ha tratado verdaderamente mal.

—Pero estaba enamorado de ella. O, al menos, es lo que mi padre decía.

—Creía estar enamorado, que es distinto —puntualizó Janet—. ¿Recuerdas eso de que las apariencias engañan? Pues, en este caso, es verdad. Elise le engañó con apariencias, y Blair no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. Solo quería su dinero. Era una pobretona que quería vivir bien, aunque eso lo puedo entender. Yo tampoco soy una aristócrata.

—¿Cómo conociste a Blair?

—A través de su madre —respondió—. Nos conocimos en una cafetería, y le debí de caer bien, porque habló con Blair y le recomendó mi estudio fotográfico cuando estaba buscando uno. Salimos unas cuantas semanas, todas maravillosas.

—¿Y qué pasó?

—Que Blair solo vivía para su trabajo y para su madre, a la que adoraba.

Estaba decidido a compensarla por lo que su marido le había hecho.

—¿Su marido? ¿El padre de Blair?

—No, Harrison no era su padre. Su padre murió poco antes de que él naciera —le explicó Janet—. Harrison era un empresario rico que se enamoró de la bella y embarazada madre de Blair, Bernice. Pero, cuando ella dio a luz, cambió de actitud por completo. No quería criar al hijo de otro hombre, y se volvió más cruel cuando los médicos le dijeron que era estéril.

—Oh, Dios mío...

—Pegaba a Blair cada vez que Bernice hacía algo que le disgustaba. Por lo menos, hasta que Blair creció y dio la vuelta a la tortilla —puntualizó, muy seria—. Harrison murió al cabo de un tiempo, mientras arreglaba una de las torres de perforación de sus campos petrolíferos. Según parece, estaba tan borracho que ni siquiera se enteró.

—No sabía nada —dijo Niki, estremecida.

Janet se encogió de hombros.

—Como ves, Blair no tiene motivos para creer en el matrimonio. La experiencia de su madre no pudo ser peor. Pero cualquier mujer sin escrúpulos podría engañar a un hombre como él. Elise lo sedujo de todas las formas posibles, jugando con sus sentidos hasta conseguir lo que quería. Y

Blair acabó en una situación tan terrible como la de Bernice.

—Pero ya se ha librado de ella.

Janet la miró con sorpresa.

—¿Que se ha librado de ella? ¡Lo sigue a todas partes, intentando

reconquistarlo! ¿Es que no lo sabías? —dijo, mirándola con intensidad—.

No, supongo que no. Pero tu padre es su mejor amigo. Seguro que él lo sabe.

—Espero que Blair no se deje engañar.

—Yo también lo espero. Pero, por si acaso, tengo unas cuantas ideas que quiero poner en práctica —dijo con una sonrisa—. ¿Por qué no me invitas a cenar contigo y tu padre? Y si Blair aparece... Bueno, es mejor que se encuentre conmigo y no con Elise, ¿no?

Janet suspiró y se tumbó en su toalla, ajena a la expresión de dolor de Niki.

—Al menos, esa mujer me ha enseñado la forma de conquistar el corazón de Blair —prosiguió—. ¡Y esta vez lo llevaré al altar!

Al final, Niki la invitó a cenar. Luego, llamó al aeropuerto, compró un billete, hizo el equipaje, escribió una nota para su padre y se fue, dejando el bañador dorado en la papelera de su dormitorio.

Al fin y al cabo, ya no le servía de nada. Nunca volvería a tener el coraje de ponérselo.

Todd y Blair volvieron al hotel tras un largo día de discusiones sobre prospecciones petrolíferas en la península de Yucatán. Por suerte, Blair tenía buena fama en el sector y, como su amigo también la tenía, todo salió a pedir de boca.

—Ha ido bastante bien, ¿no? —dijo Todd, cansado—. Ahora podremos disfrutar de nuestras vacaciones.

—Eso espero.

A decir verdad, Blair estaba preocupado ante la perspectiva de volver a ver a Niki. Ni ella ni él habían podido ocultar su incomodidad, y Todd se había dado cuenta de que pasaba algo. Por mucho que le disgustara, tendría que responder a preguntas que no quería responder.

Al llegar a su piso, entraron en la suite de Blair. Y ya se estaban tomando un whisky cuando llamaron a la puerta.

—Será Niki, que me habrá estado buscando —dijo Todd—. Hemos

terminado muy tarde.

—Sí, demasiado.

Todd abrió la puerta. Pero no era Niki, sino Janet, quien llevaba un precioso y caro vestido de cóctel, de color plateado.

—¿Llego a tiempo?

—¿A tiempo para qué? —intervino Blair.

—Para la cena, claro —dijo con una sonrisa—. Niki me ha invitado a cenar con vosotros.

A Blair se le encogió el corazón.

—¿Niki? ¿Cuándo has hablado con ella?

—Esta mañana, en la playa. Un jovencito local le dijo cosas obscenas, y yo se lo quité de encima y llamé a uno de los empleados del hotel —contestó—.

Pobrecilla. Se asustó tanto que sufrió un ataque de asma. Menos mal que llevaba su inhalador.

—¿Quién se ha atrevido a meterse con Niki? —preguntó Blair, furioso.

—No lo sé, pero el empleado lo conoce. Por lo visto, se dedica a pasar droga.

Blair sacó su teléfono móvil y marcó un número. Sus ojos brillaban con ira.

—Gracias por haber ayudado a mi hija —dijo Todd, sonriendo.

—Es una buena chica, aunque algo frágil —declaró—. Es como de porcelana, tan suave como fácil de romper.

—Sí, su madre también era así —dijo Todd con tristeza—. Perdimos a Martha cuando ella era una niña.

—¿Y no has pensado en casarte otra vez?

Él sacudió la cabeza.

—No, nunca. Tengo tantos recuerdos que me durarán hasta el día en que me muera. Y, cuando llegue ese día, tendré su nombre en mis labios.

Janet tragó saliva, emocionada. Nunca había sentido nada tan profundo; ni siquiera con Blair, al que lanzó una mirada subrepticia. Y, justo entonces, él colgó el teléfono, se despidió de alguien en un castellano perfecto y marcó

otro número.

—Casi siento pena de ese tipo —dijo Janet.

—Y yo. Blair es tan imparable como un tren de mercancías cuando se le mete algo en la cabeza —observó—. Debería ser yo quien hiciera esas llamadas, pero mi castellano no es tan bueno como el suyo... Pobre Niki. No sabe nada de la vida. Nada de nada.

—Bueno, eso es normal a su edad. Es muy joven.

—Sí, supongo que sí, pero la he mimado demasiado. Tiene veintidós años, y no sabe nada del amor. Además, tuvo una mala experiencia con un chico, que la puso en una situación complicada. Afortunadamente, Blair le pegó un puñetazo y lo sacó de la casa —dijo Todd, riendo—. Acababa de conocer a Elise, y pensaba que iba a ser feliz con ella. ¡Qué equivocado estaba!

—Desde luego. Su madre habría odiado a esa mujer.

—¿Sabes lo que hizo unas Navidades, poco después de que se casaran?

Blair se puso enfermo, y Niki se empeñó en que la llamara por teléfono para informarla, cosa que hice. Pero Elise se negó a verlo porque tenía que ir a una fiesta y porque no soporta a los enfermos.

—Típico de ella —comentó Janet con frialdad.

—Niki cuidó de él, arriesgándose a pillar una neumonía. El médico y yo protestamos, pero no sirvió de nada.

Para entonces, Janet ya se había dado cuenta de que había algo entre Blair y Niki; algo intenso y profundo, que no jugaba precisamente a favor de sus intereses. Sin embargo, Blair se resistía con uñas y dientes. Y, en cuanto a Niki, había llegado al extremo de fingirse desinteresada cuando ella le confesó que lo quería seducir, aunque tenía que haberle dolido.

—Acabo de hablar con la policía —declaró Blair en ese momento—. Por lo visto, el tipo de la playa está en libertad condicional, pero no seguirá mucho tiempo en la calle. ¡Me encargaré de que pague por lo que ha hecho!

¡Cueste lo que cueste!

Todd se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Tranquilízate. Estoy seguro de que la policía lo encontrará. Pero será mejor que hablemos con Niki... Lamento haber sugerido que viniera con nosotros a Cancún —dijo con tristeza—. Solo quería que tuviera unas vacaciones.

Blair se sintió más culpable que nunca, porque sabía que él le había hecho bastante más daño que el grosero de la playa.

—Le recomendé que hiciera artes marciales cuando se lo quité de encima —intervino Janet—. Soy cinturón marrón de taekwondo, y me consta que le daría confianza en sí misma.

—¿La salvaste tú? —preguntó Blair.

Janet asintió.

—Sí. La pobre estaba muy asustada por las cosas que le había dicho.

Blair le dio las gracias por haber ayudado a Niki. Se arrepentía de haberla dejado sola. Le había hecho daño, y el suceso de la playa habría contribuido a que se sintiera peor. Definitivamente, tenía que encontrar la forma de disculparse, de explicarle sus motivos y de arreglar las cosas.

Había cometido un error al dejarse dominar por el deseo. La había culpado a ella y al bañador que se había puesto, pero la responsabilidad era suya.

Blair sabía que no tenía nada que ofrecerle y, sin embargo, había permitido que su cuerpo se impusiera a su razón.

Había sido el encuentro amoroso más dulce de toda su vida, pero Niki no se debía enterar. Tenía que encontrar la forma de librarse de ella. Por su propio bien. Para protegerla de él mismo.

Todd se dirigió al dormitorio de su hija y la llamó, sin obtener respuesta.

—Puede que esté descansando, porque dijo que le dolía la cabeza —explicó a su amigo—. Entraré a ver.

Todd abrió la puerta, y Blair lo siguió al interior de la habitación. No había nadie. Niki había hecho las maletas y se había ido, dejando el bañador dorado en la papelera y una nota en la mesilla.

Al verla, Todd la alcanzó y la leyó.

—Oh, no. Se ha ido a casa. Supongo que lo de esta mañana ha sido la gota que ha colmado el vaso de su paciencia —dijo, preocupado—. La llamaré por teléfono, para asegurarme de que está bien.

Todd se marchó y, mientras Blair miraba el bañador de la papelera, Janet se plantó a su lado.

—Sabes que está enamorada de ti, ¿verdad?

—Solo es una niña, Janet. Una niña que, para empeorar las cosas, también es la hija de mi mejor amigo —replicó con frialdad—. Lo suyo es un capricho sin importancia. El año pasado se creyó enamorada de un cantante de rock y, poco después, de un actor de televisión. Se le pasará.

—Ah, en ese caso...

Todd reapareció en ese momento.

—Está aterrizando en el aeropuerto de Billings —les informó—. Le he dicho a Tex que vaya a recogerla.

Blair entrecerró los ojos.

—A Tex le gusta tu hija.

—Sí, ya lo sé —dijo su amigo con humor—. Tex sale poco, y, como Niki está todo el tiempo en el rancho... Siempre se va con los vaqueros cuando tienen que marcar las reses. Hay polvo por todas partes, pero no consigo convencerla de que se mantenga al margen. Al menos tiene el buen juicio de ponerse una mascarilla.

Blair volvió a mirar el bañador y suspiró.

—Bueno, será mejor que vayamos a cenar —continuó Todd—. ¿Nos acompañas, Janet?

—Si no os importa.

—Por supuesto que no. Será un placer.

Blair respiró hondo.

—Id vosotros, que yo llegaré enseguida. Tengo que hacer una llamada.

—¿Te pedimos algo?

—Sí, un filete y una ensalada.

—De acuerdo.

Todd tomó a Janet del brazo y salió de la habitación. Entonces, Blair sacó el bañador de la papelera y se lo llevó a los labios, recordando lo que había sentido cuando la tomó entre sus brazos y la besó.

Después, se dirigió a su suite y lo guardó en la maleta.

La cena fue tranquila. Demasiado tranquila, porque Blair estaba muy pensativo y Todd, preocupado por su amigo.

Tras salir de la habitación de Niki, se dio cuenta de que había olvidado preguntarle una cosa: qué tipo de ensalada quería. Pero no llegó a preguntárselo, porque Blair había sacado el bañador de la papelera y lo estaba besando con una ternura poco habitual en él.

Naturalmente, se marchó antes de que Blair pudiera verlo, más seguro que nunca de lo que pasaba. Aquel gesto lo decía todo. Blair estaba profundamente enamorado de Niki.

Durante la cena, Janet intentó despejar el ambiente con bromas y anécdotas. Por lo visto, seguía convencida de que tenía una oportunidad con Blair, y estaba decidida a aprovecharla. Luego, Todd se retiró a su habitación y, mientras ellos paseaban por la playa, Janet dijo algo de lo que no se sintió precisamente orgullosa:

—Estuve hablando con Niki, ¿sabes? Me confesó que se había puesto ese bañador con intención de seducirte y llevarte al altar.

Blair no dijo nada. Se limitó a tomarla de la mano y a interesarse por el anuncio que estaba rodando.

Janet se odió a sí misma por haberle mentado. Niki era una joven tan frágil como incapaz de ocultar sus sentimientos. Pero aquello era la guerra. Ella lo había visto primero, y no renunciaría a Blair sin luchar.

El aeropuerto de Billings era pequeño, pero moderno y bonito. Niki lo cruzó con su maleta de ruedas, tan deprimida que solo quería llegar a su casa y descansar. Pero Tex apareció de repente, sonriendo de oreja a oreja, y la

animó en cuestión de segundos.

—Hola, peque —dijo, utilizando el mote que le daban en el rancho—.

¿Contenta de volver a la civilización?

Ella soltó una carcajada.

—Bueno, no estoy segura de que un sitio lleno de vaqueros sea precisamente la civilización, pero gracias por venir a recibirme.

—Tu padre estaba preocupado por ti. ¿No ibas a volver el lunes, con él?

Niki se encogió de hombros.

—Tuve una mala experiencia en la playa, y me quitó las ganas de seguir de vacaciones.

Tex se hizo cargo de su equipaje, lo metió en el maletero de la camioneta negra que conducía y, a continuación, se echó hacia atrás el sombrero.

—¿Qué tipo de mala experiencia? —preguntó, clavando en ella sus ojos azules.

—Un tipo me dijo unas cosas terribles, e intentó llevarme a su habitación.

—¡Maldito canalla! Espero que tu padre llamara a la policía.

Ella sonrió. Tex solo le sacaba unos cuantos años, pero era tan maduro como agradable y paciente.

—Lo hizo —dijo.

—Me extraña que el señor Coleman no le pegara un puñetazo —comentó Tex, ya de camino al rancho—. Ya puso en su sitio a ese estúpido deportista que intentó propasarse contigo.

—No tuvo ocasión de hacerlo. Mi padre y él estaban reunidos con funcionarios del Gobierno mexicano. Por suerte, una amiga de Blair intervino en mi defensa y llamó a un empleado del hotel. Janet es encantadora. Las cosas le habrían ido bastante mejor si se hubiera casado con ella. Pero se casó con una bruja que no quiso cuidar de él porque tenía que ir a una fiesta.

—El señor Coleman te cae bien, ¿verdad? Es un buen hombre. Tengo un amigo que trabaja en su empresa, y dice que se quita la chaqueta y se pone a trabajar con el resto de los operarios cada vez que surge un problema. Es

justo, y trata bien a sus empleados.

—Sí, mi padre dice lo mismo —replicó con frialdad.

Tex se dio cuenta de que Niki no quería hablar de Blair, así que cambió de conversación.

—Una de las hermanas de Harry trabaja en un restaurante del pueblo. Te vio con Dan Brady hace unos días.

Niki suspiró.

—Ah, sí. Pedí pescado a la plancha y se puso como loco. En opinión de Dan, todo lo que sabe bien es malo para la salud. Si fuera por él, nos alimentaríamos de alfalfa y suplementos vitamínicos.

—¿En serio?

—En serio —contestó—. Cree que tengo asma porque no como lo que debo y no hago suficiente ejercicio. Está empeñado en que cambie de actitud.

—Si alguien te quiere cambiar, es que no te quiere —afirmó Tex.

—Eres muy perceptivo —comentó ella, sonriendo.

—Soy un estudioso de la naturaleza humana. Además, estudié psicología cuando dejé el ejército.

—¿Estuviste en el ejército?

—Me temo que sí, aunque no me gusta hablar de ello —respondió—. Me enviaron a Irak.

—Comprendo.

—Fue algo verdaderamente brutal. Y hay cosas que no se olvidan nunca.

Niki admiró su atractivo rostro. Tenía más arrugas de las que había notado hasta entonces. Al parecer, no era tan joven como había pensado.

—¿Cuántos años tienes? Creía que solo me sacabas un par, pero es obvio que estaba equivocada.

—Tengo treinta y cuatro años.

Ella volvió a sonreír.

—Vaya, eres un viejo decrepito —se burló—. ¿Te suenan los huesos cuando te mueves?

Tex rompió a reír.

—A decir verdad, sí.

—¿Y eso?

—Iba en un vehículo blindado cuando una de las ruedas pasó por encima de una mina. Todos acabamos con un montón de metralla en el cuerpo, y a mí me alcanzó en la cadera —dijo—. Ahora sé cuándo va a llover con toda exactitud. Ese tipo de heridas pueden provocar artritis.

—Oh, lo siento. No pretendía...

—No te preocupes —dijo él, mirándola con dulzura—. Todo el mundo tiene cicatrices, y a veces son profundas.

Niki tuvo la sensación de que Tex sabía que estaba enamorada de Blair, y de que no había hecho ese comentario pensando en sí mismo, sino en ella.

—Sí, tienes razón —replicó—. A veces son profundas.

A partir de ese momento, Niki se dedicó a mirar el paisaje. Y no volvieron a hablar en todo el camino.

Capítulo 7

Blair y Todd llegaron al rancho al lunes siguiente. Pero Niki no estaba por ninguna parte, así que Todd sacó el teléfono móvil y llamó a Tex para preguntar por ella.

—¿Dónde se ha metido?

—Se ha ido a trabajar —contestó el vaquero, suspirando—. Le he recordado que su jefe estaba ausente, pero ha dicho que tienen trabajo atrasado y que prefiere ponerse al día.

—Está bien. Gracias, Tex.

—Espero que la policía detenga al tipo que se metió con ella en la playa. Y que le den una buena lección.

—Yo también lo espero —dijo Todd—. En fin, hablaremos después.

—Sí, señor.

—Ah, antes de que lo olvide, ¿ya habéis terminado con las reses?

—Casi. Terminaremos mañana. Marcar y vacunar a tantas reses es un trabajo complicado. Pero no lo digo como queja... De hecho, me alegro de que los pastos vuelvan a estar bien. No quiero que volvamos a sufrir la pesadilla de hace un par de años.

Todd asintió. Los rancheros de la zona habían perdido más de mil cabezas de ganado por culpa de uno de los inviernos más duros que se recordaban en la zona.

—No podría estar más de acuerdo. Si necesitas algo, cómpralo y cárgalo a

mi cuenta.

Tex sabía perfectamente lo que tenía que hacer, y le extrañó que su jefe hiciera un comentario tan obvio como sobrante. Al parecer, estaba tan preocupado con Niki que no pensaba con claridad.

—Así lo haré.

Todd cortó la comunicación y se giró hacia Blair, que frunció el ceño.

—Se ha ido a trabajar —le informó—. Supongo que no quería estar de brazos cruzados.

Blair soltó un suspiro.

—Entonces, me marcharé a casa.

—Quédate a pasar la noche. Ha sido un viaje muy largo, y estás tan agotado como yo. Tienes que descansar.

Blair dudó, pero terminó por aceptar el ofrecimiento de su amigo. Además, necesitaba ver a Niki. Tenía que hablar con ella, explicarle las cosas y, a ser posible, arreglarlas. Ya le había hecho demasiado daño, y no estaba dispuesto a hacerle más.

Diez minutos después de que Dan Brady se embarcara en una conferencia sobre los supuestos efectos beneficiosos de sus remedios naturales, Niki se hartó y lo interrumpió. Era un buen hombre, pero no estaba de humor para escuchar sus tonterías.

—Mira, agradezco que te preocupes por mi salud, pero soy alérgica a muchas hierbas. ¿Quieres tener que hablar con mi padre y explicarle que he sufrido un shock anafiláctico porque me he tomado uno de tus compuestos?

—Oh, vamos, los productos naturales no pueden hacer eso —replicó, perdiendo la paciencia—. ¡Son buenos para ti!

—¡No pueden ser buenos si soy alérgica a ellos!

Él alzó las manos en gesto de rendición.

—Está bien, no insistiré más. Si no quieres probarlo, es asunto tuyo.

Niki suspiró.

—Dan, no puedes prescribir remedios a la gente. Te arriesgas a que alguien

te denuncie. ¿Es que no lo entiendes? ¡Ni siquiera tienes el título de medicina!
—le recordó.

Justo entonces, apareció el señor Jacobs, que había oído la última parte de su conversación. Y miró a Dan con frialdad.

—La señorita Ashton tiene razón, Brady. Las prescripciones son cosa de los médicos. ¡De los médicos! —repitió.

Dan los miró a los dos y salió del despacho sin decir una palabra más.

—Gracias por intervenir —dijo Niki—. Se estaba poniendo bastante pesado.

—No le haga caso. Estoy seguro de que algunas hierbas son buenas para el organismo, pero la medicina es cosa de profesionales —afirmó—. Yo no pondría en peligro la salud de mi hija por culpa de un cretino que no sabe lo que hace.

—Gracias, señor Jacobs —insistió ella—. Dan no pretende hacer daño a nadie. Se preocupa por la gente, nada más. Pero se pasa un poco.

Él ladeó la cabeza y dijo:

—Brady es de los que se cruzan de brazos mientras te ahogas en un río y luego se presenta en tu entierro y critica la forma en que te ahogaste.

Niki soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—En fin, ya que hemos venido los dos al despacho, supongo que debemos trabajar —continuó él—. ¿Qué tal las vacaciones en Cancún?

—Hacía mucho calor —se limitó a decir.

Jacobs asintió.

—Pero es un lugar precioso. ¿Pudo ver las ruinas mayas?

—No pude. No tuve tiempo —contestó, sin dar más explicaciones.

—Bueno, ya las verá la próxima vez.

—Si vuelvo.

Niki estaba a punto de volver a casa cuando Dan apareció en el despacho para disculparse.

—Me he portado mal contigo —dijo—. Solo quería ayudarte, pero perdí los

estribos sin darme cuenta.

—No te preocupes. Ser apasionado no es ningún delito —declaró, sonriendo.

—No, supongo que no. ¿Aún quieres hacer senderismo con nosotros?

—Me gustaría.

—¡Excelente! Ya entraremos en detalles cuando llegue el momento —dijo—. ¿Te vas directamente a casa?

—Qué remedio. Mi padre ya habrá llegado.

Dan frunció el ceño.

—Pensé que volveríais juntos...

—Sus compromisos profesionales se complicaron, y tuvo que quedarse un día más —mintió.

—Ah —dijo él—. Bueno, te veré mañana. Que tengas una buena noche.

—Y tú, Dan.

Niki se subió al coche y tomó la carretera del rancho, pero a poca velocidad. Tenía miedo de hablar con su padre. No le podía decir el verdadero motivo de su marcha, lo cual significaba que estaba obligada a inventarse una excusa para justificar su comportamiento.

Sin embargo, pensó que el altercado con el individuo de la playa sería suficiente. Daba por sentado que Janet habría ido a cenar con ellos, y suponía que les habría contado lo que pasó. Además, había tirado el bañador dorado a la papelera de la suite y, si Todd lo había visto, habría llegado a la conclusión de que estaba especialmente alterada por eso.

Con un poco de suerte, pensaría que su fuga de Cancún no estaba relacionada con Blair, sino con el traficante playero.

Cuando llegó a su casa, estaba agotada. Por si el viaje en avión no hubiera sido suficientemente incómodo, se había ido a trabajar a primera hora de la mañana. Y, para empeorar las cosas, el polen empezaba a hacer de las suyas con su maltratada salud. Había tanto en el sendero del porche que estaba de

color amarillo.

Ya se disponía a abrir la puerta cuando Blair salió y estuvo a punto de chocar con ella. Niki se ruborizó e intentó pasar a su lado; pero fue inútil, porque él la tomó del brazo, la arrastró hacia el coche que había alquilado y, tras meterla en su interior, arrancó.

Niki no dijo nada. No se le ocurría ninguna cosa que no fuera susceptible de empeorar la situación.

Al cabo de unos minutos, Blair detuvo el vehículo y la llevó al ancho y poco profundo río que estaba cerca. Una vez allí, a salvo de miradas indiscretas gracias a un pequeño bosque de pinos, se metió las manos en los bolsillos y dijo, dándole la espalda:

—Janet nos contó lo que pasó en la playa. Hablamos con la policía, y estoy seguro de que lo devolverán a la cárcel, de donde nunca debió salir.

Niki se acercó y se puso a su lado. No le sorprendía que su padre quisiera vengarse de aquel tipo, pero la actitud de Blair le pareció extraña.

—Me compré ese bañador porque me quedaba muy bien. Me daba un aire refinado, y pensé que... —Niki se cruzó de brazos, dejando la frase sin terminar—. Fue un error que no volveré a cometer. Lo siento mucho, Blair.

Siento habérmelo puesto.

Él suspiró y apretó los puños en los bolsillos.

—No, la culpa es mía. No debería haberte tocado.

Niki se maldijo para sus adentros. Blair se arrepentía de haberla besado en el mar. Por lo visto, la realidad no se parecía nada a las películas y las novelas románticas.

—Lo tiré —dijo ella—. Me refiero al bañador.

Él cerró los ojos un momento. Si hubiera podido, le habría dicho que aquella prenda le quedaba tan bien que la recordaría con ella toda la vida.

Pero no se atrevía a decírselo. Había cruzado una raya que no debía cruzar, y ahora tenía que refrenarse. Aunque no iba a ser fácil.

—Voy a estar fuera una temporada —dijo, sin mirarla a los ojos—. Tengo

que visitar las sedes de mis distintas delegaciones y hablar en persona con mis gerentes. No he prestado mucha atención a los negocios desde que me divorcié.

—Janet es maravillosa —replicó ella—. Me cae bien. Se portó muy bien conmigo, y me quitó de encima a ese canalla.

—Lo sé. Nos lo contó.

—Dice que tu madre la apreciaba mucho.

—Y es verdad.

Niki tragó saliva.

—Además, es morena. Y a ti te encantan las morenas —afirmó, intentando sonreír.

—Sí, siempre me han gustado.

A decir verdad, Blair no tenía preferencias en ese sentido. De hecho, se había enamorado de una preciosa joven rubia con quien, desgraciadamente, no podía estar. Pero prefirió no sacarla de su error.

—Janet me comentó que estuvisteis saliendo varias semanas, y que fueron maravillosas.

—¿Por eso la invitaste a cenar y te subiste al primer avión que encontraste?

—preguntó él con amargura.

—Pensé que te alegraría. A fin de cuentas, la llevaste a cenar la noche anterior —contestó.

Blair no lo pudo negar. Pero Niki no sabía que había cenado con Janet sin más intención que mantener las distancias con ella. Tenía que hacerlo; especialmente, después de lo de Cancún.

—Sea como sea, siento lo que pasó —prosiguió Niki.

—Tú no tuviste nada que ver. No puedes evitar que un idiota se te acerque de repente y haga comentarios groseros sobre ti.

Ella se ruborizó.

—No estaba hablando de ese hombre, sino de lo que pasó entre nosotros.

Blair la miró entonces. Llevaba una falda de color beige y una blusa clara

que no era ni especialmente provocativa ni especialmente sugerente, pero los pezones se le habían endurecido, lo cual hizo que se volviera a sentir culpable. Niki lo deseaba. Era tan joven que ni siquiera lo sabía disimular. Y él tenía que fingir que no sentía nada por ella.

—Oh, Dios mío —dijo, tomándola entre sus brazos—. Lo intento. Lo intento con todas mis fuerzas, pero...

Blair no pudo más. Inclino la cabeza y la besó con pasión mientras le acariciaba los pechos, desesperado.

—Ayúdame, Niki —insistió con voz ronca.

—Por supuesto.

Niki se puso de puntillas y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—No me refería a eso —dijo él, excitado a su pesar.

—¿Seguro que no? —preguntó ella en un susurro.

Él la besó de nuevo y apretó los senos de Niki contra su pecho. Ella acarició su ondulado pelo negro, encantada con el sabor de su boca. Pero Blair la alzó en brazos de repente y, sin dejar de besarla, la llevó al coche, la metió dentro y le empezó a desabrochar los botones de la blusa.

—Esto no va a terminar bien —le advirtió.

—No me importa —replicó ella, mientras él le desabrochaba el sostén.

Blair admiró sus senos brevemente, devorándolos con los ojos y, a continuación, los acarició con suavidad.

—Todos cometemos errores —dijo, inclinándose sobre el objeto de su deseo—. Y este es el peor que he cometido en mucho tiempo.

—Bueno, todas las manchas se pueden quitar...

—No, no hay nada que pueda quitar esta.

Blair abrió la boca y le succionó un pezón lenta y delicadamente, arrancándole gemidos que solo sirvieron para aumentar su excitación. Era la primera vez que le hacían algo así, y Niki respondió de un modo tan intenso como espontáneo. Se estremecía, se arqueaba contra su boca, se entregaba sin cortapisa alguna. Todo un regalo para el hombre que provocaba esas

sensaciones.

Momentos más tarde, ella alcanzó el orgasmo, y Blair se sintió el hombre más afortunado de la Tierra. Estaba acostumbrado a salir con mujeres que lo querían por lo que tenía, es decir, por los lujos que les podía ofrecer; pero Niki solo lo quería a él, y era tan obvio que se sintió como si le hubieran atravesado el corazón con un cuchillo.

Él también la quería, pero su diferencia de edad le parecía excesiva. Desde su punto de vista, se estaba interponiendo en el camino de su felicidad, impidiendo que conociera a algún joven que le diera el amor que necesitaba y que tuviera hijos con ella.

Pero, ¿qué estaba pensando? No soportaba la idea de que Niki estuviera con otro hombre. Y mucho menos, de que tuviera hijos con él.

Incómodo, alzó la cabeza y clavó la vista en sus ojos grises. Aún se estremecía por el eco del orgasmo, pero parecía sorprendida, avergonzada, abochornada por lo sucedido.

—No, preciosa —dijo, besándola con ternura—. No te sientas avergonzada. Nunca había estado con una mujer tan apasionada como tú.

Ella tragó saliva.

—¿Nunca?

Él sacudió la cabeza y le acarició los pechos.

—Las mujeres me quieren por mi dinero, Niki —dijo con amargura—.

Solo por mi dinero, por lo que les puedo dar.

Niki alzó una mano y le pasó un dedo por los labios.

—Pero yo no soy así.

—No, tú no eres así.

Blair la besó una vez más, y ella intentó desabrocharle los botones de la camisa.

—No sigas, por favor.

La protesta de Blair no fue ni mucho menos convincente, así que Niki siguió adelante como si no hubiera dicho nada.

—Me encantaba ver tu pecho cuando estabas enfermo, ¿sabes?

—¿En serio?

—Sí. Pero estabas casado.

Niki se inclinó y besó su duro y musculoso tórax. Blair dudó, pero la tentación era demasiado fuerte.

—¿Quieres que te haga lo que tú me has hecho a mí? —dijo ella.

—Sí.

Niki le succionó un pezón, y Blair se estremeció de placer, encantado de que disfrutara tanto como él había disfrutado con ella. Pero, a pesar de todo, se prometió a sí mismo que esa era la última vez que se dejaba llevar, que rompería su relación y que se marcharía para que Niki pudiera encontrar a un hombre más adecuado.

Luego, la cambió de posición en el estrecho espacio del vehículo y la sentó sobre sus piernas, a horcajadas. Los senos de Niki estaban apretados contra su pecho, y él se inclinó para besarla otra vez, pero se detuvo.

—Nunca más, Niki. ¿Entiendes por qué?

—No.

—Los dos sentimos curiosidad, pero esto no debe ir más lejos. Cuando te lleve a casa, me marcharé. Y no volveré hasta que nuestra pasión se enfríe.

—Eso no tiene sentido. Sé que me deseas.

—Sí, te deseo, pero no quiero casarme otra vez. Y tú eres de las que se casan, Niki —afirmó Blair—. Tienes que encontrar a un hombre como tú, que cuide de ti y te dé hijos.

—¿Es que no quieres ser padre? —preguntó contra sus labios.

Él gimió y la besó apasionadamente. Sí, quería ser padre. Quería dejarla embarazada y ser testigo de su embarazo. Era lo que más quería, pero sus dieciséis años de diferencia le parecían demasiado. Si seguían adelante, sería un viejo cuando ella siguiera siendo joven. Moriría mucho antes que Niki. O caería enfermo, obligándola a cuidar de él y desperdiciar su vida.

Dejar a Niki iba a ser lo más difícil y doloroso que había hecho nunca.

Pero sería peor si la tomaba por completo, porque el recuerdo de lo sucedido se asentaría en lo más profundo de su corazón, y no sería capaz de olvidarlo.

—Blair —dijo ella, excitada—. ¿Podemos hacer el amor?

Él la admiró. Sus pezones se habían puesto de color rosa oscuro, duros por el deseo. Y sus labios se habían hinchado por el estímulo de los besos.

—No, no podemos. Lo sabes de sobra. Y sabes por qué.

Blair miró una vez más sus senos desnudos y, a continuación, le puso el sostén y la blusa. Después, llevó las manos a los botones de su camisa y los empezó a abrochar.

Niki se acomodó en el asiento contiguo y lo miró con impotencia y desesperación. Se había vuelto a encerrar en sí mismo. Estaba tan lejos de ella como cualquier estrella del firmamento.

—Me tengo que ir, Niki.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—No quiero que te vayas —replicó—. Pero no haré nada que te haga sentir culpable.

Blair guardó silencio durante unos segundos.

—Eres muy joven, cariño. Yo fui tan joven como tú, y era tan apasionado y curioso como tú lo eres ahora. Pero satisfice mi curiosidad con toda una sucesión de mujeres expertas, y el amor ya no tiene ningún misterio para mí.

Mis necesidades no son como las tuyas. No puedo estar con una chica de veintidós años que sigue siendo virgen.

Él se detuvo un momento y siguió hablando.

—No fantasees con lo que ha pasado. Nos deseamos, y hemos satisfecho ese deseo, aunque solo sea en parte. Piensa que fue un respiro al final de una jornada de trabajo. Mañana será otro día, y no me acordaré de esto —mintió—. Además, puedo acudir a otras mujeres si lo necesito. Janet sigue disponible. Y ella también me desea.

Niki se sintió profundamente herida, pero sonrió porque no quería que Blair

lo supiera.

—Sí, te desea, y estoy segura de que estará encantada de retomar vuestra antigua relación. Además, es mayor que yo.

—Mucho mayor.

Él arrancó y volvió a la carretera. Sus movimientos eran tan fríos y seguros que Niki se convenció de que había sido sincero al insinuar que su encuentro no había significado nada para él. No se iba a morir de deseo; al menos, en apariencia. Y solo era eso, deseo.

El sueño de que conquistar su corazón había saltado por los aires. Había creído en él porque siempre la trataba con afecto, en cualquier circunstancia.

Pero también la trataba como si fuera una niña, y sus palabras demostraban que no había cambiado de opinión en ese sentido.

El deseo de Blair era un simple espejismo. Lo había tentado, y él había respondido a la tentación como lo habría hecho la mayoría de los hombres.

Eso era todo. Además, no se quería casar. Y, por lo visto, había dejado de creer en el amor.

Niki miró el paisaje mientras volvían al rancho. Lo miró; pero, en realidad, no lo estaba viendo.

Blair aparcó en la parte trasera del racho y apagó el motor.

—Tu padre cree que estás alterada por lo que te pasó en la playa. Será mejor que siga creyéndolo.

—Sí, yo opino lo mismo.

Él suspiró. Se odiaba a sí mismo por haberle causado tanto dolor. Niki parecía completamente derrotada.

—Solo es sexo, Niki —dijo con frialdad—. Cuando hagas el amor con alguien, lo entenderás. La gente se puede acostar con otras personas sin estar enamorada de ellas.

—Pobre Janet. ¿Ella sabe eso? —preguntó con sorna.

—Janet es asunto mío. No voy a hablar de ese tema.

Niki clavó la vista en sus ojos negros.

—Antes éramos amigos —dijo con tristeza.

—Lo éramos hasta que intentaste seducirme. Y no tendrás otra oportunidad —afirmó él—. No quiero estar contigo, Niki. Solo quiero estar contigo de una forma, y no es la que tú deseas. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que sí —declaró, intentando ocultar su angustia.

—Sigues en un mundo de cuentos de hadas y fantasías románticas, pero ese mundo no existe, ese mundo es un fraude. El amor solo es sexo con una capa de azúcar, por así decirlo.

Ella palideció.

—Comprendo.

—Si no fueras tan condenadamente ingenua, lo habrías entendido desde el principio. Tienes un cuerpo precioso, y te deseo. Cualquier hombre al que le gusten las mujeres te desearía. Eso es todo.

Niki asintió, sintiéndose más estúpida que nunca. No sabía nada de la vida.

No sabía nada de los hombres. No sabía nada de nada.

—Adiós, Blair —dijo, sin mirarlo a los ojos.

—Adiós, Niki.

Ella abrió la portezuela y salió. Luego, entró en la casa, evitó a Edna y a su padre para no tener que saludarlos y subió a su habitación, donde se encerró.

Hasta entonces, no había derramado ni una sola lágrima; pero rompió a llorar cuando se sentó en la cama.

Sus esperanzas se habían estrellado contra la dura realidad. Y, en algún momento de su desdicha, se prometió a sí misma una cosa: que, costara lo que costara, olvidaría a Blair Coleman.

Blair estaba completamente desesperado. Edna lo supo porque lo vio cuando él siguió a Niki al interior de la casa y se giró hacia la joven, que en ese momento subía las escaleras.

Naturalmente, el ama de llaves se marchó antes de que Blair reparara en su presencia; pero, para entonces, ya había llegado a la conclusión de que la evidente tristeza de Niki no era ni una sombra de la tristeza de él. Solo había

visto a un hombre tan afligido en toda su vida: Todd, el día en que murió su esposa.

Edna sacudió la cabeza mientras se alejaba. No sabía lo que había pasado, pero estaba segura de que tenía algo que ver con la obsesión de Blair sobre su diferencia de edad. Pensaba que Niki era demasiado joven, y se equivocaba.

Alguien debería haberle dicho que los padres de Niki estaban en una situación parecida cuando se enamoraron.

Blair le dijo a Todd que Niki seguía alterada por lo sucedido en Cancún, aunque no supo si su amigo se lo creyó.

En cuanto a Niki, siguió llorando hasta quedarse dormida. Pero fue un sueño breve y, cuando se despertó, se dedicó a dar vueltas y más vueltas a su relación con Blair, analizando hasta la última palabra de lo que se habían dicho en el coche.

Blair afirmaba que solo la quería por su cuerpo y, si eso era verdad, había cometido un error al intentar seducirlo. Pero, ¿lo era? El instinto le decía que sentía algo más, algo más profundo y duradero.

En cualquier caso, su actitud no dejaba resquicio alguno a la esperanza. Lo había dejado bastante claro. Solo quería sexo, y tenía un montón de voluntarias a su disposición, empezando por Janet. Aunque era posible que las cosas no salieran como él pensaba, porque Janet había tomado nota del ejemplo de Elise y le iba a echar el lazo del mismo modo.

Sin embargo, había un detalle que no encajaba. Blair sabía que se habría entregado a él de todas formas, sin necesidad de que le hiciera una oferta de matrimonio. Lo había tentado a sabiendas. Se había puesto aquel bañador para llevarlo a la cama y demostrarle que ya no era una niña, sino una mujer madura; se lo había puesto para demostrarle que su diferencia de edad no importaba.

Al final, todo se reducía a eso. Dijera lo que dijera, Blair solo la había rechazado porque la consideraba demasiado joven.

Y ahora, iba a tener un problema que ni siquiera imaginaba. Janet iba a usar

las tácticas de Elise, por deshonestas e injustas que fueran. Jugaría con su corazón y lo volvería loco de deseo para que cayera en la trampa y se casara con ella.

Conociéndola, había grandes posibilidades de que lo consiguiera. Pero, ¿qué pasaría con él? Si no la amaba tanto como la deseaba, terminaría tan mal como había terminado con Elise.

Niki se hundió un poco más en la desesperación. Blair había sido su amigo, su protector, su confidente. Siempre había estado a su lado, y ella lo había estropeado todo por un momento de pasión en Cancún y otro en un coche, hasta el punto de que estaba decidido a poner tierra de por medio para hacerla entrar en razón.

Pero no iba a entrar en razón. Estaba enamorada de él. Quería tener hijos con él. Quería vivir con él.

Desgraciadamente, Blair no le podía dar lo que necesitaba. Y Niki casi se alegró de no haber consumado su deseo porque, si hubieran seguido adelante, él se habría sentido obligado a casarse con ella o, peor a aún, a darle un hijo que no quería tener.

Al menos, se habían ahorrado ese destino.

Al cabo de un rato, Niki se secó las lágrimas, se quitó la ropa que había llevado al trabajo y se puso unos vaqueros y una camiseta con intención de bajar a cenar. Pero, entonces, pensó que Blair se quedaría a cenar en el rancho y cambió de opinión. No era capaz de verlo tan pronto. Sencillamente, no tenía las fuerzas necesarias.

Todd llamó a la puerta de su habitación pocos minutos después.

—¿Niki? ¿No vas a bajar a cenar?

—Lo siento, papá, pero me duele mucho la cabeza. He tenido un pequeño enfrentamiento con Dan en el trabajo.

—¿Qué tipo de enfrentamiento?

Niki entreabrió la puerta.

—Se ha puesto pesado con lo de las hierbas y la dieta. Ha estado bastante

agresivo conmigo y con el señor Jacobs.

Su padre frunció el ceño.

—Pero, ¿qué pretende ese tipo?

Ella sonrió con debilidad.

—Curar el asma y la artritis reumatoide, nada más y nada menos — contestó —. Ha conseguido que mi jefe y yo nos volvamos aliados.

—Alguien tiene que hablar con él. Se lo diré a Blair.

—¡No! —exclamó—. No, por favor. Solo serviría para empeorar las cosas. Además, Dan ya me ha pedido disculpas. Es un buen hombre, que se preocupa sinceramente por los demás, aunque a veces se exceda.

Todd suspiró.

—Está bien, como quieras. ¿Le digo a Edna que te suba la cena?

—No, gracias. Estoy bastante cansada, y quiero acostarme pronto.

Despídete de Blair en mi nombre,.. ah, y dale las gracias por las vacaciones.

—Menudas vacaciones —dijo él con tristeza—. Solo conseguiste que un canalla se metiera contigo en la playa.

—Bueno, Janet fue muy amable conmigo —replicó—. Es una mujer de carácter. Blair ha estado con mujeres peores que ella.

Todd no dijo nada. Se acordó del disgusto que se había llevado Blair cuando supo lo del tipo de la playa y, sobre todo, del beso que había dado al bañador de Niki. Su hija no parecía saber que la quería con locura. Pero él no se lo podía decir. No podía traicionar a su amigo.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, cariño. Que duermas bien.

Ella alzó la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

—Eres el mejor padre del mundo.

—Me habría gustado que vieras las ruinas de Chichen Itzá. Sé que lo estabas deseando.

—Bueno, ya las veré la próxima vez.

Él asintió.

—Trato hecho. Iremos juntos y pasaremos el día allí. ¿Qué te parece?

Niki sonrió.

—Me parece genial.

—Hasta mañana, preciosa —dijo, guiñándole un ojo.

Ella sonrió de nuevo y cerró la puerta.

Blair alzó la cabeza cuando Todd entró en el comedor. Tenía la esperanza de que Niki apareciera con él, pero no se llevó ninguna sorpresa al saber que no iba a bajar.

—Le duele la cabeza —dijo su amigo, sentándose—. Por lo visto, ha tenido un problema en el trabajo.

—¿Un problema en el trabajo?

Todd estuvo a punto de contarle lo de Brady, pero su hija le había pedido que no lo hiciera, así que mintió.

—No es nada importante. Hay cosas que son nuevas para ella, y le cuesta acostumbrarse.

—Ah.

Edna sirvió entonces la cena, y los dos hombres se pusieron a charlar sobre extracciones petrolíferas.

Capítulo 8

Niki se vistió y bajó a desayunar. Suponía que Blair se habría marchado, pero lo encontró en la mesa del comedor, tomándose un café. Y para empeorar las cosas, estaba solo.

—Buenos días —le dijo, intentando mantener la calma.

Él la miró. Tenía unas ojeras terribles, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche.

—Buenos días —replicó Blair—. Pensaba irme a primera hora, pero el piloto de mi avión se ha retrasado.

—Ah, vaya... Bueno, que tengas un buen viaje.

Niki no hizo ademán de sentarse, lo cual lo dejó desconcertado.

—¿No vas a desayunar? —se interesó.

—Nunca desayuno en casa —mintió ella—. Me tomo un café cuando llego al despacho.

Blair guardó silencio, y Niki entró en la cocina.

—Hasta luego, Edna. Te veré esta noche.

—Está bien, pero ten cuidado. Hay mucho polen en el ambiente.

—Normal. Es primavera —dijo, sonriendo.

Niki se dirigió a la puerta principal, donde alcanzó su bolso y un jersey fino que estaba colgado en el gancho de la entrada. Blair apareció por detrás, pero no se sentía con fuerzas para mirarlo, así que abrió la puerta y salió rápidamente. Sin embargo, no le sirvió de nada, porque él la siguió.

—¿Hay algo que me quieras decir? —preguntó ella, respirando hondo.

Él se metió las manos en los bolsillos.

—A decir verdad, sí. Lo que sientes no es amor, sino un simple encaprichamiento. Me siento halagado, pero no es real.

Ella apretó los dedos sobre la tira de cuero del bolso. Se había ruborizado, y ni siquiera pudo rebatir su afirmación.

—Por Dios, Niki, no hagas un mundo de unos cuantos besos —continuó él—. Achácalo al deseo si necesitas poner etiquetas. Solo al deseo. No lo conviertas en una gran aventura romántica. No te engañes a ti misma.

Niki se había quedado sin habla. ¿Le estaba diciendo que los momentos más bonitos de su vida eran una mentira, un producto de su imaginación? No se lo podía creer.

—¡Maldita ingenuidad! —exclamó él, desesperándose—. ¡Maldita estupidez juvenil! ¡Y maldita seas tú por jugar conmigo con tus bañadores, emulando las tácticas de Elise!

Niki se quedó boquiabierta.

—¿De Elise? —acertó a preguntar.

—¿Es que no lo comprendes? Me tentaba hasta el punto de volverme loco de deseo, y luego se echaba atrás. Se echaba atrás todas las veces —afirmó—. Me engañó como si yo fuera un vulgar adolescente. Usó su cuerpo para tenderme una trampa, a sabiendas de que me casaría con ella porque era la única forma de satisfacer la pasión que ella misma había alimentado.

Niki no supo qué decir.

—Janet me ha dicho que usaste esa misma trepa conmigo. Me querías tentar para te pusiera un anillo en el dedo, como hizo Elise. Pero no habría funcionado, Niki. He aprendido la lección.

Niki maldijo a Janet para sus adentros. Era ella quien tenía intención de usar las tácticas de Elise, pero había mentido para quitarse de encima a la competencia.

—He quedado con Janet en Nueva York. Nos veremos la semana que viene —prosiguió Blair—. No sé en qué estaba pensando cuando la dejé para

casarme con Elise. Es mucho mejor persona.

Niki alzó la barbilla, intentando mantener un asomo de dignidad. Estaba completamente destrozada, pero no quería que él se diera cuenta.

—Bueno, al menos tendrás una buena guardaespaldas —dijo con una sonrisa tensa—. Es especialista en artes marciales.

Ella dio media vuelta y se subió al coche, intentando refrenar las lágrimas que ya asomaban en sus ojos. Y lo consiguió. De hecho, hasta logró sonreír de nuevo y sacudir la mano en gesto de despedida.

Dan Brady se dio cuenta de que a Niki le pasaba algo cuando hicieron un descanso para tomar un café.

—Pareces preocupada —dijo.

—No, es que he tenido una mala noche. Además, el viaje a Cancún no fue tan agradable como imaginaba. Pero me alegro de estar en casa.

Él entrecerró los ojos.

—Coleman fue con vosotros, ¿verdad?

—Sí. Se encontró con una antigua amante en el hotel. Una mujer encantadora —respondió—. Por lo visto, estuvieron saliendo hace unos años, y sigue prendada de él.

—Ah, comprendo.

Dan se puso tan triste que Niki soltó una carcajada.

—¿Crees que estoy enamorada de Blair? ¡Pero si casi tiene cuarenta años!

—¡No, qué va! ¡Yo no he pensado eso! —replicó él, aliviado.

Los dos habían mentido. Pero Niki sonrió y cambió de tema.

Blair se estaba tomando su segundo whisky. No había dirigido la palabra ni a los pilotos ni a la azafata del avión privado. Ni siquiera le apetecía comer, así que se concentró en su trabajo e intentó olvidarse de Niki.

No pretendía hacerle daño, pero era la única forma de evitar males mayores. Necesitaba un hombre joven, un hombre vital que le diera hijos y un hogar. Además, él estaba más acostumbrado a las relaciones pasajeras; y después de

su experiencia con Elise, no tenía intención alguna de volver a casarse.

En cualquier caso, Niki había encontrado consuelo en Dan Brady, el tipo del que Jacobs le había hablado. Se llevaban bien y, aunque él fuera un idiota obsesionado con la salud, también era joven, inteligente y ambicioso. Harían buena pareja.

Mientras pensaba esas cosas, Blair se preguntó a quién intentaba engañar.

La deseaba tan desesperadamente que habría hecho cualquier cosa por ella.

Era incapaz de olvidar sus besos, sus caricias, el contacto de su cuerpo. Pero estaba convencido de que Niki no estaba enamorada de él, sino solo encaprichada. Era demasiado joven para conocer el amor de verdad.

Y, por si eso fuera poco, le había tendido un trampa. Por lo menos, según la versión de Janet, quien le había contado que pretendía usar las tácticas de Elise para arrastrarlo al matrimonio. Al parecer, se lo había dicho ella misma.

Tenía intención de seducirlo y de divertirse un rato con el juego de manipular a un hombre y conseguir que cayera rendido a sus pies.

Al principio, Blair no se lo había creído. Le parecía impropio de Niki, una chica tímida y con poca experiencia. Pero cuanto más lo pensaba, más lo creía. A fin de cuentas, se había puesto el bañador por él. Ella misma se lo había dicho.

Fuera como fuera, lamentaba que las cosas hubieran terminado así. Niki había sido su confidente y su amiga durante dos años. Lo había animado y cuidado, le había hecho reír, le había ayudado a salir del infierno de Elise. ¿Y

qué le había dado él a cambio? Vergüenza. Que se sintiera avergonzada de desearlo y de responder a su deseo.

Se terminó el whisky y gimió, desesperado. ¿Cómo había sido tan estúpido? Tenía la verdad delante de las narices, y no la había visto porque no la quería ver. Efectivamente, Niki se sentía avergonzada. Por eso había tirado el bañador. Era una chica inocente, que seguía siendo virgen; una chica incapaz de hacer lo que Janet afirmaba.

Estaba tan claro que se sintió el hombre más ridículo del mundo. Pero él

había aceptado la versión de su antigua amante porque necesitaba excusas para alejarse de Niki y evitarse el peligro de caer en la tentación. Incluso le había dicho que no sentía nada por ella, que solo era una cuestión de sexo. Se había excedido en su interpretación, y ahora se arrepentía de haber pronunciado esas palabras.

Sin embargo, eso no alteraba su decisión. Niki necesitaba un hombre joven, y él se lo iba a facilitar por el procedimiento de quitarse de en medio.

Llevaba mucho tiempo encerrada en sí misma. Se negaba a salir con otros hombres porque se había aferrado a un amor imposible y, si seguía aferrada a un imposible, nunca sería feliz.

Solo esperaba que no cometiera el error de aceptar a cualquiera por despecho. Por ejemplo, a Dan Brady. Blair había hablado con Jacobs, y ahora sabía que el joven se había puesto agresivo con Niki y con él porque no creían que sus hierbas y dietas pudieran curar ninguna enfermedad.

Pero, ¿quién era él para juzgar esas cosas? La había convencido de que iba a volver con Janet; y hasta era posible que saliera con ella, aunque solo fuera para que Niki lo olvidara.

Janet. Al pensar en ella, Blair sonrió. Era una mujer segura y ambiciosa, que adoraba la buena vida y que habría hecho cualquier cosa por echar el lazo a un millonario. Siempre había sido así.

Él lo sabía de sobra. Lo había descubierto antes de que su difunta madre entrara en razón y se diera cuenta de que su amiga no sería una nuera tan buena como había pensado.

Sin embargo, Janet no era un problema. La podía controlar, y sería una coartada perfecta hasta que Niki curara las heridas de su pobre corazón. Solo tenía que regalarle unos cuantos diamantes cuando se separaran.

Sin saber por qué, se acordó de la pulsera de cuero que habían comprado en Yellowstone. Luego, llamó a la azafata y pidió otro whisky.

Dos semanas después, Blair seguía intentando acostumbrarse a una vida sin Niki. Siempre habían estado en contacto. Se llamaban por teléfono o se

enviaban mensajes sin más intención que charlar. Pero eso había terminado, y era terriblemente doloroso.

Solo le quedaban los recuerdos, un montón de imágenes que lo estaban volviendo loco. La veía en el coche, entre sus brazos, desnuda de cintura para arriba. Revivía el contacto de su piel, la intensidad de su hambre y la alegría que él sentía cuando besaba sus labios y se sabía deseado.

Era desesperante. Niki se había entregado por completo, dispuesta a todo.

¿Y qué había recibido? Desprecio y una gran mentira: que solo le interesaba su cuerpo, que era una simple cuestión sexual.

Durante el tiempo transcurrido desde su separación, Blair había salido un par de veces con su antigua amante. Janet sabía que no estaba interesado en ella, pero hacía lo posible por mantener su relación. Al fin y al cabo, era una directora de cine en ciernes, y él era un millonario que aparecía con ella en público y permitía que los periodistas les hicieran fotos.

Cualquiera se habría dado cuenta de que no la quería. La trataba bien, y respondía a sus múltiples intentos de seducción de la forma más agradable posible. Comían juntos de vez en cuando y charlaban un rato, aunque nunca terminaban en la cama. Pero a Janet no le sorprendía, porque sospechaba que Blair estaba enamorado de Niki.

En cuanto a él, se limitaba a seguir con un plan que le hacía profundamente infeliz. Una noche, le regaló un anillo para tenerla contenta y, mientras ella se entusiasmaba con la carísima joya, Blair se acordó como tantas veces de la pulsera de cuero con el trocito de asta.

Janet no era Niki, y nunca podría ocupar su lugar.

Poco antes del cumpleaños de Niki, Blair le envió un enorme ramo de rosas de todos los colores, combinadas con algunas orquídeas. Le había hecho mucho daño, pero no podía ningunearla. Y, junto a las flores, puso una tarjeta con su nombre y una sencilla felicitación.

Varios días después, llamó a Edna para asegurarse de que las habían recibido, porque no le había llegado ni un mensaje de agradecimiento; aunque,

a decir verdad, no lo esperaba. Estaba seguro de que Niki habría visto las fotografías de los periódicos, donde Janet y él daban la impresión de estar bastante acaramelados.

—Ah, hola, señor Coleman —dijo el ama de llaves al oír su voz—. El señor Ashton no está en casa.

—¿Qué ha pasado con las flores? —preguntó Blair directamente—.

Supongo que se las habrá regalado a alguien y que habrá roto mi nota en mil pedazos.

Edna se quedó tan sorprendida que no fue capaz de decir nada. Además, ¿qué le podía decir? ¿Que Niki había visto sus fotos en la prensa y que se había enfadado mucho porque estaba convencida de que se había dejado fotografiar a propósito, para que ella lo viera?

—Sí, supongo que sí —continuó él.

Edna sintió lástima de Blair, y le dijo la verdad. Pero Blair no se llevó ninguna sorpresa.

—Vaya, parece que Niki y yo nos conocemos bien. ¿Verdad, Edna?

—Sí, eso parece.

—De todas formas, espero que se divirtiera en su cumpleaños.

—Su padre la llevó a ver una película.

Blair esperaba oír que había salido con un hombre, es decir, justo lo que pretendía él cuando rompió su relación; pero, en lugar de entristecerse, se sintió profundamente aliviado. Aunque su alivio no duró mucho.

—Y luego se fue con Dan Brady —prosiguió Edna—. Creo que estuvieron en un club de Billings.

Blair guardó silencio.

—¿Sabe lo que me dijo ese chico? ¡Que el señor Ashton y yo la mimamos demasiado! ¡Menudo personaje!

Él respiró hondo, intentando mantener la calma.

—Bueno, es la vida de Niki. Ella sabrá lo que hace —comentó.

—Pues dudo que disfrute de la vida si sale con él —observó Edna—.

Aunque no es asunto mío, ciertamente.

—Ni mío —replicó Blair—. Dígale a Todd que he llamado.

—Por supuesto, señor.

Blair colgó el teléfono, pensando que no tenía derecho a interferir; sobre todo, teniendo en cuenta que Niki estaba con ese joven por su culpa, porque la había arrojado en sus brazos al rechazarla. Pero, en cualquier caso, estaba cometiendo un error. Brady solo le daría dolores de cabeza.

Minutos después, se subió al avión que lo iba a llevar a Fráncfort. Y, cuando llegó a la ciudad alemana, no recordaba nada del viaje.

Jamás había sido tan desdichado.

Al final, Niki aceptó la invitación de Dan y se fue a hacer senderismo con su grupo. Pero no las tenía todas consigo.

—No te preocupes, que no es ninguna carrera —se burló él mientras ella comprobaba que se había atado bien los cordones—. Además, tenemos móviles. No morirás sola en una cuneta.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—Bueno, aseguraos de que lleváis agua suficiente —continuó Dan, dirigiéndose a todos—. No os separéis. Y cuidado con las serpientes.

Niki frunció el ceño, aunque no lo hizo por el comentario de las serpientes, sino por algo de lo que se había enterado el día anterior.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dan.

Niki sonrió.

—Sí, es que no he dormido mucho.

—Deberías tomar té de hierbas. ¡Una taza de camomila antes de cenar hace milagros!

Niki pensó que la camomila no podía hacer milagros con su problema. Le habían descubierto una mancha en el pulmón y, teniendo en cuenta sus antecedentes familiares, había grandes posibilidades de que fuera cáncer. La tragedia de su madre había empezado igual; y dos años después, con su capacidad pulmonar reducida a un veinte por ciento, falleció en la cama de un

hospital.

Niki había sido testigo de todo el proceso. Fue tan duro que su padre intentó suicidarse después, y lo habría conseguido si Edna y uno de los vaqueros no lo hubieran descubierto. La operaron tres veces, y todas las veces les decían que el problema estaba resuelto y que se pondría bien. Pero el cáncer se reproducía de nuevo, implacable. Y ella no quería pasar por lo mismo.

El doctor Fred Morris había intentado tranquilizarla. Le había dicho que no se preocupara, que una mancha no implicaba necesariamente un cáncer y, además, solo tenían que hacerle una tomografía para salir de dudas. Pero Niki ya se había puesto en el peor de los casos posibles.

Su vida estaba acabada. Ya no tendría los hijos que siempre había deseado, los que había soñado tener con Blair cuando se divorció de Elise. Ya no tendría un marido ni un hogar. No tendría nada de nada.

Sin embargo, la actitud mental de Niki era el menor de sus problemas en ese momento. Convencida de que su suerte estaba echada, había tomado la decisión de dejarse el inhalador en casa, a sabiendas de que el campo estaba lleno de flores y, en consecuencia, del polen que causaba sus crisis respiratorias.

Había optado por una solución cobarde, pero ya no quería vivir. Creía que lo había perdido todo, y solo le preocupaba que su muerte no fuera rápida.

Además, el tiempo jugaba a su favor; estaban en mitad de ninguna parte, y era improbable que los equipos de rescate llegaran antes de que muriera. A fin de cuentas, tenía uno de los peores tipos de asma. Dejarse el inhalador podía ser fatal.

Niki empezó a caminar como una sonámbula, con su macuto a la espalda y unas botas bajo los vaqueros. Iba en camiseta, a pesar de que la mañana era fría, pero eso le importaba tan poco como lo demás. Se acordaba de Blair, diciéndole que solo quería su cuerpo y que iba a volver con Janet. Se torturaba con el recuerdo de la risueña expresión de su cara cuando se encontró con su antigua amante en el hotel de Cancún.

Al menos, Janet tenía futuro. Y hasta era posible que hiciera feliz a Blair.

—¿Estás aquí? ¿O sigues con la cabeza en las nubes? —bromeó Dan.

Ella sonrió.

—Estoy aquí —dijo.

—¡Pues sigue adelante!

A Blair le molestó que Janet se presentara inesperadamente en Fráncfort, y le molestó más que se alojara en la habitación contigua.

—He venido a rodar un anuncio —afirmó ella—. ¿No te parece una feliz coincidencia?

—Estaré en reuniones casi todo el día y gran parte de la noche —replicó él—. No tendré tiempo para divertirme.

—Oh, no te preocupes por eso. Puede que nos veamos en el desayuno —dijo con esperanza.

—Puede.

Blair se marchó, angustiado. Echaba de menos a Niki. Tendría que haber sido ella quien estuviera allí, en el hotel. Tendría que haber sido ella la que estuviera en su dormitorio, en su cama, entre sus brazos. Pero no lo estaba, y Janet lo perseguía igual que Elise, intentando que cayera en la tentación.

¿Pensaría que lo podía conseguir? A Blair le resultaba difícil de creer, porque no sentía nada por ella. De hecho, no sentía nada por ninguna mujer que no fuera Niki; especialmente, desde que el recuerdo de su sensual cuerpo asaltaba su imaginación a todas horas.

Había llegado al extremo de enviarle un mensaje para preguntarle cómo estaba. Y Niki le había respondido; aunque no con palabras, sino con un emoticon de media sonrisa, tan expresivo como escéptico.

¿Se encontraría bien?

Inquieto, llamó a Todd en un rato libre, cuando salió a la calle para reunirse con uno de sus distribuidores europeos. Pero quería preguntar por su hija directamente, así que utilizó la excusa de los negocios.

—¿Qué tal van las ventas de equipos a México?

—Lentas —contestó su amigo, riendo—. Los mexicanos siempre han sido cautelosos, y ahora lo son más que antes.

—Es lógico. Creo recordar que tuvieron problemas con proveedores extranjeros —le recordó Blair.

—Sí, eso es verdad —replicó Todd, que cambió de tema—. ¿Qué tal está Janet? Me dijeron que iba a Fráncfort a rodar un anuncio.

Blair tardó unos segundos en contestar.

—Supongo que está bien. Casi no he tenido tiempo de verla. ¿Y Niki?

—Muy callada.

Blair frunció el ceño.

—No es propio de ella.

—Lo sé —dijo su padre con preocupación—. Le hicieron unas pruebas hace poco, pero no ha dicho que le pase nada malo y, por otra parte, su médico no se dejaría intimidar si le presiono. Quién sabe, puede que sea uno de esos problemas que tienen las mujeres, y que no quiera discutirlo con su padre.

Todd lo dijo con humor, en un intento evidente de fingirse tranquilo; pero su amigo no se dejó engañar.

—Es primavera, y siempre tiene problemas pulmonares en esta época.

—Sí, igual que su madre.

Blair arqueó una ceja.

—Es extraño que la menciones. Nunca hablas de Martha.

—Porque me resulta demasiado doloroso —le confesó—. Me hundí por completo cuando la perdí. Jamás habría imaginado que la vería morir. Era mucho más joven que yo.

—¿Mucho más joven? ¿Cuánto?

Todd respiró hondo.

—Dieciocho años más, lo cual me causó todo tipo de preocupaciones —contestó—. Me preocupaba lo que la gente pudiera decir y, sobre todo, que yo me hiciera viejo y no pudiera satisfacer a una mujer joven.

A Blair se le encogió el corazón.

—Pero te casaste con ella de todas formas.

—Sí, así es. Casarme con Martha fue la mejor decisión que he tomado nunca —declaró—. Solo estuvimos juntos ocho años, pero fueron los más bonitos de mi vida. Daría cualquier cosa por volverlos a vivir.

—¿Qué pasó?

Todd tragó saliva.

—Tenía cáncer de pulmón. Martha era de salud frágil, igual que Niki.

Supongo que el asma lo ha heredado de ella... Se enfadaba mucho cuando sufría una recaída, porque pensaba que era una carga para mí. Yo le decía que era la carga más maravillosa que podía tener un hombre, y bromeaba sobre lo divertido que era ir a los hospitales y conocer a gente nueva. Siempre se reía.

Blair sintió el dolor de Todd en sus propias carnes. Él ni siquiera soportaba la idea de perder a Niki. Y su amigo había perdido a Martha de verdad.

—Perdí la cabeza cuando falleció. Estuve dos semanas borracho, y hasta intenté suicidarme. Por suerte, Edna ya estaba trabajando para mí, y me hizo ver que Niki me necesitaba. Me obligó a entrar en razón.

—¿Y no consideraste la posibilidad de casarte otra vez?

—No, nunca. Estuve con la mejor mujer con la que se pueda estar, con la mujer más dulce y bella del mundo. No quiero perder ese recuerdo por culpa de una ambiciosa que solo quiera abrigo de piel y coches caros.

Blair suspiró.

—Siento no haber estado allí para ayudarte. Aunque entonces no nos conocíamos.

—Ya, bueno... ha pasado mucho tiempo.

Blair no quiso hurgar en la herida de su amigo, así que cambió de conversación. Supuso que Niki estaría en casa, porque era sábado por la mañana, y pensó que era un buen momento para hacer las paces con ella.

—¿Niki anda por ahí?

—No, se ha ido de senderismo.

—¿Senderismo? —dijo, frunciendo el ceño—. ¿No es un poco arriesgado?

Los índices de polen están muy altos.

—Ya, pero ese californiano cree que se preocupa en exceso —replicó Todd.

—¿Se ha llevado el inhalador?

—Seguro que sí. Sabe que no puede salir sin él en esta época del año.

Blair dudó.

—He pensado que podría pasarme por tu rancho la semana que viene. Si no te parece mal, claro.

—A mí me parece perfecto, pero deberías preguntárselo a Niki.

Últimamente habla mucho de ti, y no de forma halagadora.

—He cometido algunos errores con ella —le confesó Blair—. Errores graves.

—Pues arregla las cosas tan pronto como sea posible, o terminará casada con ese obseso de la salud —dijo su amigo—. Pasa demasiado tiempo con él, y me preocupa que le pegue sus estúpidas ideas. El asma no es una enfermedad psicológica. Si se excede, podría ser mortal.

—Lo sé.

—Una vez, sufrió un ataque que estuvo a punto de llevarla al cementerio.

Estaba en casa, pero no podía encontrar el inhalador. Tuvimos suerte de que Tex la encontrara y la llevara al hospital.

—Tex le tiene cariño —dijo Blair, celoso.

—¿Que le tiene cariño? Está loco por ella —puntualizó Todd—. Pero Niki solo lo considera un amigo.

Blair se sintió aliviado, aunque no sintió lo mismo en lo tocante a Brady.

—No debería estar con un tipo que la lleva a sitios peligrosos para su salud. ¿Senderismo? ¿Cómo se le ha podido pasar por la cabeza?

—He intentado impedirlo, pero ya conoces a Niki —contestó—. Además, Brady la ha convencido de que es más fuerte de lo que cree, y de que un poco de ejercicio la convertirá en una especie de amazona.

—Lo dudo mucho.

—Y yo —dijo—. Desgraciadamente, Niki no opina lo mismo. Ha cambiado

desde que volvió de México. Es como si hubiera perdido su inocencia. Sus ojos han dejado de brillar, y ya no sonrío a todas horas.

Blair se maldijo para sus adentros, porque conocía el motivo de su cambio.

—Pensándolo bien, sería conveniente que vinieras y te quedaras una temporada —prosiguió Todd—. Pero no vengas con Janet.

—Si fuera por mí, se quedaría en Fráncfort eternamente. Me siento como un ciervo en plena temporada de caza mayor.

—Es obvio que le gustas mucho.

—Lo que le gusta es mi dinero. Es lo único que quiere.

—Yo no estaría tan seguro. Eres un buen hombre, Blair. Cualquier mujer se sentiría afortunada contigo.

Blair respiró hondo.

—Nos conocemos desde hace años. Ella quería una relación seria, pero yo no buscaba eso. O, por lo menos, no lo busqué hasta que Elise me sedujo y me llevó a una iglesia.

—Mal asunto.

—Sí, y Janet está decidida a seguir el ejemplo de Elise. —Blair soltó una carcajada sin humor—. Pero no lo conseguirá. Estoy tan harto de que me siga a todas partes que he llamado a mi abogado y le he pedido que hable con ella.

Ahora sabe que, si insiste en hostigarme, la denunciaré por acoso y pediré una indemnización económica.

—Vaya, le has dado donde más le duele.

—Sí, en el bolsillo. Su único punto vulnerable.

Blair echó un vistazo a su alrededor. Siempre estaba de viaje, durmiendo en habitaciones de hotel y yendo de reunión en reunión. Siempre estaba solo.

Tenía una casa, pero no la pisaba nunca porque estaba tan vacía como todo lo demás. Tan vacía como su propia vida.

—Creo que necesito un descanso —continuó.

—Sí, puede que te venga bien.

—No dejes que se case con ese cretino, por favor.

—No lo podría impedir, Blair. Lo sabes de sobra —dijo Todd—. Solo hay una persona que pueda, y esa persona eres tú.

Blair frunció el ceño.

—Supongo que podría, pero ¿qué diría la gente?

—Que digan lo que quieran. ¿A quién le importa?

Blair sonrió.

—Está bien. Te llamaré por teléfono el día antes de llegar.

—De acuerdo. Cuídate, Blair.

—Lo mismo digo.

—Hasta pronto.

Cuando cortó la comunicación, Blair se sentía como si le hubieran quitado un peso de encima. Ahora sabía que Todd apoyaba su relación con Niki, y eso lo cambiaba todo.

Por primera vez, Blair pensó que lo suyo podía funcionar. Desde luego, Niki lo deseaba, y él estaba loco por ella. Pero, antes de dar el siguiente paso, tenía que volver al rancho y aclarar las cosas.

—Te estás quedando atrás, Niki —dijo Dan, poniéndose a su lado—.

Tienes que ir más deprisa.

—Es que...

Niki no fue capaz de terminar la frase. Casi no podía respirar. Tomaba bocanadas de aire, pero era como si estuviera en el vacío. Y estaba tan mareada que se le nublaba la vista.

—Venga, Niki.

—No puedo...

—¡Vamos, haz un esfuerzo! ¡Respira! —dijo él, tajante—. ¡Tienes que fortalecer tus pulmones!

Si hubiera tenido fuerzas, Niki le habría pegado un puñetazo en la nariz.

Pero ni siquiera podía hablar.

Justo entonces, se acercó una de las mujeres mayores, Nancy, que frunció el ceño y preguntó:

—¿Tienes tu inhalador?

Niki sacudió la cabeza.

—Me lo he dejado en...

—Oh, Dios mío —dijo Nancy, frunciendo el ceño—. Hay que llamar a urgencias. ¡Rápido, Dan!

—Estamos a mitad del recorrido. Seguro que puede seguir adelante. Solo tiene que descansar un par de minutos y concentrarse en la respiración.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? —bramó la mujer, perdiendo la paciencia—. ¿No ves lo que pasa? ¡Si no hacemos algo de inmediato, sufrirá un shock anafiláctico y morirá!

—Qué tontería —se burló él.

Niki cayó al suelo entre sonidos sibilantes que no dejaban lugar a dudas. El aire no llegaba a sus pulmones. Se estaba ahogando.

—¡Estás hablando con una enfermera, Dan! ¡Sé reconocer una urgencia cuando la veo!

Nancy no esperó más. Sacó su móvil y llamó al servicio de rescate.

Capítulo 9

Se la llevaron en helicóptero. Niki no era muy consciente de lo que pasaba a su alrededor, pero sabía que le habían puesto oxígeno y que Nancy, la enfermera de su grupo de senderismo, se había subido al aparato para estar con ella.

—¡Es el hombre más imbécil que he conocido en mi vida! —declaró la mujer en determinado momento—. ¡Quería que descansara un poco y que volviera a casa por su propio pie!

El médico que estaba con ellas sacudió la cabeza.

—Podría haber muerto. Menos mal que usted estaba allí y sabía lo que hay que hacer —comentó.

—Sí, y es una suerte que siempre lleve un termo de café bien cargado —replicó con humor, mencionando lo que le había dado mientras esperaban el helicóptero—. ¿Qué tal estás, querida?

Niki solo pudo asentir y dedicarle una sonrisa débil. Ahora se arrepentía de haberse dejado el inhalador. Había causado muchos problemas a mucha gente, y se había arriesgado a morir de una forma angustiosa.

—La mayoría de la gente no sabe que el café detiene los ataques de asma —dijo el médico—. Yo lo utilicé con un compañero que no sabía que era asmático hasta que se acercó a unas flores y no pudo parar de toser. Algunos tosen, y otros estornudan.

—¿Cómo supo que era un problema de asma?

El médico sonrió.

—Lo supe porque soy asmático.

—Y seguro que no se dedica a caminar por la montaña en compañía de un idiota —ironizó Nancy.

—Con idiotas como el de su grupo, no —dijo—. Seguro que ha seguido de excursión, como si no hubiera pasado nada.

—Oh, sí. Ni siquiera se ha quedado a ver si Niki se recuperaba. ¡Creía que estaba exagerando, que solo quería llamar la atención!

Niki cerró los ojos, pensando que estaba en deuda con Nancy. El café le había sentado bien, y había reducido los espasmos. Pero ahora se enfrentaba a un problema distinto, que le daba pánico: su padre se llevaría un disgusto terrible si se llegaba a enterar.

Apenas consciente, tomó la decisión de pedirle a su médico que no le informara de lo sucedido. Se avergonzaba de lo que había hecho, y no se sentía con fuerzas para dar explicaciones. Ya se lo diría más tarde, cuando supiera qué hacer.

El doctor Fred se presentó en la sala de urgencias, aprovechando que estaba de guardia esa mañana; y, al enterarse de que Niki no se había llevado el inhalador, le lanzó una mirada de recriminación.

—Dan dice que me preocupo demasiado, que no necesito inhaladores ni medicamentos, sino aire fresco y vitaminas —se excusó ella.

—¡El aire fresco ha estado a punto de matarte! ¡Díselo cuando lo vuelvas a ver! —dijo el médico, enfadado—. ¿Cómo es posible que tu padre te permita salir con semejante estúpido?

—No me lo puede impedir. Tengo veintitrés años.

—La edad y la madurez son cosas distintas —puntualizó Fred, terminando de auscultarla—. Estas mejor, pero te quedarás en el hospital.

—No pienso hacerme la prueba que me dijiste —le advirtió ella—. No intentes convencerme.

—Oh, vamos, puede que no sea nada —replicó él—. Te has puesto en el

peor de los casos posibles, pero hay muchas posibilidades de que sea algo sin importancia alguna.

Ella se tumbó y soltó un gemido.

—Me duele el pecho.

—Claro que te duele. Tienes bronquitis —declaró Fred—. Tendrás que tomar antibióticos y descansar lo necesario. ¡Y olvídate del senderismo!

Ella se encogió de hombros.

—Dan dijo que me sentaría bien.

Fred se calló lo que estaba pensando: que habría matado a su amigo por poner en riesgo la salud de Niki. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que, si Blair Coleman se enteraba, Dan tendría que salir corriendo del país.

—¿Has hablado con tu padre?

Ella sacudió la cabeza.

—No me digas que tampoco te llevaste el teléfono.

—Me temo que no.

—¿Por qué? ¿También te dijo ese tipo que los teléfonos son malos para la salud? —preguntó, girándose hacia la enfermera—. Llévela a una habitación, por favor. Yo hablaré con su padre.

Niki tragó saliva. Tenía intención de pedirle que no se lo contara, pero guardó silencio porque comprendió que Fred no se dejaría convencer.

—Por supuesto, doctor.

La enfermera sonrió y la llevó a una habitación.

Niki se tomó los antibióticos y los analgésicos que le dieron. Y poco después, agotada por el trauma que había sufrido, se quedó dormido.

Despertó al cabo de unas horas, al notar que alguien le tocaba la cabeza.

Era su padre.

—Hola, papá —dijo débilmente.

Todd hizo lo posible por ocultar el pánico que había sentido cuando Fred lo llamó por teléfono.

—Nos has dado un buen susto, peque —replicó con dulzura—. Mira que

olvidarte el teléfono y el inhalador... Has sido una mala chica.

—Es que estaba entusiasmada con la excursión —mintió—. Me di cuenta cuando ya estábamos allí.

—Demasiado tarde, claro.

—Sí.

—Le debo una cena a esa enfermera. El médico del helicóptero habló con Fred y se lo contó todo. Menos mal que llamó a urgencias y se quedó a tu lado. ¡Hasta llevaba un termo de café! Esa mujer te ha salvado la vida.

—Es verdad. Nancy ha sido muy amable conmigo, aunque no con Dan. Le dijo cosas bastante feas.

—Yo también le diré unas cuantas cuando lo tenga delante —afirmó Todd—. No quiero que vuelvas a salir con él.

—Creyó que estaba fingiendo, ¿sabes?

—Oh, Dios mío.

Niki lo miró con intensidad y preguntó:

—¿Se lo has dicho a Blair?

Su padre frunció el ceño.

—Tienes razón. Debería llamarle.

—¡No!

—¿A qué viene esa actitud? Sé que habéis tenido algún tipo de discusión, pero de todas formas...

—¡No! —insistió ella.

—Cariño, Blair te adora.

—Blair quiere a Janet. ¿Es que no has visto los periódicos? Ella misma me confesó que le quería echar el lazo. Y en cuanto a él, dijo que Janet es mucho mejor que Elise, y que habría sido mejor esposa —replicó Niki, dolida—. No, no quiero que le llames. No es asunto suyo. Es nuestro problema.

Todd se pasó una mano por el pelo.

—Niki...

—Lo digo en serio.

Su padre suspiró.

—Está bien, como quieras.

—Además, no vendría a verme por mí, sino por ti. Eres su amigo, y se sentiría obligado a hacerlo —insistió Niki—. Dejó bien las claras las cosas.

Cree que solo estoy encaprichada de él.

Todd empezó a comprender lo que pasaba. Blair la había herido en su orgullo, y Niki se lo estaba haciendo pagar. Pero, por muy tonto o insensible que hubiera sido su amigo, un hombre adulto siempre sería más fiable que un joven idiota que la había estado a punto de matar.

—De acuerdo, pero no volverás a salir con Dan Brady. Y yo también estoy hablando en serio. Si te niegas a obedecerme, hablaré con Blair, le diré lo que ha pasado y me encargaré de que lo despida.

—¡Oh, papá! —protestó.

—Lo siento, pero no voy a ceder en esto. ¡Que vuelva al agujero de donde salió, abra una tienda de productos sanos y recomiende tratamientos que desconoce cualquier científico!

Niki sonrió, pensando que su padre podía ser muy elocuente cuando quería. Todd se encogió de hombros y añadió: —Eres mi hija, y te quiero.

—Yo también te quiero, papá. Gracias.

Él arqueó una ceja.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por ser mi padre.

Los ojos de Todd se humedecieron.

—Duerme un poco, cariño. Me quedaré contigo.

—Lo siento mucho.

—No hay nada que sentir.

Niki estaba bastante más deprimida después de hablar con su padre. Le había dado un gran disgusto. Se había comportado de forma egoísta, obsesionada con sus propias preocupaciones, sin pensar en él.

Para empeorar las cosas, ni siquiera podía decir la verdad. Se había dejado

el inhalador a propósito, porque tenía miedo de que la mancha en el pulmón fuera un cáncer. Y no quería compartir ese miedo con Todd. No quería que volviera a pasar por lo de Martha. Ya había sufrido demasiado.

En realidad, Niki no estaba tan preocupada por la posibilidad de morir como por algo bastante menos grave: había leído que, si le daban radiación, no se podría quedar embarazada. Lo había estado investigando por Internet, y había descubierto casos de personas que lo intentaban con posterioridad y fracasaban. Algo inadmisibile para ella, porque quería tener hijos.

Inconscientemente, se puso a pensar en el viaje a Yellowstone, en los días luminosos de entonces, cuando él le sonreía y la mimaba. Llevaban mucho tiempo sin hablar y, aunque ardía en deseos de verlo, se resistía. Creía que estaba con Janet, que se casaría con ella y que serían felices.

Pero, si era cierto que amaba a Blair, ¿por qué lo quería a su lado? Tendría que haberse alegrado de que hubiera encontrado la felicidad. Sobre todo, en esas circunstancias, cuando ni siquiera sabía si podría ser madre; cuando ni siquiera sabía si viviría para contarlo.

Desesperada, hundió la cabeza en la almohada, para que su padre no pudiera ver las lágrimas que asomaron en sus ojos.

Dan Brady se presentó en la habitación aquella misma noche, poco después de que Todd bajara a la cafetería a comer.

Niki se puso furiosa cuando lo vio; pero no se quería enfadar, porque tenía miedo de volver a sufrir espasmos, así que se limitó a lanzarle una mirada de odio. Y su amigo, que no sabía dónde meterse, acertó a decir con timidez: — Parece que no estabas fingiendo.

Niki guardó silencio.

—Me han dicho que te pondrás bien.

Ella no dijo nada.

—¡Por Dios, Niki! ¿Es que no lo comprendes? Estas cosas te ocurren porque te empeñas en vivir en una burbuja. ¡Has llegado a tal extremo que ni siquiera puedes salir al campo! Si pasaras más tiempo al aire libre, si comieras bien y

mejoraras tu sistema inmune, no tendrías más problemas respiratorios.

Niki volvió a mirar a Dan y se preguntó si tenía fuerzas suficientes para levantarse y tirarlo por la ventana.

Blair acababa de volver de Fráncfort. Estaba agotado, y seguía enfadado por la insistencia de Janet. De hecho, había suspendido una de sus reuniones en un intento de quitársela de encima, dando por sentado que no se atrevería a seguirlo hasta Montana. Y, si se atrevía, la denunciaría a las autoridades.

Sin embargo, su verdadera preocupación era Niki. La había dejado por su bien, pero eso no mejoraba su estado anímico. Era una mujer amable, compasiva, absolutamente maravillosa, una mujer que habría hecho feliz a cualquier hombre. No merecía que la trataran como él la había tratado.

Además, estaba seguro de que Janet se había inventado la historia de que Niki intentaba echarle el lazo. Niki no era una seductora, ni mucho menos.

¿Cómo lo iba a ser, si no sabía besar hasta que él le enseñó?

Le había enseñado unas cuantas cosas, primero en México y después, en las afueras de Catelow, cerca del rancho de Todd. Niki no se había resistido en ningún momento. Lo deseaba tanto como él a ella. Y, en lugar de agradecersele, había conseguido que se sintiera avergonzada.

Definitivamente, tenía motivos para sentirse culpable.

Sin embargo, todavía estaba a tiempo de hablar con ella y pedirle disculpas. Cabía la posibilidad de que no le perdonara, pero era un riesgo que debía correr. Se había comportado como un idiota, y cruzó los dedos para que su estupidez no la hubiera arrojado en brazos de Dan Brady por simple despecho.

Decidido, marcó el número de Todd para avisarle de su llegada; pero había desconectado el móvil, así que llamó al rancho. Y, al cabo de unos momentos, Edna se puso al teléfono.

—¿Dígame?

—¿Edna?

—Hola, señor Coleman.

—¿Está Todd en casa? No consigo localizarlo.

Ella dudó.

—No, ahora no está —dijo con inseguridad.

—¿Y Niki?

—Tampoco.

Blair se estremeció. Era evidente que había pasado algo.

—¿Va todo bien, Edna?

El ama de llaves carraspeó.

—Se supone que no se lo tengo que decir.

—¡Oh, Dios mío! ¿Le ha pasado algo a Niki? ¡Hable de una vez, Edna!

¡Dígamelo! ¡Se lo ruego!

Blair sonó tan desesperado que Edna le dijo la verdad.

—El señor Ashton está en el hospital. Niki tuvo un problema, y se la tuvieron que llevar en helicóptero. Se fue a hacer senderismo con ese idiota, y se dejó el inhalador en casa.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, está fuera de peligro, aunque se quedará en el hospital por si surgen complicaciones —respondió—. Espero que ese idiota se presente y que el señor Ashton le dé una buena paliza.

—Está bien, iré ahora mismo. Pero no les diga nada.

—Como quiera, señor.

Diez minutos más tarde, Blair volaba hacia Catelow. Se sentía más culpable que nunca, y se repetía una y otra vez que, si hubiera sido más inteligente, Niki no se habría ido de senderismo con ese loco. Habría estado en su casa, en su trabajo o con él.

Había llegado el momento de dejar de huir y afrontar la realidad. Le pediría disculpas y lucharía por lo que quería, por lo que siempre había querido, por la mujer de la que estaba enamorado.

—Sé que no me crees, pero el ejercicio es la respuesta a tus problemas. Tu cuerpo estaría más fuerte, y tus pulmones mejorarían. Tienes que dejar de comportarte como una niña. Tu padre te protege demasiado.

Dan no se dio cuenta de que Niki lo miraba con horror hasta que fue demasiado tarde. Y, cuando comprendió el motivo, el puño de un hombre gigantesco ya había impactado en su mandíbula.

—¡Levántate! —bramó su agresor.

Dan, que había terminado en el suelo del pasillo, sintió pánico. Los negros ojos del gigante brillaban como los de una serpiente venenosa. Y, como si no tuviera ya suficientes problemas, Todd Ashton apareció un segundo después.

—Podías haber dejado algo para mí —dijo el recién llegado.

Blair no contestó a su amigo. Sacó el teléfono móvil y marcó un número.

—¿Ed? Quiero que el chalado del que te hablé se suba mañana por la mañana a un avión y se vuelva a San Francisco. Sí, lo que has oído. Le daremos un trabajo en la delegación de California. Pero, si se niega, despídelo inmediatamente.

Blair colgó el teléfono, miró con odio a Dan y entró en la habitación de Niki.

—¿Quién se ha creído que es ese tipo? —dijo Dan, levantándose del suelo—. No me puede despedir.

—Ese tipo es Blair Coleman —le informó Todd—. Y perderás algo más que tu empleo si rechazas su oferta.

—¿Blair Coleman? —dijo el joven, súbitamente aterrorizado—. ¿El Blair Coleman de...?

—El único que hay —lo interrumpió—. Si yo estuviera en tu lugar, no le daría motivos para volver aquí.

—Solo intentaba ayudar —se defendió Dan.

—Pues has sido de gran ayuda. Has estado a punto de conseguir que mi hija acabe en la morgue —dijo Todd—. ¡Lárgate ahora mismo!

—Niki no mejorará nunca si la sigue mimando de ese modo...

—¡He dicho que te largues!

Dan no necesitó que dijera nada más. Todd Ashton era tan formidable como Blair Coleman, así que el joven retrocedió y, acto seguido, salió corriendo hacia las escaleras.

Niki se quedó asombrada cuando Blair surgió de la nada y echó a Dan por el procedimiento de pegarle un puñetazo; en primer lugar, porque no sabía que estuviera en Montana y, en segundo, porque nunca lo había visto tan enfadado, ni siquiera cuando Harvey se intentó proparar con ella.

Como la puerta estaba abierta, fue testigo de toda la escena. Vio llegar a su padre y vio que Blair hablaba por teléfono antes de entrar en la habitación; pero no supo lo que Todd le dijo a Dan, porque Blair ya estaba a su lado para entonces.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

Ella apartó la mirada.

—He estado mejor —dijo—. ¿Cómo lo has sabido? Se suponía que no debían decirte nada.

—Y nadie me lo ha dicho —mintió él—. He pasado por tu rancho por casualidad. Tu padre no estaba, y Edna se encontraba al borde de la histeria.

No necesitaba ser muy listo para adivinar la razón.

—Ah.

Blair se metió las manos en los bolsillos, intentando tranquilizarse.

—He hablado con Ed Jacobs y le he dicho que meta a Brady en el siguiente vuelo a San Francisco.

Ella se mordió el labio.

—Dan no tiene la culpa. No me obligó a ir con él.

—No, la culpa la tengo yo. Te arrojé prácticamente a sus brazos.

Niki suspiró.

—Esto tampoco es verdad. La decisión fue mía. Soy la única responsable —dijo, cerrando los ojos brevemente—. No seáis duros con Dan, por favor.

Sus intenciones siempre han sido buenas.

Blair se giró hacia la ventana y vio que el sol se empezaba a ocultar. Estaba tan tenso por lo sucedido que casi respiraba tan mal como la propia Niki.

Pero Todd entró entonces, y rompió el incómodo silencio.

—Le he dicho que se vaya si no quiere terminar mal —anunció—. ¿Te ha

contado Niki lo que hizo ese estúpido?

—Papá, te lo ruego...

—¡La dejó tirada en el campo! ¡Si no hubiera sido por una enfermera que se quedó con ella y llamó al servicio de rescate, Niki estaría muerta!

—Papá, estás gritando —dijo su hija.

Blair se puso pálido.

—¿Cómo dices?

—Creyó que estaba fingiendo. Por suerte, la enfermera llevaba un termo de café y estabilizó su situación mientras esperaban al helicóptero del servicio de rescate —le explicó Todd—. ¡Pero él se fue con toda tranquilidad! ¡Pensó que solo quería llamar la atención!

Blair no dijo nada. No podía. Nunca había estado tan enfadado. Si Brady hubiera seguido allí, lo habría matado.

—Lo sé, amigo mío; sé lo que estás pensando —continuó Todd—. Yo he tenido la misma idea, pero acabaríamos en la cárcel si matáramos a ese idiota.

Y no creo que la ropa de los presidiarios nos sentara bien.

Blair respiró hondo. Niki había estado a punto de perder la vida por culpa de su frialdad y su cobardía. Tenía miedo de envejecer con una mujer joven a su lado, que se vería obligada a cuidarlo y a verlo morir. Pero era ella quien había podido acabar en la tumba.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? Niki era una mujer enfermiza.

Necesitaba que alguien la cuidara, que la mimara, que le diera su amor.

Estaba tan obsesionado con sus propios temores que había olvidado sus problemas de salud y la había dejado en manos de un fanático de la comida sana, de un lunático que la había abandonado a su suerte.

Cuanto más lo pensaba, más se enfadaba.

—Si no te relajas, se te van a atrofiar los músculos —le advirtió su amigo—. ¿Te apetece un café?

Blair asintió.

—Sí, supongo que me vendría bien.

—Y a mí. Vuelvo enseguida.

Todd sonrió a su hija y se fue.

—Cometí una estupidez, Blair. Bueno, varias estupideces, pero no volveré a cometer ese error —dijo ella, tan dominada por el sentimiento de culpa como él—. Deberías volver otro día, cuando las cosas se hayan calmado. No creo que mi padre esté de humor para hablar de negocios.

—No he venido a hablar con tu padre.

Blair dio un paso adelante, y Niki cerró los ojos.

—Mírame, Niki.

—No puedo. Estoy demasiado cansada, y no quiero hablar en este momento.

Blair escudriñó su rostro, pensando en la alegre y despreocupada jovencita que había sido.

—Me he portado mal contigo, Niki —dijo con solemnidad—. No sé ni cómo empezar a disculparme.

—No importa. Ya no importa nada.

Él frunció el ceño.

—Niki...

Niki giró la cabeza intentando ocultarle sus lágrimas, pero no fue lo suficientemente rápida. Un momento después, notó el aroma de su colonia y, a continuación, el calor de sus labios en sus ojos cerrados.

—Por favor —continuó él—. Me siento tan mal que sería capaz de pegarme un tiro.

—No es culpa tuya.

—Claro que lo es —insistió, cubriéndola de besos—. Lo siento, cariño. Lo siento muchísimo.

Ella se puso a llorar desconsoladamente, y Blair hundió la cara en su pelo y se lo empezó a acariciar. Estaba tan desesperado que la enfermera que llegó poco después dio media vuelta y se marchó, incómoda.

Niki se tranquilizó al cabo de un rato. Él sacó un pañuelo y le secó las lágrimas.

—Si dejas de llorar, te prometo que te compraré un collar de cuero que vaya a juego con tu pulsera.

Ella lo miró con tristeza, aunque sonrió antes de volver a apartar la vista.

Estaba mucho peor de lo que Blair podía imaginar, y no solo porque siguiera convencida de que no la amaba. Creía que tenía cáncer, y no quería que pasara por eso. Habría sido tan innecesario como cruel.

—Discúlpame. Han pasado muchas cosas, y se me han venido encima de golpe —se excusó ella.

Blair entrecerró los ojos. Cualquiera se habría dado cuenta de que Niki estaba asustada. Pero, ¿por qué? Se iba a poner bien. No había pasado nada.

¿Por qué tenía miedo? Y, sobre todo, ¿de qué?

Blair no sabía lo que estaba pasando, y eso fue motivo suficiente para que alcanzara una silla y se sentara junto a la cama.

—Es mejor que te marches —dijo Niki.

—No me voy a ir hasta que tu amigo se suba a ese avión y desaparezca —replicó, aún con ira en los ojos.

—Estoy bien, Blair.

Él suspiró y le agarró la mano.

—No, no lo estás. Sé que te pasa algo, algo más que tu crisis de asma.

Niki apartó la mirada por enésima vez, disipando las dudas de Blair, que la tomó de la mano.

—Niki, no habría llegado a donde estoy si pasara por alto los detalles —declaró con suavidad—. Dices que te olvidaste el inhalador y el teléfono móvil, ¿verdad? Pues bien, no te creo. No es propio de ti. Podría creer que olvidaras una cosa, pero no las dos.

Niki se ruborizó e intentó apartar la mano. Sin embargo, Blair se lo impidió.

—Tienes miedo de algo y no se lo quieres decir a tu padre —continuó—.

¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Ella tragó saliva.

—No es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío? —preguntó, desconcertado con su respuesta—. Antes lo era. Antes éramos amigos.

—Sí, hasta lo de Cancún.

Blair se inclinó hacia delante y le besó los dedos.

—Ese fue el peor de todos los errores que he cometido a lo largo de mi vida —se lamentó.

—No, es el peor de los míos —afirmó ella, sacudiendo la cabeza—. Fue culpa mía. Dejamos de ser amigos por mi culpa.

—No digas eso, por favor —le rogó, atormentado—. Tú no hiciste nada malo. Perdí la cabeza, y sentía tanta vergüenza que me fui sin decir una palabra.

—Dijiste muchas cosas, Blair. Por ejemplo, que solo estaba encaprichada de ti.

—Oh, Dios mío...

—No pasa nada —dijo ella con una sonrisa débil—. Tenías razón. Era un simple capricho.

Blair alzó la cabeza y contempló sus pálidos ojos.

—Sí, dije más cosas de las que debía, cosas que ni siquiera pensaba, pero las dije porque creía que era lo mejor para ti —declaró, besando otra vez su mano—. Quería que fueras feliz, Niki.

—Y yo que tú lo seas —replicó—. Janet es una mujer encantadora, y os conocéis desde hace mucho tiempo. Ella cuidará de ti.

Blair entrecerró los ojos.

—Nunca le dijiste que quisieras seducirme. Se lo inventó. ¿No es cierto?

Niki guardó silencio.

—Me ha estado siguiendo a todas partes durante varias semanas —prosiguió él—, y no precisamente porque yo la anime. De hecho, he adelantado mi vuelta a los Estados Unidos con intención de quitármela de encima. Pero es muy insistente. Siempre lo ha sido.

Blair se levantó de la silla y añadió:

—¿No se te ha ocurrido nunca que, si hubiera querido casarme con ella, me habría casado cuando estábamos juntos?

Ella se mordió el labio inferior.

—A veces, la gente no ve lo que tiene delante de las narices.

—Y a veces lo ve de sobra y en el momento oportuno —puntualizó él—.

Aún tengo tu bañador, ¿sabes?

—¿Qué?

—Tu bañador —repitió Blair—. Lo metí en la maleta y lo guardé en el armario de mi casa.

Niki se puso completamente roja.

—¿Cómo? Pero, ¿por qué? Dijiste que...

—Sí, ya hemos acordado que dije demasiadas cosas —la interrumpió—. Si pudiera borrarlas de tu memoria, las borraría; pero no puedo. Tenemos que seguir adelante y pensar en el futuro.

Ella se quedó completamente confundida.

—Pero lo primero es lo primero —siguió Blair—. ¿Qué pasa, Niki? ¿Por qué saliste al campo sin el inhalador ni el teléfono?

Niki ya se disponía a inventarse una historia cuando la puerta se abrió y apareció su padre, con dos tazas de café.

—Un capuchino para ti y uno con leche para mí —anunció, dando el suyo a Blair—. Lo siento, cariño, pero las enfermeras me ahorcarían si compartiera mi café contigo.

—En ese caso, que me ahorquen a mí —dijo Blair, llevando su taza a los labios de Niki—. A tu hija le encantan los capuchinos.

Niki tomó un sorbito y lo miró a los ojos. Blair sonrió. Y Todd fingió que no era consciente de lo que había entre ellos.

—Gracias —dijo ella.

Blair clavó la vista en sus labios, y lo hizo de un modo tan intenso que le arrancó un estremecimiento de placer.

—En fin, será mejor que me vaya. Quiero hablar con Ed Jacobs. Pero

volveré más tarde.

—Si quieres que contrate a unos matones, olvídalos —bromeó Todd—.

Jacobs no tiene contactos en los bajos fondos.

—Pues es una pena.

Blair sonrió y se fue.

—Tu amigo va a tener un ojo morado cuando se levante mañana —afirmó Todd, sentándose en la silla que había dejado su amigo.

—Blair da miedo cuando pierde los estribos.

—No los pierde nunca, no hasta el extremo de hacer barbaridades. Si los hubiera perdido de verdad, estaría en prisión por asesinato —comentó su padre—. Por cierto, Edna me ha rogado que te pida disculpas en su nombre.

Estaba tan alterada que Blair se dio cuenta de que había pasado algo y le sacó la verdad.

—Ya no tiene importancia. Aunque puede complicar las cosas.

Todd frunció el ceño.

—¿A qué cosas te refieres?

—A Janet.

—Ah, Janet... —Todd sacudió la cabeza—. Blair ha hecho todo lo posible por librarse de ella. No tendrá más remedio que darse por enterada.

—Lo dudo mucho. Blair es rico, y ella también quiere serlo. Además, se llevaban bien antes de que Bernice muriera, ¿no?

—Porque Bernice quería que se llevaran bien, y Blair habría hecho cualquier cosa por darle satisfacción —replicó—. Pero, si no hubiera fallecido, se habría dado cuenta de que Janet no quiere a su hijo. Está haciendo lo mismo que hizo Elise. La vida es increíblemente dura.

—Y, para empeorar las cosas, te mueres al final.

Niki lo dijo en tono de broma, soltando una carcajada. Intentaba animar a su padre, porque era una frase recurrente de una serie de televisión que le gustaba mucho.

—¿Puedo decirte una cosa? —preguntó Todd.

—Por supuesto.

—Los hombres no se enfadan tanto con tipos como Brady si no se dan determinadas circunstancias. Les tiene que importar.

—Bueno, es lógico que se haya enfadado con él. Blair es amigo mío.

—No, Niki, Blair es bastante más que un amigo. Lo sabes de sobra.

Niki no llegó a decir nada, porque Blair volvió en ese momento.

—¿A qué viene esa sonrisa? —dijo Todd—. ¿Jacobs ha contratado a un matón?

—No, pero ha visto a Brady en el aeropuerto —contestó Blair, mirando a Niki—. Al parecer, ha comprendido que solo estará a salvo si se aleja de mí.

Capítulo 10

Blair se negó a salir del hospital. Una enfermera particularmente beligerante intentó impedir que estuviera en la habitación de Niki fuera del horario de visitas, pero Blair se limitó a sacar el teléfono, llamar al director del centro y pasárselo a su subordinada, quien no tuvo más remedio que obedecer a su jefe.

—No deberías haber hecho eso —protestó Niki—. Intimidás a la gente.

Él se encogió de hombros.

—Es posible, pero no te voy a dejar sola —replicó, mirándola—. Estaré a tu lado hasta el final.

Niki sonrió al oír la frase, que era de una de las películas de la serie del Capitán América. La habían visto juntos pocos meses antes, y les había gustado.

—Es una buena película —continuó Blair—. La historia de una amistad que sobrevive al tiempo y las circunstancias.

—Bueno, a mí no me llamaba la atención el Capitán América hasta que vi *Los Vengadores*. Mi interés por él empezó en ese momento. Es un personaje interesante, como el actor que lo interpreta.

—Sí que lo es —declaró, ladeando la cabeza—. ¿Cuándo vas a confiar en mí, Niki? Y no me digas que ya confías, porque hay secretos que no compartes conmigo.

La sonrisa de Niki se esfumó.

—Porque hay secretos que deben seguir siéndolo. Además, ya has tenido

demasiadas mujeres en tu vida, ¿no?

—Muchas, sí, excepto la adecuada —contestó—. Me alejé de ella pensando que lo hacía por su bien, y mira cómo hemos terminado.

Niki no dijo nada.

—Puedo conseguir que los mejores especialistas del mundo analicen tu caso —dijo Blair de sopetón—. Si no quieres que tu padre se entere, no se enterará.

Ella se mantuvo en silencio, aunque se puso tan nerviosa que tuvo que morderse el labio para controlarse.

—Hablaremos más tarde, cuando hayas salido del hospital —continuó él, levantándose de la silla—. Sé que últimamente no te he dado motivos para que te fíes de mí, pero me volveré a ganar tu confianza si me concedes una oportunidad. He sido el hombre más desdichado del mundo desde que volví de México.

Ella derramó una solitaria lágrima.

—Si solo quieres mi amistad, te la daré de todas formas. No es lo que yo quiero, pero estoy dispuesto a aceptar lo que sea con tal de que vuelvas a formar parte de mi vida, Niki.

—¡Pero si fuiste tú quien se alejó de mí! —exclamó ella, perdiendo los estribos—. ¡Te burlaste de mis sentimientos!

—Te mentí. No sé si podrás perdonarme, pero te mentí —se justificó él—.

Estoy a punto de cumplir los treinta y nueve.

—¿Y eso qué tiene qué ver? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Te saco dieciséis años, Niki. Puede que ahora no te parezca importante, pero lo será en el futuro.

—¿Para quién? A mí no me importa.

—Porque eres muy joven y no lo comprendes —afirmó—. Brady no es el hombre adecuado para ti, pero el mundo está lleno de hombres de tu edad que podrían serlo. Estás a tiempo de encontrar a uno que cuide de ti.

—Puede que ese sea el problema. Dan dice que me he acostumbrado a que cuiden de mí, y que debería valerme por mis propios medios —dijo Niki—.

Quizá sea verdad. Desde luego, no hago todo el ejercicio que necesito, y a veces como bastante mal.

—¿Quieres que cite lo que dijo Jacobs al respecto? Porque puedo citar sus palabras, aunque me arriesgaría a que me echaran del hospital por abuso de lenguaje obsceno —bromeó Blair—. Ni el ejercicio ni las dietas ni los suplementos vitamínicos hacen milagros. Y, por supuesto, no curan enfermedades tan graves como la artritis reumatoide de su hija.

Ella cambió de posición en la cama, incómoda.

—Tendría que haberle dado un puñetazo más fuerte —sentenció él.

—Oh, Blair... —dijo ella, mirándolo con ojos brillantes.

Blair la admiró durante unos segundos. Estaba verdaderamente guapa.

—*Maste*.

—¿Cómo? —preguntó Niki.

—Es una palabra del lakota. Uno de los miembros de mi equipo de seguridad es un lakota de Dakota del Sur, y me ha enseñado varias palabras de su idioma —le explicó—. Significa sol, lo que siempre he pensado cuando te miro. Eres como la luz del sol.

Los ojos de Niki brillaron un poco más. Pero, en lugar de darle las gracias por el halago, dijo:

—Pareces cansado.

—He estado viajando mucho, más de lo que debería. He aceptado compromisos que podría haber delegado perfectamente —le explicó—.

Estaba intentando huir de mi conciencia. Algo imposible, por supuesto; pero me daba la posibilidad de hacer algo mientras me atormentaba.

—¿Sobre qué?

—Ya lo sabes, Niki. Lo sabes muy bien —contestó, entrecerrando los ojos—. Probarte una vez no fue suficiente.

Ella gimió, cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Janet te dijo que intenté seducirte para arrastrarte al matrimonio, ¿no?

—Sí, pero mintió. Y, aunque tú no lo admitas, los dos sabemos que es

verdad.

—Yo no sería capaz de hacer algo tan canallesco —le confesó Niki—.

Supuse que lo deducirías por cuenta. Me conoces demasiado bien.

Él se acercó a la ventana y contempló el exterior para que Niki no viera su mirada de angustia.

—Como ya he dicho, decidí creerla porque me convenía —declaró, tocando la polvorienta persiana—. Me dio una razón para huir, para alejarme de ti antes de cruzar una línea peligrosa.

Niki no estaba segura de entender lo que decía, así que guardó silencio con la esperanza de que se explicara; pero no lo hizo.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otra ocasión. Te traerán la comida dentro de poco.

—Tú también deberías comer. Baja a la cafetería y tómate algo. No es necesario que estés aquí todo el tiempo.

Blair se acercó a la cama.

—No te puedo dejar. No encontraría paz en ningún otro sitio.

Los ojos de Niki se humedecieron otra vez. Últimamente, no dejaba de llorar; quizá, como consecuencia del trauma que había sufrido. Pero, antes de que pudiera decir nada, apareció una enfermera con una bandeja.

—Déjeme que adivine el menú. ¿Sopa y gelatina? —dijo Niki, resignada.

—No. Algo mucho más interesante —replicó la recién llegada, que alzó la tapa de la bandeja.

—¿Estofado de carne? ¡Mi comida favorita! ¡Y helado de fresa!

La enfermera lanzó una mirada de complicidad a Blair.

—El director del hospital se ha enterado de que le gusta y ha pensado que le sentaría bien. Disfrútelo.

La mujer volvió a mirar a Blair y se marchó.

—Esto ha sido cosa tuya —dijo Niki—. No lo niegues.

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Bueno, les acabo de donar un aparato de resonancia magnética. Están

encantados de concederme algún capricho.

La mención del aparato reavivó la angustia de Niki, que dejó de sonreír.

—Oh, vamos, no dejes que se te enfríe. No sé lo que te pasa, pero seguro que puedes preocuparte después.

—Es que...

—Venga, come.

Niki no reaccionó, así que él alcanzó un tenedor, pinchó una patata y se la llevó a los labios. Ella abrió la boca y mascó la patata sin dejar de mirarlo, fascinada. De hecho, dejó que le diera la comida poco a poco, desde el estofado hasta el helado de fresa. Y no dejó de mirarlo en ningún momento.

Luego, cuando ya le habían retirado la bandeja y dado la medicación que necesitaba, Blair la tapó cariñosamente con la manta.

—Intenta dormir. Yo estaré a tu lado.

—No puedes dormir en una silla.

—Protesta todo lo que quieras, pero no servirá de nada. No te dejaré sola.

Blair se inclinó, le dio un breve y dulce beso en los labios y, a continuación, se sentó en la silla y la tomó de la mano.

Poco después, Niki se quedó dormida.

Cuando despertó, Blair seguía en la misma silla. Se había quedado dormido, pero se despertó al instante, como si se hubiera dado cuenta de que lo estaba observando.

—Deberías haberte ido a casa —dijo ella.

—Me iré a casa cuando tú te vayas.

Blair se levantó, se estiró y se pasó una mano por la mandíbula. No se había afeitado, y ya tenía sombra de barba.

—Bueno, quizá sea mejor que me tome un pequeño descanso para afeitarme y darme una ducha. Pero volveré después de que te hayan servido el desayuno —le prometió—. No intentes escapar.

—Descuida.

Blair le dio un beso en la frente y salió de la habitación, contento. A pesar de

lo que había hecho, a pesar de los errores que había cometido, Niki le había perdonado.

Un par de minutos después, se subió al coche y se dirigió al rancho de los Ashton.

Todd estaba desayunando cuando llegó y, naturalmente, se interesó por la salud de su hija.

—¿Qué tal está?

—Mucho mejor. Le iban a llevar el desayuno en cualquier momento, así que he aprovechado para venir a afeitarme y darme una ducha.

—Pues aprovecha también para desayunar —dijo Todd, sonriendo—. Por cierto, he hablado con Fred Norris y me ha dicho que te puede poner una cama en la habitación de Niki.

Blair sacudió la cabeza.

—Me estoy castigando a mí mismo. ¿No te habías dado cuenta? Me he portado mal con ella, y tengo que pagar por lo que he hecho.

—Lo comprendo, pero se duerme mejor en una cama.

—No es necesario. Además, le darán el alta dentro de poco.

—Como quieras.

Blair miró a su amigo con intensidad.

—Tu hija te está ocultando algo, y es algo que le preocupa mucho. No me lo quiere decir, pero se me ha ocurrido que la podría llevar a mi casa cuando se recupere. Solo serían unos cuantos días. Jameson la mimará, y yo haré lo posible por sacárselo.

Todd respiró hondo.

—Sí, ya me había dado cuenta. Y tampoco me lo quiere contar a mí —le confesó—. Estoy seguro de que Fred sabe lo que pasa, pero se atiene al secreto profesional y se niega a decírmelo.

—Déjalo en mis manos. Encontraré la forma —dijo Blair—. ¿Qué tipo de cosas le gustan? ¿El chocolate y la bollería artesanal? Compraré de todo y, cuando se lo coma, le diré a Jameson que prepare más. Si hace falta, se lo

sacaré a base de capuchinos.

Justo entonces, sonó el teléfono de Blair. Era Janet, pero decidió contestar de todas formas.

—¿Sí?

—Hola, Blair. Me estaba preguntando si te apetece que pase unos días en tu casa —contestó con voz sensual.

—Lo siento, pero espero visita.

—Ah, vaya. ¿Quizá en otra ocasión?

—Quizá. Pero será mejor que te busques otro hombre, porque empiezo a estar harto de que me acoses. Tengo entendido que mi abogado te llamó por teléfono y te advirtió sobre las posibles consecuencias penales —dijo Blair—.

Además, conozco al presidente de la compañía para la que trabajas. Si yo fuera tú, lo tendría presente.

Janet se quedó atónita.

—Pero yo pensé que... No te entiendo, la verdad. Me llevaste a cenar en Nueva York y me regalaste diamantes.

—Los diamantes eran una forma caballerosa de decirte que lo nuestro había terminado —replicó él—. No quería ponerme duro, pero no me has dejado otra salida.

—Es por Niki, ¿no? Lo siento mucho, Blair. Dejé que las cosas se me escaparan de las manos. Tenía la esperanza de que retomáramos nuestra antigua relación, y supongo que me excedí. Lo siento de verdad.

Él guardó silencio.

—En fin, no te volveré a molestar —continuó ella.

—Te lo agradecería mucho.

—Adiós, Blair. Espero que seas feliz.

Blair colgó el teléfono sin despedirse.

—¿Era Janet? —preguntó Todd.

—Sí, hay mujeres que no se rinden nunca.

—Qué envidia. Yo nunca he tenido ese problema —dijo Todd con humor—. Pero soy más fácil que tú. Las mujeres hacen conmigo lo que quieren, como si fuera una simple baratija.

—¿Sabes una cosa? Cuando estuvimos en Yellowstone, compré a Niki una pulsera de cuero con un pedacito de asta de ciervo. Le pareció el objeto más bonito de una tienda que estaba llena de joyas. ¡Qué diferencia con Elise! La llevé en nuestra luna de miel, y eligió las turquesas más caras del establecimiento. Pero ni siquiera me dio las gracias.

—¿Ya has solucionado ese problema?

Blair se encogió de hombros.

—He contratado a un detective privado. Puede que lo conozcas... Dane Lassiter, de Houston.

—No, pero he oído hablar de él.

—Hay algo raro en todo esto. Le doy más dinero del que se puede gastar, pero siempre quiere más —dijo—. Al principio, pensé que era simple avaricia. Y luego se me ocurrió la posibilidad de que alguien la estuviera extorsionando.

Todd frunció el ceño.

—¿Extorsionándola? ¿Con qué? Elise no ha hecho nada en toda su vida. Ni siquiera trabaja.

—Te equivocas. Es actriz, y está trabajando en una obra de teatro. Se lleva un porcentaje de los beneficios, lo cual significa que, si tiene éxito, sacará una buena tajada. Por lo visto, siempre quiso ser actriz. Es el sueño de su vida.

—Puede que se le dé bien. Además, es una mujer muy bella.

—No como Niki. La belleza de Elise se limita a su exterior, pero tu hija es bella por dentro y por fuera —dijo con vehemencia—. Es como la luz del sol.

Todd alcanzó su café y se lo llevó a los labios, fingiendo que no había notado el apasionamiento de su amigo.

—Tengo el equipaje en el coche —prosiguió Blair—. ¿Me puedo quedar unos cuantos días?

Todd rio.

—Por supuesto, aunque solo sea para que te afeites —bromeó—. Empiezas a parecer un oso.

De repente, Blair se acordó de las Navidades que había pasado en el rancho y de un suceso que había llamado su atención.

—¿Qué pasó con aquel vaquero que se negaba a comprar muñecas a su hija porque siempre había querido tener un niño?

—¿Te refieres a Roy Blake? Ya se le ha pasado esa tontería. Cambió de actitud cuando tuvo un hijo. Ahora, Daisy tiene todas las muñecas que quiere.

—Me alegro por ella.

—A Niki siempre le han gustado los niños, ¿sabes? Cuando era más joven, se metía en las tiendas de productos para bebé cada vez que salíamos del rancho —le confesó.

A Blair se le encogió el corazón. Él también quería ser padre, y estaba seguro de que Niki sería una madre maravillosa.

—Bueno, me voy a duchar. Gracias, Todd.

—De nada.

Niki estaba sentada en la cama del hospital, leyendo una novela romántica, cuando Blair apareció. Se había cambiado de ropa, y llevaba unos pantalones oscuros y un polo amarillo.

—Tienes mejor aspecto —dijo ella.

—Y tú. ¿Cómo te encuentras?

Blair se inclinó y le dio un beso en los labios.

—Bastante bien, gracias. Fred me ha dicho que me darán el alta mañana, si no surgen complicaciones.

Blair se sentó en su silla habitual.

—¿Te apetece venir a mi casa y quedarte unos cuantos días?

Ella dudó.

—Jameson es muy discreto, aunque está todo el tiempo —continuó él, sonriendo—. Pero, si te incomoda lo que pueda decir la gente, pondré un

cerrojo en tu habitación y diré que eres un familiar lejano.

Niki se ruborizó.

—Oh, deja de tomarme el pelo.

Él soltó una carcajada.

—No te preocupes, que no pasará nada. Te llevaré a Hardin y te enseñaré Little Bighorn, pero asegurándome de que lleves el inhalador y el teléfono móvil. No queremos que los olvides otra vez.

—No sé qué decir, Blair.

Él la tomó de la mano.

—Tu padre no lo sabrá —dijo—. Sin embargo, tienes que decirme lo que te pasa. Sea lo que sea, encontraré la forma de arreglarlo.

—¿Y si no lo puedes arreglar?

Blair la miró con temor. Por primera vez, estaba asustado.

—¿Qué ocurre, Niki?

Ella apartó la mirada.

—No quiero hablar de eso. Todavía no.

—Pero me lo contarás, ¿verdad?

Niki guardó silencio durante unos segundos, al cabo de los cuales asintió.

A fin de cuentas, tenía que decírselo a alguien. Y como seguía pensando que Blair solo quería ser amigo suyo, se dijo que no tendría tanta importancia.

—Está bien, pero con la condición de que mi padre no se entere.

—Te doy mi palabra.

—Y yo espero que la cumplas.

La enfermera que había salvado a Niki pasó por el hospital esa misma mañana. Trabajaba en Billings, pero había ido a Catelov a ver a una amiga, y decidió acercarse a saludar.

—Tienes mucho mejor aspecto —le dijo.

Blair estaba sentado en la silla, pero se levantó como el caballero que era y sonrió a la mujer.

—Blair, te presento a Nancy, la maravillosa enfermera que se quedó

conmigo y me dio café mientras esperábamos el helicóptero.

—Su padre y yo estamos en deuda contigo —afirmó él, estrechándole la mano.

—No es para tanto —dijo Nancy, restándole importancia—. Aunque me gustaría dar una buena bofetada al joven que pensó que estaba fingiendo.

—No te preocupes por eso. Le di un puñetazo en tu nombre.

—¡Bien hecho!

—Menos mal que sabías lo que hay que hacer en esos casos. Y menos mal que tenías GPS en el teléfono.

—Viene bien cuando sales de excursión. El senderismo me encanta. El aire libre puede hacer milagros... Salvo que tengas asma y los niveles de polen estén por las nubes, claro está.

Niki se ruborizó.

—Fue culpa mía. Dejé que Dan me convenciera.

—Dan es un idiota. Uno de estos días, prescribirá algún hierbajo a una persona con una enfermedad grave y terminara ante los tribunales de Justicia —afirmó Nancy, sacudiendo la cabeza—. Las plantas medicinales son buenas para algunas cosas, pero el fanatismo puede llegar a ser extremadamente peligroso.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Blair.

—Por cierto, tengo la sensación de que nos conocemos de algo...

Blair entrecerró los ojos y asintió.

—Sí, a mí me pasa lo mismo.

Nancy se quedó pensativa durante unos segundos. Luego, soltó una carcajada y dijo:

—¡Pues claro! ¡Eres Blair Coleman! Conocí a tu madre cuando hacía las prácticas de enfermería. La acababan de operar, y estuve unas cuantas veces en vuestra casa, ocupándome de ella. Era una mujer magnífica —dijo, sacudiendo la cabeza—. Le preocupaba que me hiciera daño al levantarla de la cama. Se preocupaba por todo el mundo.

—Y te quería mucho, si no recuerdo mal.

La enfermera, una rubia de cincuenta y tantos años, sonrió.

—Ahora trabajo en el hospital de Billings, así que ya no hago visitas privadas —explicó—. En fin, me alegro de que estés mejor, Niki. Tenía miedo de que el helicóptero no llegara a tiempo... Si vuelves a salir al campo, llévate un buen termo de café.

—Me lo llevaré —le prometió Niki.

Nancy volvió a sonreír.

—Cuídate, preciosa.

—Gracias por todo, Nancy. No te olvidaré nunca.

—Ni yo me olvidaré de ti —dijo—. Adiós, Blair.

—Adiós.

Nancy se fue entonces, dejándolos nuevamente a solas.

—Mi padre y yo tendríamos que hacer algo por ella —dijo Niki.

Blair sonrió.

—No, tu padre, tú y yo.

Fred pasó a última hora de la tarde, y le pareció divertido que Blair siguiera sentado en la incómoda silla de hospital.

—Tus resultados no podían ser mejores —informó a Niki—. Te daremos el alta por la mañana, pero quiero que te lleves el respirador. ¿Tienes albuterol en casa?

—Sí, claro.

—Pues tómalo dos veces al día y sigue con los antibióticos y los esteroides que te prescribí. ¡Ah, y no salgas al campo sin mascarilla!

Niki suspiró.

—Está bien...

El médico se giró hacia Blair.

—No permita que ese cretino se vuelva a acercarse a ella.

—Descuide. Se ha ido a California.

Fred lo miró con intensidad.

—Tengo entendido que tuvo una pequeña trifulca con él, y que le dejó unas cuantas magulladuras.

—Solo le pegué un puñetazo. Pero, si hubiera sabido entonces lo que hizo, se habría llevado unos cuantos más.

El médico volvió a mirar a Niki.

—¿No has cambiado de opinión sobre lo que hablamos?

—No —contestó ella.

—No sé lo que está pasando, pero la voy a sobornar con tantos dulces que terminará por contármelo —intervino Blair—. Le he prometido que no se lo diré a su padre.

—Espero que sea verdad, porque está cometiendo un error. Pero se niega a hacerme caso.

—Bueno, seguro que yo tengo más suerte, ¿verdad, cariño?

Niki no dijo nada. Estaba perdida en la negra ternura de sus ojos.

Blair y su padre pasaron a recogerla al día siguiente. Y Niki, que estaba esperando en la silla de la habitación, sonrió de oreja a oreja.

—¿Los dos? ¿Teníais que venir los dos?

—Era necesario. Yo tengo que conducir, y Blair tiene que sostener la escopeta por si aparece Brady y hay que pegarle un tiro.

—¡Oh, Dios mío! ¡Me acabo de acordar de mi trabajo! Jacobs no sabe que he estado en el hospital.

Blair le dirigió una mirada apreciativa. Llevaba el pelo suelto, y se había puesto una camisa blanca y unos vaqueros que le quedaban de maravilla.

—Jacobs lo sabe perfectamente. Ha contratado a una trabajadora temporal y, por otra parte, tienes una baja de dos semanas —le informó—. Se puso tan contento cuando se enteró de que tu amigo se había marchado a California que habría aceptado cualquier cosa.

—Pobre hombre. Imagina lo que debe sufrir con su hija.

—Bueno, estoy seguro de que los médicos encontrarán una cura —intervino su padre—. Para ella y para ti.

—Ojalá.

Niki apartó la vista, angustiada; pero su angustia no se debía a su problema de asma, sino al asunto que mantenía en secreto. Y Blair se dio cuenta.

Aún tosía un poco, aunque a Fred no le había parecido motivo suficiente para mantenerla en el hospital. Sin embargo, se negó taxativamente a que viajara a Billings en avión, así que Blair hizo los preparativos necesarios para llevarla en limusina pocos días después.

—Te he preparado una tarta —anunció Edna cuando los acompañaron al coche—. Es tu preferida y, según creo, también es la preferida del señor Coleman. Le estoy tan agradecida que haría lo que fuera por él.

—¿Agradecida? ¿Por qué? —preguntó Blair.

—Por haberle pegado un puñetazo a Dan Brady. Me habría gustado pegárselo yo misma —contestó—. Oh, quizá no debería haber dicho eso...

Lo siento.

—No lo sientas. A mí también me apetecía —dijo Niki, que le dio un beso en la mejilla—. No estaré fuera mucho tiempo. ¡Iremos a ver el campo de batalla de Little Bighorn!

—Con un inhalador, un teléfono móvil y una mascarilla —puntualizó Blair.

Su padre rio y le dio un abrazo.

—Diviértete. Nos veremos cuando vuelvas.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, peque. Que tengáis un buen viaje.

Blair dio las maletas al chófer, quien las metió en el maletero. Luego, abrió la portezuela a Niki y, a continuación, se sentó al volante y arrancó.

Niki no conocía bien la casa de Blair. Había estado una vez, cuando fueron a buscarle para llevarle al rancho, pero solo había visto el despacho y el salón de la enorme mansión, que resultó ser maravillosa. Tenía una piscina interior, y hasta un invernadero con plantas tan exóticas como las orquídeas.

—Esto es increíble —dijo ella, asombrada.

—Añadí la piscina y el invernadero hace dos años.

—¿Por Elise?

Él sacudió la cabeza.

—No, por ti —afirmó—. Elise no llegó a pasar ni una sola noche en mi casa. Odiaba Billings. Quería vivir en París o Nueva York.

—A mí no me gustan las ciudades grandes.

—Ni a mí. Prefiero Billings. O Catelow. Al fin y al cabo, Montana y Wyoming tienen muchas cosas en común, empezando por los grandes espacios abiertos, donde no te encuentras con nadie.

Ella sonrió y acarició una de las plantas.

—Siempre me han encantado las orquídeas.

—Me recuerdan a ti, ¿sabes?

Niki lo miró.

—El broche que me compraste no estaba en la joyería, ¿verdad?

Él se encogió de hombros, sonriendo.

—No, claro que no. Lo encargué especialmente para ti —dijo—. Eres igual que esa flor. Necesitas muchos cuidados.

Niki se mordió el labio inferior y se alejó hacia los gigantescos ficus.

—No pretendía criticarte —se apresuró a decir Blair—. Solo digo que necesitas que te cuiden.

—Lo sé —dijo ella, suspirando—. Mis pulmones nunca han estado bien. Y ahora, por si fuera poco... No sé qué hacer, Blair. Estoy muy asustada.

Él le puso las manos en las mejillas.

—Cuéntamelo.

—¿Sabes cómo murió mi madre?

—Sí. Tu padre me lo dijo.

—Descubrieron que tenía una mancha en un pulmón. Era minúscula, pero resultó ser un cáncer. La sometieron a todo tipo de tratamientos, y la operaron varias veces. Los médicos afirmaban que se pondría bien —declaró, sacudiendo la cabeza—. Murió de forma agónica, haciendo esfuerzos por respirar. Yo estaba con ella. Solo tenía siete años.

Blair respiró hondo y la abrazó.

—Eso no lo sabía.

—Papá no habla nunca de ese tema. Se desespera cuando lo recuerda. La quería muchísimo.

Blair la miró con intensidad.

—¿Qué es lo que no quieres que sepa, Niki? ¿Tiene algo que ver con las pruebas que te hiciste antes de ir de excursión?

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en el pecho de él.

—Oh, he sido tan egoísta, tan cobarde... No quería que mi padre volviera a sufrir una agonía como la de mi madre. No quería someterlo a esa tortura.

Pensé que era mejor que me fuera con rapidez, sin causar problemas. Pero he hecho daño a mucha gente, y no me lo puedo perdonar.

Él tragó saliva.

—¿Qué estás insinuando, Niki?

Niki no sabía cómo decirlo, de modo que guardó silencio. Sin embargo, él le levantó la cabeza y clavó la vista en sus ojos grises.

—Cuéntamelo de una vez —le ordenó.

Ella tomó aire y dijo:

—Tengo una mancha en los pulmones.

Capítulo 11

Blair se quedó atónito, tan inmóvil como una estatua. Pensó en todo el tiempo que había perdido, siempre huyendo de ella. Y ahora, cabía la posibilidad de que no tuvieran tiempo en absoluto.

¡Qué estúpido había sido!

—¿Qué te ha dicho Fred?

—Quiere que me haga más pruebas, pero no le veo el sentido. No pasaré por lo que tuvo que pasar mi madre. ¡No pondré a mi padre en esa situación!

—Escúchame, Niki. Te buscaré a los mejores especialistas del mundo.

Encontraremos una cura.

—Eso es lo que más miedo me da, que la encontremos.

—No te entiendo...

—Si me someten a radiación, no podré quedarme embarazada —dijo, al borde de las lágrimas—. ¡Siempre he querido tener hijos! ¡Ya no podría cumplir mi sueño! Además, me abrirán y me coserán una y otra vez, hasta convertirme en una sombra de lo que fui. Me operarán tantas veces como sea necesario, y acabaré muerta de todas formas.

—¡No! ¡Eso no pasará!

—No puedes vencer al cáncer, Blair. ¿Es que no lo comprendes? Intenté ahorrar ese sufrimiento a mi padre. Me dejé el inhalador en casa a sabiendas de que los índices de polen estaban muy altos. Ni siquiera pensé que sería una forma horrible de morir. Y me siento tan mal por lo que hice... ¿Cómo es

posible que fuera tan irresponsable?

—Estabas asustada, Niki. Es comprensible. Pero la vida es la vida, y tienes que disfrutar de ella mientras la tengas.

—Yo...

—No tienes que decidirlo ahora —la interrumpió—. Jameson le ha pedido al cocinero que prepare algo especial. Cenaremos, veremos una película y te acostarás. Hablaremos mañana.

—No voy a cambiar de opinión.

Él arqueó una ceja.

—¿Es una mancha grande?

—No lo sé. No lo pregunté.

—¿Y Fred está seguro de que es cáncer?

Ella dudó antes de contestar.

—No, no lo está. De hecho, dijo que puede ser otra cosa. Pero con el historial de mi madre...

Blair la abrazó.

—Bueno, si es un tumor pequeño, es posible que lo puedan extraer para que te quedes embarazada antes de que llegue a ser peligroso.

—¿Tú crees? —preguntó, mirándolo con esperanza.

—No lo sé, pero lo averiguaremos. Tengo un amigo que es oncólogo. Lo llamaré para que venga a vernos.

El rostro de Niki se iluminó.

—Hasta podría ir a una clínica de fertilidad —dijo.

—Lo discutiremos cuando llegue el momento —sentenció él.

—No sé qué decir, Blair. Aunque estés en lo cierto y pueda tener un hijo, ¿qué pasaría si muriera? Mi padre tendría que criarlo.

—En primer lugar, tenemos que saber a qué nos enfrentamos. Y aún no lo sabemos.

—Ese es el problema, que no sé si quiero saberlo. Cuando los médicos pronuncien la palabra que tanto temo, me hundiré.

Blair enterró la cara en su pelo. Él también quería tener hijos, y los quería tener con Niki. Pero eso no era tan importante como su salud. Y no iba a renunciar a ella sin pelear. Si al final tenía cáncer, encontraría la forma de curarla. Tenía que encontrarla. No imaginaba su vida sin aquella mujer.

—Bueno, vayamos paso a paso, ¿quieres?

Ella asintió.

—De acuerdo.

—Y dejarás de preocuparte hasta que sepamos algo más.

Niki le acarició la mejilla.

—Eres mi mejor amigo, Blair —dijo—. Gracias. Gracias por todo.

—Llamaré a mi amigo Trevor esta misma noche. Si tiene tiempo libre, le pediré que venga mañana. Fred y él se encargarán de que te hagan las pruebas necesarias en el hospital. Y, por supuesto, yo te acompañaré.

—¿Tiene que ser tan pronto?

—Cuanto antes, mejor —contestó—. Saber es mucho mejor que no saber.

No se puede luchar contra lo que no se conoce.

Ella respiró hondo.

—Está bien.

Él le dio un beso en la frente.

—Ser optimista no cuesta nada, ¿sabes?

Niki rio.

—No, supongo que no. Por cierto, me encanta tu casa.

Blair sonrió y le dio un beso en los labios.

—Y a mí me encanta que te encante. Pero vamos a ver lo que ha preparado el cocinero.

Niki volvió a sonreír.

—Buena idea.

Después de cenar, Blair se tomó dos vasos de whisky. Teóricamente, estaba viendo la misma película que Niki, pero estaba tan preocupado que no le prestaba atención.

En determinado momento, ella miró su vaso y frunció el ceño.

—Me relaja cuando tengo demasiadas cosas en la cabeza —explicó él—.

Me había tomado media botella el día que tu padre y tú vinisteis a rescatarme.

Creo recordar que fue el día de tu graduación.

—Menudo día. Recibí mi diploma y luego, me fui a casa de mi mejor amigo para impedir que hiciera una estupidez —dijo con una sonrisa—.

Siento que las cosas no te salieran bien. Estabas muy contento cuando le pediste a Elise que se casara contigo.

—Porque me recordaba a mi madre. Pero no se parecía nada a ella —declaró—. Y, cuando me di cuenta del error que había cometido, era demasiado tarde.

—Mi padre dice que siempre te está pidiendo más dinero.

—Es una mujer de gustos caros —dijo Blair, terminándose el segundo whisky—. Sin embargo, tengo la sensación de que hay algo extraño en el asunto. Creo que alguien la extorsiona.

—¿Te diría la verdad si se lo preguntaras?

—Depende. Si me da un motivo para dejar de darle tanto dinero, sospecho que no —respondió.

—¿Y qué hace con todo lo que le das?

—Gastárselo, claro. Es de las que quieren tener un Ferrari y cambiar de abrigo de pieles todos los años.

Niki lo miró como si estuviera hablando en otro idioma.

—En cambio, tú solo quisiste una pulsera de cuero con un trocito de asta —continuó él—. Podrías haber elegido cualquier objeto de la tienda, por caro que fuese. Pero Elise no es como tú.

—Yo nunca he querido joyas.

—Ah, mi pequeña y excepcional orquídea... —dijo él, pasándole un brazo por encima de los hombros—. Tendría que haber tirado a Brady por la escalera.

Niki le puso un dedo en los labios.

—Ya te he dicho que fue culpa mía. Dan no me obligó a ir de excursión.

Él le dio un beso en la mano.

—No había estado tan asustado en toda mi vida. Bueno, ni yo ni Edna.

Estaba llorando cuando la llamé.

—Pero si dijiste que fuiste a mi casa...

Él se encogió de hombros.

—Te mentí. La llamé por teléfono. Me sentía culpable por lo que había pasado entre nosotros, y quería pedirte disculpas —dijo, muy serio—. Es curioso cómo cambian las cosas. Cuando crees que ya no tienes tiempo, las ves mucho más claras.

—Cometí una estupidez, Blair.

—¿Cuál? ¿Comprarte ese bañador? Te quedaba muy bien. Estabas muy sexy. Pero no me pude controlar cuando te vi con él.

Niki lo miró con sorpresa.

—Sí, perdí el control en el mar —continuó—. Pero no tienes experiencia con los hombres, y no te diste cuenta.

Ella sacudió la cabeza, fascinada. Blair llevó una mano a su cuello, se lo acarició y bajó lentamente hasta cerrar los dedos sobre uno de sus senos.

—No sé lo que habría pasado si hubiéramos estado a solas. Creo que no habría sido capaz de refrenarme —le confesó.

Niki parpadeó, desconcertada.

—¿Se puede hacer el amor así? ¿De pie?

Blair la miró con humor.

—Por supuesto que se puede.

Ella clavó la vista en sus labios y se los acarició.

—Me sentí tan avergonzada de lo que había hecho...

—Y yo me sentí tan terriblemente culpable que ni siquiera me atreví a cenar contigo. Llamé a Janet para que pensaras que no me importaba nada.

Fue una de las muchas mentiras que te he dicho —Blair se detuvo un

momento y suspiró—. Te saco dieciséis años, y eso me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque un día querrás estar con alguien más joven.

—¿Tú crees?

—No has vivido lo suficiente, Niki. Solo has salido con dos hombres...

Además, uno era un deportista borracho y el otro, un chalado de las medicinas alternativas. Pero hay hombres mejores que ellos.

—¿Y piensas que querré estar con uno más joven que tú?

Él le dio un beso en los labios.

—No lo sé, pero es posible.

Niki le acarició el cabello. Lo tenía tan negro como los ojos, con unas cuantas canas en las sienes.

—Me da igual que tengas veinte años más o veinte años menos que yo.

Eres el hombre con el que quiero estar.

—No. Soy el único con el que has intimado, que es distinto.

—Tampoco intimamos tanto —dijo ella, apretando la mejilla contra su pecho.

—Bueno, la noche es joven —ironizó él.

Niki le empezó a desabrochar los botones de la camisa, pero él la agarró de las muñecas.

—No es una buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó ella, sintiéndose más valiente que nunca—.

¿No podríamos divertirnos un poco?

—¿Divertirnos? —preguntó Blair con humor—. ¿En qué tipo de diversión estás pensando?

—En algo parecido a lo que hicimos en México.

—Pero entonces estaba sobrio. No me había tomado dos vasos de whisky —le recordó.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y qué diferencia hay?

—Que, cuando has bebido, tienes menos fuerza de voluntad —contestó—. Te cuesta controlarte.

—¿Insinúas que no sería capaz de detenerte?

—Eso me temo.

—¿Y si a mí no me importa?

Blair tragó saliva.

—Antes de llegar tan lejos, tienes que hacerte esas pruebas y hablar con el oncólogo.

—¿Y qué harás después? ¿Decidir que tienes que ser un caballero y negarte a acostarte conmigo?

—Solo quiero que vivas, cariño.

Ella lo miró a los ojos.

—Y yo quiero tener un bebé, Blair. Lo quiero con toda mi alma.

Blair le acarició el pecho con suavidad y abrió la boca con intención de besarla. Estaba tan excitado que casi no podía respirar. Además, ahora tenía la excusa perfecta para hacerle el amor: Niki quería ser madre y, si lo conseguía, recuperaría la esperanza.

Desgraciadamente, Blair ni siquiera sabía si le podía dar hijos. Se había acostado muchas veces con Elise, y no se había quedado embarazada. Cabía la posibilidad de que fuera estéril. Pero Niki no sabía nada de eso. Si creía que podía ser madre, entraría en razón y volvería a tener ganas de vivir.

—Por favor —susurró ella contra su boca.

Blair ya no era capaz de resistirse; en parte, porque había bebido demasiado y, en parte, porque el contacto de su joven cuerpo lo estaba volviendo loco.

—Por favor —repitió.

—Está bien —dijo en voz baja—, pero déjame el ritmo a mí. No quiero que tu primera experiencia sea tan breve que prefieras olvidarla. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí —contestó—. Pero, ¿qué pasa con Jameson? Nos podría ver.

—La habitación de Jameson está en el otro extremo de la casa, y es de los

que duermen como un tronco —la tranquilizó Blair—. Puedes gritar todo lo que quieras, que no te oirá.

Blair la llevó por un largo pasillo, la invitó a entrar en su dormitorio y cerró la puerta.

—¿Por qué has dicho lo de los gritos? Pensaba que no dolía.

—Dios mío, Niki... No tienes ni idea, ¿verdad?

Blair se inclinó, cerró la boca sobre uno de sus senos y lo mordió suavemente. Ella seguía vestida, pero la sensación fue tan intensa que se estremeció. Además, había pasado mucho tiempo desde la última vez.

Aún era de día, y la luz del sol aumentaba la timidez de Niki. Sin embargo, Blair no se dio cuenta y, tras llevarla a la cama, se desnudó con rapidez y le quitó las zapatillas deportivas, los pantalones y la blusa. Luego, intentó hacer lo mismo con su ropa interior, y ella se puso colorada.

—Lo siento, cariño —dijo él en tono de broma—. No podemos hacer el amor con tantos obstáculos.

—¡Oh, Blair!

Blair soltó una carcajada, pero siguió con lo que estaba haciendo hasta dejarla completamente desnuda. Entonces, la tumbó en la cama admiró sus firmes senos, acarició sus turgentes pezones con las yemas de los dedos y se los lamió.

Niki se arqueó, encantada.

—Nunca he deseado tanto a ninguna mujer. No sabes lo mal que lo pasé en México. Te deseaba de un modo tan absoluto que me asusté y te aparté de mí.

Fue una crueldad. Cometí un error.

—Porque crees que soy demasiado joven para ti.

—No lo creo. Lo eres —la corrigió él, sin dejar de acariciarle los senos—.

Pero eso ya no tiene importancia. No te voy a perder, Niki.

Ella lo miró con tristeza.

—Pensé que no te podía tener, ¿sabes? Empecé a salir con Dan Brady porque había perdido la esperanza. Tú te habías ido, y mi vida se había

quedado completamente vacía.

Blair la besó con pasión, apretando el pecho contra sus senos. Ella se estremeció de placer, asombrada con las sensaciones que tenía.

—¿Te gusta?

—Oh, sí —contestó Niki.

—Pues va a ser mejor.

—¿En serio?

—Espera y verás.

Niki le pasó los brazos alrededor del cuello.

—¿Me va a doler? —preguntó, preocupada.

—Dentro de un par de horas, te recordaré esa pregunta y te reirás —dijo él—, pero ahora no es momento de palabras.

Blair la tocó entonces donde nadie la había tocado jamás. La descarga fue tan fuerte que Niki saltó en la cama y se aferró a sus hombros como intentando detenerlo; pero su destreza ganó la partida y, al cabo de unos instantes, ella dejó de resistirse.

Niki alcanzó el orgasmo entre gemidos. Y Blair, que estaba lejos de haber terminado, susurró:

—Ahora viene lo mejor, cariño.

Niki se entregó sin inhibición alguna, dejando que tocara y probara todo su cuerpo, desde sus pechos hasta su boca, pasando por la cara interna de sus muslos y, por supuesto, su sexo. Había leído muchas novelas románticas, pero Blair le hacía cosas que no salían en ninguna.

—Jamás lo habría imaginado —le confesó—. He tenido clases de educación sexual, pero nadie nos dijo que se sintiera esto.

Él rio.

—Porque no se atreven a decirlo.

Niki se estremeció una vez más. Ya no le importaba que la luz del sol se filtrara por las cortinas de la habitación. Todo su ser estaba concentrado en las caricias y los negros ojos de su amante.

—Tranquila —dijo él, colocándose entre sus piernas—. No te preocupes, que no te voy a hacer daño. Estás preparada para mí.

Ella no supo lo que sus palabras significaban hasta que sintió una lenta y dura presión entre sus piernas. Blair fue tan delicado como pudo y, cuando la empezó a penetrar, Niki soltó un grito ahogado. Ni el más erótico de sus sueños estaba a la altura de la realidad.

Momentos después, él se empezó a mover de lado a lado, aumentando las descargas de placer. Luego, presionó un poco más, y Niki sintió una punzada de dolor que le hizo apartar la vista.

—No, no apartes la mirada —le rogó Blair—. Mírame a los ojos. Nunca he visto los ojos de una mujer que acaba de descubrir el amor, y quiero recordarlos el resto de mi vida.

Ella obedeció, y él retomó sus movimientos anteriores.

—Un poco más, Niki, solo un poco más... Sí, así. ¡Sí!

Niki se sintió completamente poseída. Lo sintió en todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies. Y fue la sensación más maravillosamente abrumadora que había tenido nunca.

—¿Qué se siente al tenerme dentro?

Ella se estremeció.

—¡Blair! ¡Oh, Blair! —gritó, moviendo las caderas para incitarlo—.

¡Sigue, por favor!

—Como quieras.

Él aumentó el ritmo de sus acometidas, y Niki lo siguió, dominada por un intenso sentimiento de necesidad. No habría podido pensar, no habría podido respirar, no habría podido hacer nada sin aquel ritmo apasionante que le estaba enseñando. Era como si viviera a través de Blair, que solo quería una cosa: satisfacer su deseo.

—Deprisa, Niki. Más duro, más rápido —la animó él, cerca de perder el control—. ¡Más! ¡Un poco más!

Niki le clavó las uñas en la espalda. Su tensión crecía de un modo

insoponible y, cuando ya pensaba que no podía ser más intensa, estalló en un clímax tan potente que soltó un grito extraño, con un sonido que no había salido nunca de su garganta.

Blair alcanzó el orgasmo momentos más tarde. Se arqueó de forma violenta, alzó el pecho y gimió mientras Niki lo miraba con fascinación.

Luego, se tumbó sobre ella y la acarició. Los dos jadeaban como si hubieran estado corriendo.

—Guau —dijo Niki.

Él rompió a reír sin poder evitarlo. Había conseguido lo que quería. Niki estaba completamente satisfecha. Y, aunque intentó sentirse culpable, solo consiguió sentirse orgulloso.

—¿Guau? —preguntó con una sonrisa.

Ella asintió, feliz.

—Sí, guau.

—Bueno, reconozco que, para ser una primera vez, ha estado bien.

—Desde luego.

Blair se tumbó de espaldas, intentando recuperar el aliento. Niki se sentó en la cama y admiró la increíble masculinidad de su enorme cuerpo, que le pareció glorioso. Adoraba sus fuertes piernas y su ancho pecho, cubierto de suave y oscuro vello.

—¿Qué haces? ¿Estudiar anatomía?

Ella rio y él la tomó entre sus brazos.

Niki era consciente de que no habían utilizado ningún método anticonceptivo; pero, en lugar de preocuparse por ello, soltó un suspiro de alivio. Quería ser madre en cualquier circunstancia, pasara lo que pasara en el futuro. No necesitaba estar casada para tener hijos. Blair era el hombre de su vida. Siempre lo había sido.

Sin embargo, sus esperanzas se esfumaron cuando se acordó de sus problemas de salud. Ni siquiera sabía si viviría lo suficiente. Y, por supuesto, él se dio cuenta.

—Estás muy seria —dijo.

—Lo siento —se disculpó.

Blair se levantó, abrió el pequeño frigorífico que tenía en el dormitorio, sacó una cerveza y volvió a la cama. Luego, la abrió, bebió un poco y se la dio.

—Sé que no te gusta la cerveza, pero está fría.

—Qué asco...

A pesar de sus palabras, Niki aceptó la botella y echó unos tragos tan largos que casi la vació. Blair se tomó lo que quedaba y la dejó en el suelo.

—No te preocupes por el mañana, cariño. Ahora solo importa el presente.

Solo importamos nosotros.

Ella le acarició la mejilla.

—Sí, tienes razón.

Blair la besó de nuevo y la tumbó otra vez.

A primera hora de la mañana, Blair la llevó a la ducha y la lavó con toda naturalidad, como si lo hubiera hecho toda la vida. A Niki le pareció de una intimidad fascinante. No sabía que se podían compartir tantas cosas con un hombre, y lo empezó a mirar de una forma nueva, más profunda que nunca.

Era obvio que estaba enamorada.

Sin embargo, no habían hablado de amor en ningún momento, y Niki tampoco lo quería presionar. Las cosas se habían complicado de tal manera que habría sido poco inteligente por su parte: hacer ese tipo de preguntas podía llevar a respuestas que ninguno de los dos quería oír. Ya tendrían ocasión de hablar de sus sentimientos.

Cuando terminaron, él le secó su larga melena rubia y ella hizo lo mismo con su corto y rizado cabello negro. Pero Blair no dejaba de mirarla. Era si no se cansara de verla.

—¿Por qué me miras así? ¿Tengo monos en la cara?

Él la acarició.

—No, es que eres preciosa.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

Blair respiró hondo.

—Lo siento, Niki.

—¿Qué sientes?

—Lo de anoche. Bebí demasiado y perdí el control. No quería que las cosas terminaran así.

—Ah.

—Venga, no finjas que a ti no te preocupa...

Niki frunció el ceño.

—Bueno, reconozco que ha pasado en un momento difícil. No sé lo que va a pasar —dijo, intentando explicarse—. Aunque te estoy inmensamente agradecida.

Blair se preguntó si solo sentía eso, agradecimiento. En el fondo, esperaba que hubiera algo más; pero se maldijo a sí mismo por hacerse ilusiones que no venían a cuento en esa situación. Tenía que olvidar sus necesidades y concentrarse en las de Niki.

—Llamé a Trevor antes de que te despertaras —le informó—. Fred y él te van a hacer una resonancia esta tarde.

—Comprendo.

Blair le apartó un mechón de la cara.

—Hay que afrontar la realidad, Niki. Ya haremos después lo que tengamos que hacer. ¿De acuerdo?

Ella se mordió el labio.

—De acuerdo.

—Venga, vamos a vestirnos.

Súbitamente, Niki se ruborizó. Se acababa de acordar de la pequeña mancha de sangre que había en la sábana.

—La cama —acertó a decir—. Si Jameson la ve...

Blair le pasó un dedo por los labios.

—Jameson y las criadas son de toda confianza. Serán discretos.

—Está bien.

—Bueno, primero averiguaremos lo que te pasa, y luego haremos planes — declaró él, retomando la conversación anterior.

—¿Y qué pasará si me he quedado embarazada? ¿Me odiarás por eso?

Él sacudió la cabeza, sorprendido.

—¿Odiarte? ¿Qué dices? ¡Sería el hombre más feliz del mundo!

A Niki se le encogió el corazón.

—¿De verdad?

Blair volvió a sonreír.

—Te quiero con toda mi alma. Niki. Pero...

—¿Pero?

Él suspiró.

—Ya no soy tan joven, y los hombres pierden fertilidad con la edad —le advirtió—. Sin mencionar el hecho de que es la primera vez que intento dejar embarazada a una mujer.

Blair no fue del todo sincero. Lo había intentado con Elise, sin éxito. Pero prefirió no decírselo.

—No me mires como si la Tierra se hubiera abierto bajo tus pies — continuó Blair—. Si no te quedas embarazada ahora, volveremos a hacer el amor. ¡Los dos lo estamos deseando!

Ella se relajó un poco. Había olvidado que Blair también ardía en deseos de ser padre. Siempre lo había querido.

—No se trata de eso —replicó ella—. Si fuera por mí, estaría dispuesta a esperar. Pero no sé cuánto tiempo me queda.

Blair la miró con tanta angustia que Niki se sintió culpable.

—No te preocupes por mí —prosiguió—. Es que, si tengo algo grave...

quedarse embarazada sería una irresponsabilidad. Pondría en peligro la vida del bebé. Además, no quiero condenarte en una situación para que la que no estás preparado.

Blair estaba a punto de contestar cuando sonó el teléfono, así que la dejó en

el cuarto de baño y volvió al dormitorio principal.

—¿Dígame? Sí, sí, por supuesto —le oyó decir Niki—. La llevaré.

Muchísimas gracias.

Niki se asustó. Tenía tanto miedo de someterse a las pruebas que fue incapaz de salir del aseo, pero Blair regresó al cabo de unos minutos, la tomó de la mano y la llevó a una de las habitaciones de invitados, que habían preparado para ella.

—No te preocupes. Lo afrontaremos juntos —dijo—. Ahora solo tienes que vestirte y desayunar.

Niki asintió.

—De acuerdo.

Blair salió y cerró la puerta, pensando que no tendría que haber permitido que las cosas llegaran tan lejos. Le había robado su virginidad; un regalo que, desde su punto de vista, debería haberle dado a un hombre más joven, a uno que le pudiera dar lo que necesitaba.

En principio, solo quería hablar con ella. Pero Niki estaba tan atemorizada que él se sintió en la obligación de darle motivos para vivir, y no se le ocurrió nada mejor que llevarla a la cama.

Ahora, se avergonzaba de lo que había hecho. Y, al mismo tiempo, cruzaba los dedos para que la vida de Niki no terminara tan pronto. Tenía que vivir.

Solo quería que viviera. Aunque tuviera que renunciar a ella para siempre.

Capítulo 12

Niki no disfrutó del desayuno. Blair estaba muy silencioso, y era un síntoma evidente de que se sentía culpable. Creía que habían hecho el amor porque él no había sido capaz de controlarse, pero no tenía razón. Ella lo había provocado. Quería tener un hijo suyo. Y Blair se había dejado utilizar.

¿Qué otro hombre se habría prestado a eso? Niki seguía convencida de que no estaba enamorado de ella y pensó que, por mucho que la deseara, no habría llegado tan lejos en otras circunstancias. Pero, en cualquier caso, habían cruzado una línea y ya no podían volver atrás. De ser amigos, habían pasado a ser amantes.

—No estás comiendo nada —dijo él.

Ella miró la comida de su plato. Tenían muy buen aspecto, pero se le había quitado el hambre.

—Pensé que te gustaba la tortilla —continuó Blair, que se estaba tomando unas tortitas con beicon. Odiaba los huevos.

—Y me gusta.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Que estoy preocupada.

—Prueba al menos las tostadas —insistió.

Ella respiró hondo.

—Blair, no quiero que me hagan ninguna prueba.

—Ni yo, pero estás huyendo de la realidad —le recordó—. Tienes que

afrontarla, por duro que sea.

—Supongo que sí.

Blair tomó un sorbo de café y la miró.

—Tenemos tiempo de sobra. ¿Qué te parece si vamos antes a Little Bighorn?

—¿No está muy lejos?

Él se encogió de hombros.

—No tanto. Iremos en la limusina y haremos un poco de turismo —dijo con una sonrisa—. ¿Te apetece?

—Claro que sí.

—Pues guárdate el inhalador.

Niki lo miró con humor.

—Lo llevo en el bolsillo.

—Excelente.

Hardin no estaba precisamente cerca. Se encontraba junto a las reservas de los crow y los cheyenes, pero Jameson era un conductor fantástico, y llegaron en menos tiempo del previsto. Además, el paisaje era precioso y el sol brillaba en todo su esplendor. Si no hubieran estado tan preocupados, Blair y Niki habrían disfrutado del viaje. .

A pesar de ser una localidad minúscula, las gentes de la zona llamaban a Hardin la Ciudad. Niki descubrió el motivo cuando llegaron a Little Bighorn y les dieron un folleto turístico: al parecer, tenía ese sobrenombre porque era un centro de distribución de los agricultores de la zona, detalle que asociaban al progreso, aunque a ella le pareció muy divertido.

Mientras subían al monumento que se alzaba en una colina, Blair la tomó de la mano y dijo:

—Enterraron a Custer y a sus hombres en zanjas poco profundas. El calor y los depredadores hicieron su trabajo y, aunque habían marcado la tumba de Custer con telas y rocas, tuvieron un problema al año siguiente, cuando quisieron llevar sus restos a West Point.

—¿Qué problema? —preguntó ella.

—Que ya no había nada, y no pudieron identificar los restos de Custer.

Afortunadamente, su esposa reconoció un mechón de cabello rojizo de una de las calaveras.

—¿Y se llevaron sus huesos?

—En teoría, sí. Pero solo encontraron unos cuantos, y ni siquiera estaban seguros de que fueran los suyos. Es probable que la mayoría sigan aquí, entre los huesos de los hombres que lo siguieron a la batalla.

Niki lo miró con interés.

—¿Qué crees tú que pasó? En realidad, quiero decir.

—Creo que lo mataron durante los primeros combates, cuando él y varios de sus soldados cruzaron el río. Uno de los cheyenes afirmó que un oficial cayó muerto en el agua, y que sus hombres lo llevaron a la colina donde resistieron hasta el final. Si hubiera sido otro oficial, no se habrían molestado.

Estaban rodeados. No habrían arriesgado sus vidas por cualquiera.

Ella asintió y echó un vistazo a su alrededor.

—Es un sitio muy solitario.

—No tanto.

Blair se giró y señaló a las docenas de personas que se estaban haciendo fotos junto al monumento.

—Ya los había visto —dijo Niki—, pero es un sitio muy solitario.

Blair le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Quizá, aunque el veinticinco de junio de 1876 estaba lleno de gente. Y lo que pasó aquí fue tan importante que su recuerdo ha llegado hasta nuestros días.

—Mi padre dice que uno de sus antepasados luchó aquí.

Él soltó una carcajada.

—También uno de los míos. Pero el mío era cheyene, y supongo que el vuestro estaba con el enemigo.

—Sí, supongo que sí —replicó, sonriendo—. ¿Cheyene, dices?

Blair asintió.

—Por lo visto, uno de mis ancestros franceses se casó con una mujer de la tribu cheyene.

—¿Tus antepasados comerciaban con pieles?

—Sí. Eran montañeses.

Niki volvió a mirar el campo de batalla.

—No me habría gustado estar aquí aquel día. Todos esos hombres muertos, separados de sus familias... Debió de ser terrible para sus mujeres.

Especialmente, si ni siquiera recibieron sus restos.

—Bueno, era una época diferente. Y a la gente que estaba en el poder no le importaban esas cosas.

—Los arqueólogos han hecho muchos descubrimientos durante los últimos años. Vi un documental en la televisión.

—Yo no veo nunca la televisión —dijo Blair—. Odio los anuncios.

Prefiero comprar películas.

—¿Y cómo sabes lo que tienes que comprar si no ves los anuncios? —ironizó ella—. ¡Te podrías perder algo único!

Él le dio un beso en la frente.

—Ya viví algo único la noche pasada. Fue la experiencia erótica más bella de toda mi vida. La recordaré hasta el día en que me muera.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—Yo también —le confesó.

—Bueno, no te preocupes por nada. Pase lo que pase a partir de ahora, lo afrontaremos juntos.

Niki apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos.

—Está bien.

Jameson los llevó al hospital de Billings, donde llevaron a Niki a radiología y le pidieron que se desnudara y se pusiera una bata. La prueba duró unos cuantos minutos y, cuando terminó, ella volvió a la sala de espera, donde estaba Blair.

—¿Ya está? —preguntó él.

—Sí. He rellenado todos los formularios que me han dado —contestó—.

Dicen que el médico se pondrá en contacto conmigo cuando tenga los resultados.

El frunció el ceño, a sabiendas de que las horas siguientes iban a ser una pesadilla. Luego, se dieron un paseo por la localidad y echaron un vistazo a varias tiendas, sin intención de comprar nada. Pero, en determinado momento, Niki se detuvo en una tienda de ropa para bebés y, al ver la expresión de Blair, tuvo la sensación de que no estaba tan entusiasmado como ella con la idea de tener un hijo.

Poco después, se acordó de algo que él le había comentado cuando estuvieron en Yellowstone, y le horrorizó.

—Dijiste que Elise no dejaba de sonreír. La primera vez, quiero decir.

Blair asintió y sonrió con tristeza.

—Ahora lo entiendes, ¿verdad?

—Sí. No sentía nada.

—Exactamente. A veces, pensaba que se estaba obligando a estar conmigo.

Y mi orgullo no lo podía soportar.

A Niki le pareció desconcertante que una mujer no quisiera estar con Blair.

Era todo lo que ella había soñado. Cada vez que lo tenía cerca, volvía a sentir el eco del placer que le había dado.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él.

—Estaba pensando que Elise debía de estar loca.

Blair arqueó las cejas.

—¿A qué te refieres?

—A que no puedo creer que no quisiera estar contigo. Eres un hombre absolutamente maravilloso.

Blair se sintió halagado. Sabía que Niki había disfrutado de su noche de amor. Era de lo más evidente. Pero le encantó oírlo de sus labios.

—Tú también lo eres, preciosa.

Niki sacudió la cabeza.

—Yo no sabía nada de nada. Me lo has enseñado tú.

—Saber no es importante —replicó él—. Sentir, sí.

Ella respiró hondo.

—Podría vivir del recuerdo de anoche hasta el fin de mis días.

Él le acarició los labios con un dedo, negándose a pensar en lo que tenían por delante. Ni siquiera se quería plantear la posibilidad de perderla, porque no imaginaba una vida sin Niki. Si moría, perdería las ganas de vivir. Si la enterraban, esperaba que lo enterraran con ella.

En ese momento sonó el teléfono y, al ver que era su amigo, contestó. Fue una conversación breve, de apenas unos segundos. Y, cuando cortó la comunicación, se giró hacia Niki y dijo:

—Era Trevor. Quiere que vayamos al hospital ahora mismo.

—Oh, vaya.

La cara de Blair se iluminó.

—No te preocupes, tiene buenas noticias. No tienes cáncer.

—¿En serio? —dijo, sorprendida.

—En serio.

Blair la besó con pasión, a pesar de que seguían en la tienda. Se sentía profundamente aliviado. Pero la gente los empezó a mirar, así que la tomó de la mano y dijo, contento:

—¡Vamos!

Trevor Mannheim los estaba esperando en la entrada del hospital. Cuando llegaron, los llevó al despacho del gerente, que había tenido la amabilidad de prestárselo.

—Bueno, esto es lo que sabemos —empezó—. Tienes un pequeño nódulo en el pulmón derecho. He visto muchos casos como el tuyo, y casi siempre son benignos. Por supuesto, haremos un seguimiento anual, pero apostarí la vida a que no tienes motivos para preocuparte.

El doctor se detuvo un momento, señaló a Niki con el dedo y añadió: —Por eso hacemos pruebas, jovencita. Para que la gente no se obsesione inútilmente

con lo que puede o no puede ocurrir.

Niki, que estaba radiante de alegría, le abrazó.

—Gracias, doctor.

—De nada —replicó él, antes de estrechar la mano de su amigo—. Me encantaría tomarme unas copas contigo y hablar de los viejos tiempos, pero tengo que ver a un paciente cuyos resultados no son tan buenos.

—Mi avión te espera en el aeropuerto. Estarás de vuelta enseguida —afirmó Blair—. No sabes lo agradecido que te estoy.

—No, pero me lo imagino —dijo con sorna, notando cómo miraba a Niki—. En fin, cuídate.

—Y tú.

Jameson los llevó a la casa y, a continuación, les sirvió la comida en el comedor principal. Pero ninguno de los dos estaba particularmente comunicativo.

—Será mejor que vuelvas al rancho —dijo Blair en determinado momento.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque me emborraché e hice algo que no debería haber hecho. Lo siento, Niki. No debería haber pasado —contestó—. Pero te vas a poner bien.

Tienes una segunda oportunidad, y debes hacer algo con tu vida.

—¿No quieres estar conmigo?

Él cerró los ojos un momento. Estaba deseando que se quedara con él, pero le seguía preocupando la diferencia de edad, y ahora tenía una preocupación nueva: ser estéril y no poder darle el hijo que deseaba.

—No —mintió—. Soy demasiado viejo para ti. Eso no ha cambiado, aunque me alegro enormemente de que no te pase nada.

—Comprendo —dijo ella—. No quieres que tengamos una relación.

—Tú lo has dicho —replicó él, apartando la mirada—. Además, he estado pensando en la situación de Elise. Como sabes, creo que la están extorsionando. Iré a verla y le sacaré la verdad.

—¿Cómo es posible que todavía la quieras? —preguntó Niki, herida—. Ni siquiera te deseaba.

—Pero eso puede cambiar —volvió a mentir.

Blair necesitaba que se fuera. Niki volvía a tener un futuro y, aunque le hubiera dado la noche más maravillosa de su vida, era demasiado joven. Más tarde o más temprano, se cansaría de él y se marcharía; sobre todo, si no le podía dar hijos. Y, si lo abandonaba para marcharse con otro, le partiría el corazón.

—Está bien, no intentaré que te sientas culpable —dijo ella, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Gracias por haberme cuidado y por organizar la consulta con el doctor Mannheim.

—No hay de qué.

—Bueno, me voy a casa.

Niki le lanzó una última mirada y se fue a hacer las maletas, intentando no pensar en lo que había pasado en su dormitorio. Sabía que Blair la deseaba con locura, y hasta había llegado a creer que sentía algo más. Pero, por lo visto, estaba equivocada. Y no tenía más remedio que asumir la realidad.

Jameson la llevó al rancho en la limusina y la dejó en la puerta. Todd salió a recibirla, y le dio un abrazo tan fuerte que casi la dejó sin aliento.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me dijiste lo que te pasaba?

—Porque estaba muerta de miedo, y no quería que te preocuparas sin necesidad. Por suerte, Blair me ha presentado a un amigo suyo, un oncólogo verdaderamente maravilloso.

—Sí, lo sé. Me ha llamado desde el avión que le lleva a Francia y me lo ha contado todo.

—¿A Francia?

—Quiere ver a Elise —respondió, frunciendo el ceño—. Ese hombre es un idiota. Lo manipulará, le sacará lo que pueda y lo tirará a la basura como un trasto viejo. Debería dejarla en paz. Que se ocupe ella de sus propios problemas.

—Cree que necesita ayuda, y ya sabes cómo es.

—Oh, sí, lo sé de sobra —dijo—. En fin, él sabrá lo que hace. Es un hombre adulto. Pero tenía la esperanza de que... Bueno, olvídale. Me alegra que estés sana y salva.

—Yo también me alegro.

Edna salió entonces de la cocina, y se puso muy contenta al ver a Niki.

—¡Tendrías que habérselo dicho! —protestó.

—Bueno, no ha pasado nada, así que ya no tiene importancia —se defendió ella—. ¿Qué estás cocinando? Huele muy bien, y estoy muerta de hambre. Jameson nos preparó una buena comida, pero han pasado varias horas.

—Estofado de carne y helado de fresa —contestó el ama de llaves—. Hoy es un día de celebración. Te he preparado tu comida preferida.

Niki le dio un abrazo.

—¡Ah, cuánto me gusta estar en casa!

Niki se alegraba realmente de haber regresado al rancho. Pero, durante las semanas siguientes, pasaron cosas extrañas: tenía sueño todo el tiempo, sufría náuseas en los momentos más desconcertantes y, por si eso fuera poco, no podía ver un huevo sin ponerse enferma.

Sin embargo, dio por sentado que sería algún tipo de virus e hizo caso omiso. De día, se iba a trabajar y de noche, ayudaba a Edna o veía películas con su padre. Jacobs había contratado a un empleado nuevo en sustitución de Dan Brady y, aunque era un hombre interesante, Niki se alegró de que tuviera novia. No tenía ganas de volver a salir con nadie.

Como su coche estaba en el mecánico, Tex la llevaba al trabajo y la recogía después. Pero se dio cuenta de que le pasaba algo.

—Últimamente estás muy callada.

—Será que he madurado —dijo con humor.

—¿En serio? Bueno, sea como sea, todos nos alegramos mucho de que los resultados de tus pruebas fueran negativos. Hemos estado muy preocupados por ti.

Ella sonrió.

—Gracias, Tex.

—De nada. ¿Para qué están los amigos?

Niki apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Si me quedo dormida, despiértame cuando estemos a punto de llegar. No sé qué me pasa, pero tengo sueño constantemente.

—Porque te han pasado muchas cosas. Por aquí también ha habido mucho trabajo. Hemos estado llevando el ganado a los pastos de verano. Ha sido agotador.

—No lo dudo.

—¿Lo tuyo ha sido tan difícil como lo nuestro?

—Parece que sí.

Niki sonrió sin abrir los ojos. Hacía lo posible por no pensar en Blair, y siempre fracasaba. Pero no tenía ningún sentido, porque había dejado bien claro que no quería una relación con ella. Ni la quería entonces ni la querría después. Lo suyo no era amor, sino simple deseo.

Sin embargo, se había acostado con él por voluntad propia, y a sabiendas de lo podía ocurrir. Hasta había soñado con la posibilidad de quedarse embarazada a la primera, lo cual habría sido bastante inconveniente. No quería tener un hijo con un hombre que no la quería en su vida; sobre todo, si estaba pensando en volver con Elise.

Al parecer, Blair no había dejado de querer a Elise en ningún momento. Y

Niki comprendía perfectamente su situación, porque ella no había dejado de querer a Blair en ningún momento. Pero tendría que aprender a vivir sin él.

No podía hacer otra cosa.

Elise miró a Blair con horror.

—¿Cómo? ¿Qué es eso de que me están chantajeando? —dijo, ruborizada.

—Lo sabes de sobra. Dímelo de una vez.

Ella se mordió el labio inferior. Era preciosa, y lo sabía. En los viejos tiempos, lo había podido manipular con unos cuantos gestos sensuales, pero él

estaba curado de espanto, y la puso en su sitio en cuanto llegaron al restaurante donde iban a cenar.

Cuando el camarero les tomó nota, Elise respiró hondo y dijo a Blair, mirándolo a los ojos:

—Es una mujer. Me ha amenazado con hablar con el productor de la obra y decirle ciertas cosas que acabarían con mi carrera. Es un hombre muy conservador, con puntos de vista atrasados.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó él—. Dime la verdad, Elise. Sabes que no se lo contaré a nadie.

Ella esperó a que el camarero les sirviera las bebidas y, a continuación, se bebió su martini seco de un trago. Blair, que había pedido un whisky con soda, la miró con sorpresa.

—Pensé que ya lo habrías adivinado. Sabes que no me interesabas en la cama.

—Por supuesto que lo sé.

Elise suspiró.

—No era un problema contigo, Blair. Es que no me gustan los hombres, sino las mujeres —le confesó, apartando la vista—. Cuando te conocí, estaba intentando superar una relación y, como eras sexy, rico e interesante, decidí probar con un hombre. Pero no salió bien. Fui tan egoísta como cruel contigo, aunque me habría gustado ser lo que tú querías que fuera.

Él sonrió con tristeza.

—Al principio, pensé que las cosas mejorarían. Pensé que, si te quedabas embarazada, cambiarías de actitud.

—Habría sido imposible, porque estaba tomando la píldora. Pero me sorprende que no te dieras cuenta... tenía la regla todos los meses.

Blair tomó un poco de whisky y la miró.

—Creí que era problema mío, que era estéril.

—Siento que llegaras a esa conclusión, pero las cosas son más sencillas.

No podía correr el riesgo de quedarme embarazada, porque sabía que no

estaríamos juntos mucho tiempo. Siempre me han gustado las mujeres. Lo descubrí cuando tenía diez años, y mi padre me pegó una paliza cuando lo supo. Le aterraba la idea de que la gente se enterara.

Blair asintió.

—Sí, ya sé que eres lesbiana.

—¿Lo sabes? —preguntó, sorprendida.

—Contraté a un detective privado y le pedí que te investigara. Me dio su informe al día siguiente de que nos divorciáramos.

Elise sacudió la cabeza.

—No te lo podía decir, Blair. Lo he estado ocultando toda mi vida. Me casé contigo porque quería ser como mi familia quiere que sea, pero no pude.

Además, no había superado lo que me pasó. Estuve con una mujer durante dos años maravillosos. La quería con toda mi alma, pero se mató en un accidente de tráfico. Y entonces, te conocí.

Elise lo miró a la cara y añadió:

—Lo siento, Blair. Me he portado mal contigo. Y estaba tan desesperada que empecé a beber... Por eso me quedé en Europa cuando te pusiste enfermo. No podía pensar con claridad. Me metí en una clínica de rehabilitación, pero ya era tarde para nosotros. Sé que no merezco que me perdones, pero...

—Las personas somos como somos —la interrumpió él—, y no lo podemos evitar. Aunque tendrías que habérmelo dicho. Mi orgullo se llevó un buen golpe.

—Sí, ya me lo imagino —dijo—. Pero ahora me están extorsionando, y no puedo hacer nada al respecto.

—Eso habrá que verlo.

Blair le pidió el nombre y los datos de la mujer que la chantajeaba.

Después, sacó el teléfono móvil, llamó a su detective privado y le explicó la situación.

—¿Me vas a ayudar? —preguntó Elise cuando él colgó el teléfono—. ¿A pesar de lo que te hice?

—Por supuesto. No te preocupes por nada. La pondremos en su sitio.

—No sabes lo agradecida que te estoy. El teatro lo es todo para mí. Solo necesito una oportunidad para demostrar lo que valgo —replicó con vehemencia—. Lo siento, Blair. Lo siento mucho.

—Olvídalo.

Elise entrecerró los ojos.

—No eres feliz, ¿verdad? ¿Es por esa chica, Niki?

Blair no dijo nada.

—No deberías preocuparte tanto por la diferencia de edad —continuó—.

Ha cuidado de ti desde hace años, y las mujeres no hacen eso si no están profundamente enamoradas.

—Quizá, pero me la he quitado de encima.

—Pues gánatela otra vez.

Blair suspiró.

—Es demasiado tarde.

—Oh, por Dios. Si la quieres, encontrarás la forma de recuperar su afecto.

Tienes que intentarlo.

Él se echó hacia atrás y la miró con detenimiento.

—Has cambiado, Elise. Estás... distinta, no sé.

Ella sonrió.

—Es que he conocido a alguien. Es todo lo que había soñado. Es dulce, cariñosa, amable —le confesó—. Pero supongo que no quieres que te hable de eso. Seguramente, te revolverá el estómago.

—En absoluto —replicó él—. Como ya he dicho, las personas somos como somos, y nadie tiene derecho a juzgar a los demás.

—Eres un gran hombre, Blair. Espero que todo te salga bien.

—Lo dudo mucho, pero me encargaré de que te salgan bien a ti —dijo—.

¿Te apetece otro martini?

Elise sonrió de nuevo.

—Me encantaría. Gracias.

—De nada. Los amigos están para eso.

Al llegar a la habitación del hotel, Blair se tomó dos vasos de whisky. Se había llegado a convencer de que era estéril, y ahora resultaba que Elise había estado tomando la píldora desde el principio. Pero, lejos de alegrarse, se preocupó un poco más.

¿Qué pasaría si había dejado embarazada a Niki? Había roto su relación con la esperanza de que encontrara a un hombre más joven, más apropiado para ella. Y, si se quedaba embarazada de él, las cosas se complicarían mucho.

Conociéndola, era capaz de guardarlo en secreto o de abortar para no darle un hijo que, teóricamente, él no quería. Pero ¿cómo iba a saber que estaba equivocada? Nunca le había dicho la verdad. No le había dicho que la amaba, que quería estar con ella hasta el fin de sus días y que, por supuesto, quería tener familia.

¿Qué iba a hacer ahora? Había cometido el mismo error una y otra vez, intentando protegerla.

Blair se llevó las manos a la cabeza y gimió. Su vida era un auténtico desastre.

A pesar de sus náuseas, Niki se sentía mejor que nunca. De hecho, empezó a salir de nuevo, y lo hizo con un hombre recientemente divorciado, el vicepresidente de su empresa. Le sacaba unos cuantos años, pero era encantador. A veces, él le hablaba de su exmujer y ella, de Blair Coleman, aunque nunca mencionaba su nombre. A fin de cuentas, era agua pasada.

De noche, cenaban en el Latin Club de Billings y se iban a bailar, porque él era una bailarín excelente. Niki se había acostumbrado a la vida social, que ahora disfrutaba mucho. Ya no era la jovencita que se ocultaba en el rancho o en sus estudios. Ya no se escondía.

Tanto era así que empezó a comprarse ropa que realzaba su figura; ropa bonita, de formas y colores que le gustaban. Desgraciadamente, había ganado peso, y ahora usaba una talla más grande. Pero estaba perfecta de todas formas

y, por si eso fuera poco, también había adquirido la costumbre de maquillarse y peinarse debidamente.

Incluso su timidez había mejorado; en parte, porque se había metido en un grupo de terapia para aprender a hablar en público. Y todo habría ido de perlas de no haber sido por las náuseas en cuestión y por sus constantes y extrañas ganas de dormir. Pero seguía convencida de que era un simple virus.

—Estás distinta, Niki. Has madurado —le dijo Todd un día.

—Ya era hora, ¿no crees?

—Me cae bien tu nuevo amigo.

—¿Devlin? —dijo ella, sonriendo—. A mí también. Es un hombre muy interesante, y baila de maravilla.

—Eso me han dicho —comento, alcanzando su taza de café—. ¿Va en serio? Niki dudó.

—Discúlpame, no pretendía meterme en tus asuntos.

—No es eso, papá. Es que sigo enamorada de Blair. Es el único hombre que me importa —dijo—. Pero ha vuelto con Elise.

—¿Cómo?

Su padre se quedó tan sorprendido que Niki contestó: —¿No lo sabías? Dijo que tenía problemas y que la quería ayudar. Por eso se fue a Francia. Supongo que siempre la ha querido.

—Dios mío —dijo él, frunciendo el ceño.

—¿Por qué te extraña tanto?

—¿Cómo no me va a extrañar? No me digas que no estás informada de...

—¿De qué?

Todd estuvo a punto decirle lo que el propio Blair le había contado, pero pensó que no tenía derecho a revelar el secreto de Elise. Eso era cosa de su amigo, que últimamente no dejaba de llamarlo por teléfono y de hacerle todo tipo de preguntas extrañas sobre Niki.

—Blair creía que la estaban extorsionando —continuó ella.

—Y era verdad, pero ha arreglado las cosas.

—¿Lo ves? Sigue enamorado de ella.

—¿Enamorado de Elise? Estás hablando del hombre que lo dejó todo y vino corriendo a verte cuando se enteró de que estabas en el hospital. Del hombre que le pegó un puñetazo a Brady.

—Sí, sé que os he causado muchos problemas. Lo siento de verdad.

Todd le dio una palmadita en la mano.

—Lo entendemos de sobra, cariño. Solo querías evitarnos un disgusto.

Pero, al final, resultó que no era nada.

—Tenía tanto miedo... Blair se portó muy bien conmigo. Y luego, cuando supo que no iba a morir, me echó de su casa.

—Porque piensa que eres demasiado joven para él. Yo pensé lo mismo de tu madre cuando nos conocimos —dijo con tristeza—. Hasta intenté que empezara a salir con un amigo mío. No entendía que estaba enamorada de mí, y que no tenía ojos para nadie más.

Niki tomó un poco de café.

—Mi situación es distinta. Blair está enamorado de su exmujer. En ese sentido, es igual que Devlin. Pero, ¿qué se le va a hacer? Hay que aceptar las cosas como son —declaró.

—Os llevabais muy bien antes de ir a México.

Ella estuvo a punto de ruborizarse, pero ya había aprendido a controlar sus emociones.

—Éramos grandes amigos —afirmó.

—¿Y ya no lo sois?

Niki miró súbitamente la hora y dijo:

—Vaya, me tengo que ir. El señor Jacobs se va de viaje, y debo estar más pronto que de costumbre. Su teléfono suena constantemente. Sobre todo, cuando él no está.

—Yo intento perder el mío, pero nunca lo consigo —bromeó su padre—.

Ah, cuánto extraño la época en que todos los teléfonos estaban conectados a un cable. Desde que existen los móviles, el trabajo te sigue a todas partes.

—El señor Jacobs dice lo mismo que tú —comentó su hija—. Hasta luego, papá.

—Hasta luego.

Niki se subió al coche y se fue, haciendo esfuerzos por no pensar en Blair.

Estaba segura de que quería volver con Elise, y de que pronto anunciarían su segunda boda. Le habría gustado decir que no le importaba, pero habría sido falso.

Capítulo 13

—¿Cuándo vas a ir al médico?

Niki miró a Edna desde el lavabo donde se estaba lavando la cara, después de haber vomitado.

—Solo es un virus —respondió.

Edna entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

—Estás embarazada, y lo sabes de sobra.

Los ojos de Niki se llenaron de lágrimas.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Llamar a Blair y decirle que va a ser padre, cuando quizá esté a punto de casarse con Elise? ¡Menudo regalo de bodas le daría!

—Niki, Blair te quiere.

—No, se dejó llevar porque sentía pena de mí. Y no es culpa suya. Yo estaba desesperada. Se me ocurrió la estúpida idea de tener un hijo antes de empezar el tratamiento contra el cáncer, porque creía que era cáncer. Pero no lo era, y ahora no sé qué hacer.

—Sí, ya me lo había imaginado —dijo Edna—. Sin embargo, olvidas que Blair adora a los niños.

—Blair no consiguió que Elise se quedara embarazada, y ha llegado a la conclusión de que no puede tener hijos. Si le dijera la verdad, no me creería.

—¿Eso te lo ha dicho él?

—Bueno, no exactamente. Se lo dijo a mi padre, que me lo contó a mí —

contestó—. Además, hay otro problema. Blair también le contó que Elise tenía un problema con la bebida, y que por eso se comportaba así. Pero se ha desenganchado. Ha vuelto a la normalidad. Y él estaba loco por ella.

—Aunque tengas razón, el hijo que estás esperando es suyo. Tiene derecho a saberlo.

—Pues no lo va a saber. No por mí.

—Niña, no te puedes esconder eternamente.

—Lo sé. He pensado en mudarme a Colorado o Arizona y buscarme otro trabajo en otra empresa minera.

—¿Crees que tu padre no lo descubriría? ¿O que no se lo diría al señor Coleman cuando lo descubriera?

—Sí, bueno, puede que no sea un gran plan —admitió Niki.

—Te estás dejando dominar por las hormonas. No piensas con claridad.

—Ni siquiera sé si estoy embarazada —se defendió.

—Pues hazte una prueba de embarazo y lo sabrás, aunque conviene que vayas al médico para salir de dudas.

—Si voy a ver a Fred, se lo dirá a mi padre, que llamará a Blair de inmediato.

—Pues ve a un médico de otra ciudad —le propuso—. Los bebés necesitan muchos cuidados. Tienes que hacerte pruebas y revisiones regulares.

Niki lo sabía perfectamente. De hecho, estaba casi segura de que se había quedado embarazada, pero no tenía el valor de decírselo a nadie. Sobre todo a Blair, por miedo a que la odiara si perdía a Elise por su culpa.

Ya estaba a punto de pedirle a Edna que lo guardara en secreto cuando volvió a sentir náuseas. Entonces, se inclinó sobre el lavabo e intentó no pensar en el olor a huevo.

Mientras Niki vomitaba otra vez, Edna fue a la cocina a prepararle una manzanilla. Y justo entonces, apareció Blair. Tenía un aspecto terriblemente sombrío, como si pensara que su vida había terminado.

—¿Como está Niki? —le preguntó—. ¿Se encuentra bien?

Edna lo miró y decidió tomar cartas en el asunto.

—Si quiere saber cómo está, sígame.

Ella lo llevó al cuarto de baño y abrió la puerta. La cara de Blair cambió al instante, y su tristeza se transformó en alegría. Pero Niki estaba tan concentrada en su pequeño problema que no se enteró de nada hasta que oyó pasos a su espalda.

—¿Me puedes pasar una toalla, Edna? —preguntó, pensando que sería el ama de llaves.

Niki se encontró con una toalla en las manos. Pero los dedos que vio no eran los de Edna, sino los de Blair.

—Oh, Niki...

Ella ni siquiera pudo protestar. Rompió a llorar sin poder evitarlo. Y él la miró de forma extraña, con una expresión que no había visto nunca en sus leoninos rasgos.

—Blair, yo...

Niki no pudo terminar la frase, porque empezó a vomitar de nuevo. Blair se quedó con ella hasta que se le pasó y, acto seguido, la ayudó a lavarse, la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio.

—No sabía cómo decírtelo. Papá me contó que Elise no se pudo quedar embarazada, y que tú pensabas que eras estéril. Tuve miedo de que no creyeras que estoy esperando un hijo tuyo.

—Por supuesto que lo creo, cariño —dijo con suavidad—. Elise me confesó que estaba tomando la píldora.

—¿Y no te dijo nada en su momento?

Él sacudió la cabeza.

—No, nada. Pero eso carece de importancia —replicó—. Vamos a tener un bebé. ¡No me lo puedo creer! ¡Es la mejor noticia que me han dado nunca!

Blair sonrió con ternura. La miró a los ojos durante unos segundos y le puso una mano en el vientre.

—¿No estás enfadado conmigo? —preguntó, asombrada.

Él le dio un beso en la frente.

—No, no lo estoy.

—Oh, Dios mío, me siento tan mal...

—¿Has ido a ver a Fred?

—No, estaba retrasando el momento.

—Pues deberías, porque te daría algo contra las náuseas —afirmó—. ¡Un bebé! ¡Menudo regalo de Navidad!

Niki lo miró con fascinación.

—¿Seguro que no te molesta?

Blair soltó una carcajada.

—¿Tengo cara de que me moleste?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—Pues me temo que tendremos que casarnos enseguida. Y no podrá ser un acto demasiado público, porque la prensa nos acribillaría —declaró él—. Ya tengo bastantes problemas con los periodistas. No dejan de meterse donde no les llaman. Pero necesitarás un vestido de novia y, por supuesto, tendremos que comprar dos anillos.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con incredulidad.

—Siempre he querido casarme contigo, pero estaba obsesionado con la tontería de la diferencia de edad —respondió él, acariciándole el pelo—.

Luego, me dijiste que querías tener hijos y, como me asustaba la posibilidad de ser estéril, decidí que no tenía derecho a robarte ese sueño. Podría haberme hecho unas pruebas, claro, pero tenía miedo a los resultados.

Ella suspiró.

—¿De qué me suena eso?

—Somos un par de cobardes.

Niki soltó una risita.

—Sí que lo somos.

Blair se inclinó y besó su mano.

—Si quieres, nos podemos casar en el rancho. Pero es posible que nos tengamos que casar por lo civil.

—¿Y eso?

—Hay pastores que se niegan a casar a divorciados —le informó.

—Pues es una pena, porque me encantaría casarme por la iglesia. Pero, si no puede ser, me da igual.

Blair la volvió a besar.

—Preguntaré por ahí. Puede que a tu padre se le ocurra algo.

En ese mismo instante, apareció Todd. Como si lo hubieran conjurado con sus palabras.

—¿Qué ocurre? Edna dice que estás enferma.

Todd se quedó atónito al verla en compañía de Blair, pero debió de imaginar lo que había sucedido, porque sonrió.

—¿Náuseas matinales, quizá?

Niki y Blair se ruborizaron al unísono.

—¡Vaya, vaya! ¡Y yo que pensaba que no sería abuelo! —exclamó Todd, encantado—. Pero quiero que os caséis.

—Lo estábamos discutiendo en este mismo momento —dijo Blair—. Nos gustaría casarnos aquí, en el rancho.

—Ah, pues tengo un amigo que es pastor. No es un religioso precisamente convencional, pero si queréis que hable con él...

—Cuanto antes, mejor.

Niki se levantó súbitamente y salió corriendo hacia el cuarto de baño.

—Discúlpame, amigo —dijo Blair antes de seguirla—. Me tengo que acostumbrar al papel de padre.

Todd se limitó a reír.

Blair llevó a Niki al médico en su lujoso coche de alquiler, y no le soltó la mano durante el tiempo que estuvieron en la sala de espera. No estaba dispuesto a perderla de nuevo.

En cuanto Fred los vio, se dio cuenta de lo que pasaba.

—No me digas que tienes náuseas matinales.

Niki rio.

—¿Cómo lo has sabido?

—Cualquiera se daría cuenta —contestó, señalando a Blair—. Tiene todos los síntomas de un padre nervioso. Y me temo que no hay cura para eso.

—¡Oh, Fred, estoy tan contenta...!

—También lo he notado. Pero vamos a lo importante: primero, un análisis de sangre y después, una revisión. ¿Quiere pasar con ella? —preguntó a Blair.

Niki se ruborizó como si no se sintiera cómoda con la idea, así que él sacudió la cabeza.

—No, me quedaré aquí mientras la examina. Pero quiero escuchar que está realmente embarazada... de lo contrario, soy capaz de lanzarme contra la pared —bromeó.

—Lo tendré en cuenta.

Fred entró con Niki en la consulta y, cuando ya estaban a solas, declaró: — Si alguien me hubiera dicho que Blair Coleman iba a estar tan entusiasmado con la perspectiva de ser padre, no me lo habría creído.

—Ni yo —reconoció ella—. Ni siquiera sabía cómo decírselo. Su primera esposa no pudo quedarse embarazada, y él creía que era estéril.

—Pues, si las pruebas confirman el origen de tus náuseas matinales, ya puede olvidarse de eso —comentó—. En fin, llamaré a la enfermera y me pondré contigo de inmediato.

Niki estaba flotando cuando salieron del edificio.

—No me lo puedo creer. Era lo más probable, pero podría haber sido cualquier otra cosa.

—No, no podía. Cuando me dijiste que los huevos te daban náuseas, tuve la seguridad de que estabas embarazada. El niño va a salir a mí. Yo también odio los huevos.

—¿El niño? —dijo con ironía.

Él le pasó un brazo por encima de los hombros y la llevó hacia el coche.

—Cariño, me encantaría tener una hija, pero no ha habido una niña en mi familia desde hace cinco generaciones.

Al llegar al vehículo, Niki se detuvo y lo miró a los ojos.

—Por favor, dime que no estás fingiendo. Dime que estás realmente contento, aunque no sea verdad.

Él le pasó un dedo por los labios.

—No soy tan buen mentiroso como crees. Me siento completamente abrumado, Niki. Esto es lo más bonito que me ha pasado nunca. ¡Vamos a tener un hijo! ¡Y lo vamos a tener a la primera...! Que, por cierto, fue una gran primera vez en otro sentido.

Ella se ruborizó.

—Sí que lo fue.

Blair se pasó una mano por el pelo.

—Bueno, tendremos que ir de compras. Necesitas un vestido de novia.

Niki lo volvió a mirar.

—Tenía tanto miedo de decírtelo...

—Lo sé —dijo, abrazándola—. Y yo tenía miedo de ser estéril. Sabía que deseabas ser madre, y me preocupaba la posibilidad de no poder darte hijos.

Me preocupaba mucho.

—¿Crees que me importaba de verdad?

—Por supuesto.

Niki le acarició la mejilla.

—Pues no lo entendiste bien, Blair. Quería tener un hijo, pero solo si era tuyo —le confesó—. Supongo que te habrás dado cuenta de que estoy enamorada de ti. ¡Solo me ha faltado ponerlo en un cartel y...!

Ella no terminó la frase, porque Blair asaltó su boca con pasión. Sabía que los clientes del aparcamiento los estarían mirando, pero hizo caso omiso y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Me haces daño —protestó ella.

—¿Te hago daño?

—Sí, tengo los pechos hinchados. Forma parte de la maternidad.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento mucho. Sabes que no te haría daño por nada del mundo —corrió a explicarse.

—Lo sé, pero no lo interpretes como una queja. De hecho, el beso me ha encantado.

Él sonrió y la besó de nuevo.

—Volviendo a lo de las compras, ¿qué te parece si nos subimos al avión y nos vamos a Dallas?

Niki frunció el ceño.

—¿A Dallas? ¿Por qué?

—Porque allí está la sede de Neiman Marcus, y quiero que tengas el mejor vestido de bodas.

Ella sonrió de oreja a oreja. Seguía pensando que Blair no estaba enamorado de ella, pero su afecto era tan indiscutible como su deseo de ser padre. Y no estaba mal, para empezar.

Además, el amor era cuestión de tiempo. Solo tenía que alimentarlo.

Cuando llegaron a Neiman Marcus, se dirigieron a la sección de vestidos de novia. Niki seguía con náuseas, pero ya se le estaban pasando. Y, al ver que ninguna de las prendas tenía precio, se lo comentó porque era síntoma evidente de que valían una pequeña fortuna.

—No te preocupes por eso. Soy dueño de una empresa petrolífera, y puedo comprar cualquier cosa que te guste. O todas las cosas, si te empeñas.

—¿Tendrán collares de cuero? —preguntó en tono de broma.

Blair rompió a reír.

—Lo podemos preguntar.

—No sé qué elegir. Es mi primer vestido de novia.

—Elijas lo que elijas, no te olvides del velo.

—¿El velo?

Él asintió.

—Es una tradición que me encanta. Elise se la saltó cuando me casé con

ella, pero me gustaría que lleves uno. Así te lo podré levantar cuando nos casen, y todo el mundo sabrá que eres mía.

Los ojos de Niki se humedecieron.

—Oh, Blair —susurró.

—Venga, elige algo bonito —dijo, mirándola con deseo—. Algo que esté a la altura de tu belleza, preciosa.

Justo entonces, se les acercó una dependienta.

—¿Los puedo ayudar? —se interesó.

—Sí, por favor. Estoy buscando un vestido de novia. Algo que sea único —respondió Niki—. Y también quiero un velo.

La mujer la miró con detenimiento y dijo:

—Creo que tengo algo adecuado. Síganme.

Blair no llegó a ver el vestido, porque Niki se metió en un probador y no permitió que él entrara. Y, cuando ya iban a pagar, preguntó: —Bueno, ¿qué has comprado al final?

—Algo increíblemente bonito.

Niki lo dijo en serio. Era una maravilla de cuello redondo y encajes, con falda acampanada, mangas abullonadas y un largo velo que le llegaba a la cintura. De hecho, era una de las cosas más bonitas que había visto en su vida. Y ahora era suya. Como el hombre de sus sueños.

—Gracias, Blair.

—¿No lo puedo ver?

Ella sacudió la cabeza.

—Es la tradición.

—Oh, venga...

Niki hizo caso omiso.

—¿Adónde vamos ahora?

—A la joyería. Pero antes tenemos que hacer otra cosa.

Blair la llevó al departamento de lencería y, tras señalarle algunos de los modelitos más caros, se detuvo ante un picardías bastante revelador.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

—Es precioso. Pero el vestido de novia es blanco, y puede que se transparente —dijo ella.

—Mira, Niki, lo de casarnos está muy bien, pero no he estado con ninguna mujer desde que me divorcié, si descontamos nuestra noche de amor —alegó Blair.

Ella se llevó una buena sorpresa.

—¿Con ninguna? Estuviste con Janet en Europa y luego, con Elise.

—Pero solo te deseo a ti, Niki.

Niki sonrió, encantada.

—Entonces, no hay más que hablar.

La joyería provocó a Niki los mismos reparos que había tenido en Neiman Marcus. Los anillos valían una verdadera fortuna, y no se sintió cómoda con la idea de que se gastara tanto dinero.

—El dinero no es un problema, cariño —insistió él—. Además, estamos hablando de un acontecimiento único, que no se va a repetir. Será un anillo para toda la vida, lo cual significa que no podrás dejarme.

—Como si yo pudiera dejarte —replicó, mirándolo con ternura.

Blair se ruborizó. Miró al joyero y señaló un juego de anillos.

—¿Nos los puede enseñar?

—Por supuesto, señor Coleman.

El joyero sonrió, encantado. No era la primera vez que veía a Blair, y sabía que siempre sabía lo que quería y que podía pagar cualquier suma, por elevada que fuera.

—¿Os conocéis? —preguntó ella, aprovechando que el hombre se había alejado un momento.

—¿Dónde crees que te compré el broche? Lo encargué aquí.

—Ah.

El joyero volvió enseguida y, tras tomarles las medidas de los dedos, les dio los de su talla.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Blair.

Niki volvió a mirar el diamante, de color amarillento. Blair quería que fueran de tres quilates, pero a ella le pareció excesivo y, al final, acordaron que fueran de dos. Pero los anillos, naturalmente de oro, eran de dieciocho.

—Son preciosos —dijo ella.

—Me recuerdan a ti. Son como la luz del sol.

Él los pagó con la tarjeta de crédito y, cuando ya estaban saliendo de la tienda, su teléfono se puso a sonar. Blair contestó, informó a la persona en cuestión de que estaba de compras con su futura esposa y, tras darle las gracias por haber llamado, colgó.

—¿Quién era?

—Un empleado del banco. Quería asegurarse de que la persona que acaba de comprar esos anillos soy no.

—No me extraña. Te han costado un dineral.

—Nada es demasiado para mi bella y embarazada esposa —dijo él, antes de besarla otra vez—. Soy el hombre más feliz de la Tierra.

—Y yo, la mujer.

Edna se quedó asombrada cuando Niki le enseñó el vestido de novia.

—¡Os habrá costado una fortuna! —exclamó.

—Sí, pero ha insistido en que me lo comprara —declaró ella con una sonrisa.

—El señor Coleman sabrá cuidar de ti —dijo el ama de llaves—. Y no te faltará nada en toda tu vida.

Niki pensó que solo le faltaría una cosa, el amor. Blair la quería, y era evidente que también quería al niño, pero ni había dicho que estuviera enamorado de ella ni ella lo esperaba. Sin embargo, cabía la posibilidad de que el amor surgiera en algún momento. Y tanto si surgía como si no, estaba decidida a hacerle feliz.

El amigo de Todd los casó varias semanas después, en el salón del rancho,

bajo una pérgola de hiedra y rosas blancas. Cuando Blair le puso el anillo del dedo, los ojos de Niki se llenaron de lágrimas; y, cuando los declararon marido y mujer, rompió a llorar definitivamente.

Blair le alzó el velo entonces, la miró con una intensidad que la estremeció y, acto seguido, le secó las lágrimas y le dio un beso de casi un minuto.

La casa estaba llena de gente diversa, desde el fotógrafo oficial hasta el reportero al que habían vendido la exclusiva de la boda, pasando por Jacobs, su mujer y su hija y, por supuesto, el doctor Fred Morris y todos los vaqueros del rancho, Tex incluido.

—Ha sido la ceremonia más bonita que he visto nunca —dijo Todd mientras besaba a su hija—. Ya era hora de que os casarais.

Blair sonrió.

—Sí, tienes razón, pero estaba obsesionado con el asunto de la edad — dijo, mirando a su flamante esposa—. Y justo cuando creía que ya no tendría hijos, esta preciosidad me dijo que estaba embarazada. ¡Fue la mejor sorpresa de mi vida!

Niki no podía estar más contenta. Aunque Blair parecía realmente feliz, le asustaba la posibilidad de que se sintiera atrapado y solo dijera lo que ella quería oír. Pero la expresión de su cara no dejaba lugar a dudas. Era sincero.

—Supongo que darme una nieta es pedir demasiado —comentó Todd.

—Sería casi un milagro, teniendo en cuenta mis antecedentes familiares — contestó su amigo—. Pero los chicos no están nada mal. Uno de mis vicepresidentes tiene tres, y juega al fútbol con ellos. Tendré que ponerme en forma para estar a su altura.

—¿Quieres tener tres hijos?

—O cuatro —intervino Niki, riendo.

—Bueno, puedo hablar con los vaqueros para que aprendan a jugar al fútbol y practiquen con ellos. Pero aún no me habéis dicho dónde vais a vivir... ¿En Billings, quizá?

Blair sacudió la cabeza.

—No. He comprado el antiguo rancho de los Vinings, el que está en la carretera —respondió, para sorpresa de Todd y de su propia hija—. Habrá que arreglarlo un poco, pero es un sitio muy bonito. Además, siempre he querido criar caballos. Ya he contratado a un especialista en la materia, y estoy a punto de contratar a un capataz.

Niki se puso tan contenta que no fue capaz de decir nada.

—Nos podemos mudar la semana que viene —continuó Blair—. Pero antes, nos iremos de luna de miel, por supuesto. Sé de una playa de Jamaica que nos está esperando.

—¡No sabes lo feliz que me has hecho! —dijo Niki, recuperando el habla—. ¡Podré vivir cerca de Edna y de mi padre! Pero, ¿qué pasará con mi trabajo?

El señor Jacobs apareció en ese momento y, tras estrechar la mano de Blair, se acercó a Niki y le dio un beso en la mejilla.

—Supongo que acabo de perder a mi ayudante —dijo.

—Me temo que sí —declaró Blair—. Quiero que esté conmigo casi todo el tiempo. Sobre todo, ahora.

—¿Sobre todo ahora? —se interesó Jacobs.

—Estamos esperando un niño...

—¡Felicidades! —dijo el jefe de Niki—. Me alegro mucho por vosotros.

¡Los niños son una maravilla!

Jacobs se giró hacia su hija, que estaba junto a una morena preciosa, su esposa.

—Espero que algún día encuentren una cura para su enfermedad —intervino Niki.

Jacobs asintió.

—La ciencia avanza muy deprisa. Pero, pase lo que pase, la actitud de mi hija no podría ser mejor. Sonríe todo el tiempo, a pesar de los pesares.

—Le voy a echar de menos, señor Jacobs. Trabajar con usted ha sido un placer.

Jacobs sonrió.

—Yo también la echaré de menos, que es más de lo que puedo decir de su amigo, el señor Brady —dijo con sorna—. Por cierto, me han dicho que dejó su empleo y abrió una tienda de comida sana en California.

Niki y Blair rompieron a reír.

—Bueno, al menos se ha buscado una excusa para dar consejos a todo el mundo —dijo ella.

—Por mí, que haga lo que quiera. Mientras no vuelva a Wyoming, claro.

—Amén —dijo Blair.

El viaje a Jamaica fue largo. Niki se quedó dormida, y seguía dormida cuando el aparato aterrizó en Montego Bay.

—Despierta, bella durmiente —dijo Blair—. Ya hemos llegado.

—¿Ya? —Niki bostezó y se estiró—. Vaya, he dormido todo el tiempo. Lo siento.

—Descuida. He aprovechado para adelantar trabajo —replicó, señalando el portátil que acababa de cerrar.

Tras pasar el control de la aduana, se subieron a un taxi y se dirigieron al hotel, que estaba en primera línea de playa.

—¡Es una preciosidad! —dijo ella al ver la suite.

Sus habitaciones daban a un patio que estaba pegado al mar. Eran tan grandes como lujosas, de muebles modernos y obras de arte colgadas en las paredes. Incluso había un jacuzzi en el cuarto de baño.

—Como ves, tienes todas las comodidades del hogar —declaró Blair, tomándola entre sus brazos—. ¿Cansada?

—Mucho —contestó.

—Es por el embarazo. Pero ya no tienes tantas náuseas, ¿no?

—No. Las pastillas que me dieron surten efecto, y las vitaminas me dan algo más de fuerza, aunque no demasiada.

—Bueno, ya te recuperarás. ¡Quiero disfrutar hasta el último minuto de nuestra luna de miel! ¿Quién habría imaginado que te dejaría embarazada?

¡No sabes cuánto te quiero!

—Y pensar que te creías estéril...

—Elise me pidió disculpas por tomar la píldora sin decirme nada. De hecho, también me las pidió por casarse conmigo —dijo con solemnidad—.

Al parecer, estaba muy afectada por la muerte de un ser querido. Me confesó que se dio a la bebida, y que por eso se comportó tan mal cuando me puse enfermo y me tuve que quedar en tu casa. Tendría que haberme dado cuenta.

—La querías mucho, ¿verdad? Si no me hubiera quedado embarazada, habrías vuelto con ella.

Blair rompió a reír.

—¿De qué te ríes?

—De ti —contestó, besándola—. Nunca tuve intención de volver con Elise.

—¿Y eso?

Blair la miró a los ojos.

—Cariño, hay algo que desconoces.

—¿Qué?

Él acarició su largo y rubio cabello.

—Que Elise es lesbiana.

Capítulo 14

Niki se quedó absolutamente desconcertada.

—Oh, Dios mío... No sabes cuánto lo lamento.

—Pues no lo lamentes. Hace mucho que no siento nada por ella. Además, no es algo que se pueda elegir. Las personas somos como somos y tenemos los gustos que tenemos.

Ella asintió.

—Debía de estar muy mal para casarse contigo.

—Lo estaba. Me dijo que su padre le pegaba cuando era una adolescente, y que lleva toda la vida intentando defender su identidad —Blair le dio un beso en la nariz—. ¿Sabes una cosa? Cuando Harvey se propasó contigo e intenté animarte, me arrepentí de estar comprometido con Elise. La quería mucho, pero me arrepentí de todas formas.

—¿En serio?

—En serio. Te deseaba, y no solo en un sentido físico —respondió—.

Cuando me puse enfermo, me di cuenta de que había cometido un error terrible. Elise se quedó en Europa, pero tú me cuidaste a pesar de los consejos de tu médico, que tenía miedo de que te contagiara.

—Sí, lo recuerdo muy bien —dijo con tristeza—. Te emborrachaste el día de mi graduación, y mi padre y yo fuimos a buscarte.

Blair suspiró.

—Acababa de descubrir que Elise era lesbiana. Y, por si eso fuera poco,

tenía problemas de conciencia.

—¿Por qué?

—Ya hablaremos de eso en otro momento. Ahora tienes que descansar.

Blair la llevó al dormitorio y la sentó en la cama.

—Cuando te despiertes, llamaré al servicio de habitaciones para que traigan algo de comer.

—¿Qué vas a hacer hasta entonces?

—Dar un paseo por la playa. No es un lujo del que pueda disfrutar con frecuencia —respondió con una sonrisa.

Blair le quitó la ropa y la ropa interior. Luego, admiró sus senos, bajó la cabeza y le lamió un pezón.

—Están más sensibles, ¿verdad?

Ella se estremeció.

—Sí.

Él la tapó con la sábana y le volvió a acariciar el pelo.

—Eres preciosa, Niki. Eres mi ángel.

—Yo no soy preciosa —protestó, ruborizada.

—Desde mi punto de vista, sí —dijo con humor—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Niki sacudió la cabeza.

—Siento estar tan cansada.

—Bueno, ya recuperaremos el tiempo perdido. ¿De acuerdo?

Ella sonrió.

—De acuerdo.

—Dulces sueños, cariño.

Blair apagó la luz, salió al patio y siguió andando hasta llegar a la playa. Se sentía el hombre más afortunado de la Tierra.

Blair estaba en la cama cuando Niki despertó, varias horas después. Se había afeitado y se había puesto unas bermudas y una camiseta amarilla. Olía a jabón, y a ella le pareció el ser más bello del mundo. Adoraba su cabello

negro y el vello oscuro que cubría su ancho y poderoso pecho, aunque solo fuera porque le encantaba sentirlo contra sus senos desnudos.

Súbitamente, se oyó una risita. Era Blair, que la había pillado mientras lo admiraba.

—No puedo dejar de mirarte —le confesó ella—. Eres magnífico.

—No más que tú —replicó él—. ¿Estás mejor?

—Solo un poco. La fatiga es lo peor del embarazo.

—Ya pasará. He estado leyendo un libro sobre las primeras fases, y dice que, cuando las vitaminas hayan hecho su efecto, te sentirás capaz de levantar un camión con tus propias manos —le informó—. Ah, y también dice que las náuseas desaparecerán... siempre que no comas huevos.

Niki se apretó contra él.

—Me alegra que no estés enfadado con lo de tener un niño. Me aterrorizaba la idea de no poder tenerlos, y te presioné de forma injusta.

—Bueno, ya me sentía bastante presionado —dijo con humor—. Te deseo con locura desde hace años, y ese sentimiento no dejaba de crecer.

—¿Lo dices en serio?

Blair le acarició la mejilla.

—Completamente. Tú me das más placer con un beso que cualquier otra mujer con una relación sexual.

—Guau...

—Te aseguro que soy sincero. Haces que me sienta como si midiera tres metros de altura.

—Y tú haces que me sienta terriblemente sensual.

—Porque lo eres, Niki —puntualizó él—, por dentro y por fuera. Y no sabes cuánto deseo tener ese hijo. Casi lo deseo tanto como te deseo a ti.

Niki le apartó el pelo de la frente.

—Creía que estabas enamorado de Elise y que nunca la olvidarías. Y luego, para empeorarlo todo, apareció Janet.

—Ah, Janet. La llevé a cenar aquella noche para intentar olvidar lo que

habíamos hecho tú y yo en la playa. Janet solo fue una estratagema, cariño. Si hubiera querido, me habría casado con ella cuando nos conocimos. Pero solo éramos amigos. Nada más.

—Nosotros también lo éramos.

Él le dio un beso en los labios.

—Lo sé, y yo intentaba protegerte de mí.

—¿Porque soy más joven?

—En efecto. Pero luego pensé que podías tener cáncer, y comprendí que no podía vivir sin ti, que había estado huyendo de la realidad. No imaginas el disgusto que me llevé cuando me contaste lo de la mancha del pulmón. Por eso bebí más de la cuenta y me acosté contigo. No tenías que presionarme para conseguirlo. Estaba loco por ti.

Ella sonrió con picardía.

—Sí, ya lo noté.

—La vida es imprevisible, preciosa. Hay que vivir el momento —dijo con ternura—. Y, en cuanto al futuro, no te preocupes por él. Y cuidaré de ti.

Hasta el fin de mis días.

—Y yo de ti.

Niki estaba a punto de decir algo más cuando, de repente, se llevó una mano a la boca y salió disparada hacia el cuarto de baño. Blair la siguió y alcanzó una toalla por el camino.

—¡Maldita sea! —exclamó ella antes de vomitar.

Él sonrió.

—Lo superaremos juntos —dijo—. Y te pondrás mejor. Te lo prometo.

Blair llamó al servicio de habitaciones para pedir la cena. Niki fue capaz de tomarse una sopa sin vomitarla, y él se la dio cucharada a cucharada mientras la miraba como si fuera absolutamente fascinante.

—¿Por qué me miras así? ¿Tan horrible estoy?

Él soltó una carcajada.

—Nunca había estado con una mujer embarazada. Es todo un espectáculo.

—Sí, también lo es para mí —declaró Niki—. Quería tener hijos, y quería tenerlos contigo. Lo he soñado durante años y, a veces, me asusta la posibilidad de que esto no sea real, de que sea uno de mis sueños. Pero, si lo es, prefiero morir antes que despertarme.

—Y yo.

—Quizá deberías pellizcarme. Por si acaso.

Blair le dio un beso en la frente.

—No, yo no torturo a mujeres embarazadas.

Ella sonrió de oreja a oreja y aceptó otra cucharada de sopa.

Aquella noche, Niki se quedó dormida entre sus brazos, sintiéndose segura y deseada. Seguía creyendo que Blair no la amaba, pero era evidente que la quería y que quería al bebé. A decir verdad, lo único que le preocupaba en ese momento era su estado físico, porque no tenía fuerzas para hacer el amor con él. Y lo estaba deseando.

Blair recibió tantas llamadas telefónicas durante el desayuno que casi no pudo disfrutar del café. El trabajo lo seguía a todas partes. Tenía que responder preguntas, delegar obligaciones, hacer cambios de personal, *etc.*

Pero, cuando Niki lo miró con una sonrisa en los labios, se hartó de tanta llamada y dejó con la palabra en la boca a su interlocutor.

—Odio el maldito teléfono —dijo, dejándolo en la mesa del patio—. Si está encendido, no te dejan en paz.

—Eres un hombre de negocios importante. Hay mucha gente que depende de ti —le recordó.

—Sí, ya lo sé. Pero, ¿por qué los justificas? Deberías quejarte. Nos están estropeando la luna de miel.

—Está bien —dijo con sorna—. En ese caso, considérate insultado.

Él le dio un beso en la cabeza.

—Ah, la vida es tan agradable cuando estoy contigo... En mi mundo, todo es tensión. Los ejecutivos protestan y los subordinados se rebelan. Pero luego me voy contigo a dar un paseo y la tensión desaparece. No sé cómo lo consigues.

Es asombroso.

Ella sonrió, encantada.

—Quizá sea porque me tomo las cosas con calma, o porque no compito contigo en ningún sentido —replicó, mirándolo con afecto—. Te amo, ¿sabes? Nunca haría nada que te pudiera molestar. Aunque, ahora que lo pienso, lo he hecho varias veces. Por ejemplo, cuando me fui de senderismo, y cuando me negaba a hacerme pruebas para saber si tenía cáncer.

—Lo de las pruebas es normal. Tenías miedo de lo que pudiera pasar, y no querías que los demás nos preocupáramos por ti —dijo Blair—. Te pareces a mi madre. Eres tan tranquila, encantadora y cariñosa como ella. También tenía mal genio, pero era una mujer maravillosa. Igual que tú.

—Mi madre era igual. Y mi padre la quería tanto que temí perderlo. Se volvió loco tras su muerte.

—Es lógico. Cuando supe que podías tener cáncer y comprendí que podía perderte... —Blair se encogió de dolor—. Te alejaba de mí porque creía que necesitabas un hombre más joven, porque no me parecía justo que te encadenaras a un viejo. No se me ocurrió la posibilidad de que murieras antes que yo. Y, si te hubiera pasado algo, no habría podido seguir viviendo.

A ella se le encogió el corazón. A pesar de todo lo que había pasado, no se había dado cuenta de lo mucho que Blair la quería. Por lo menos, hasta ese momento.

—¿No sabías que estoy enamorado de ti? —continuó él, sorprendido.

—No, no lo sabía —le confesó—. Pensé que solo era deseo.

Blair la tomó entre sus brazos.

—Si solo hubiera sido deseo, me habría limitado a seducirte, Niki. Pero quería bastante más que unas cuantas noches de amor.

—Bueno, siempre he sabido que lo nuestro era especial —se justificó ella—. Siempre has estado a mi lado, cuidándome.

—Como tú cuando tuve esa bronquitis. Te pusiste en peligro por mí, y me hiciste ver que eras bastante más que una amiga... No sabes cuánto me

arrepiento de haberte tratado tan mal cuando volvimos de México. Pensaba que te habías enamorado de Brady, y no lo podía soportar. ¡Ese cretino estuvo a punto de matarte! Tendría que haberlo estrangulado.

Niki sacudió la cabeza.

—Mi estancia en el hospital fue de lo más reveladora. No te apartabas de mi lado. No me dejabas ni para dormir —le recordó ella, emocionada—. Me había convencido de que no querías saber nada de mí, y tu comportamiento me convenció de lo contrario.

Blair tomó su mano y la besó con dulzura.

—Después de aquello, ya no te podía dejar. Tenía miedo de perderte; sobre todo, cuando me contaste lo de la mancha —dijo, cerrando los ojos un momento—. No he estado tan asustado en toda mi vida.

—Ni yo. Estuve a punto de causar mi propia muerte por miedo a terminar como mi madre.

—Y yo me acosté contigo por tener un recuerdo que me acompañara hasta el fin de mis días —declaró Blair—. Fue una noche perfecta.

—También lo fue para mí, aunque fuera mi primera vez. No imaginaba lo que se siente al hacer el amor.

—Bueno, yo me lo imaginaba de sobra y, sin embargo, me sentí como si lo acabara de descubrir. Nunca había sentido tanto placer. Jamás.

Niki sonrió.

—Espero que podamos tener otra noche como esa.

—Tendremos muchas noches parecidas —le prometió—. No te preocupes por el cansancio. Se pasará. Lo he leído en el libro que te comenté, y he aprendido cosas que te serán útiles más adelante. Hasta sé cómo tratar los dolores de espalda que tendrás dentro de unos meses.

—Me pondré como una ballena. ¿No te importará?

—Por supuesto que no —contestó, acariciándole la nariz—. Te sacaré un montón de fotos y las pondré en la mesa de mi despacho.

—Pues yo haré lo mismo contigo.

—Ah, y te prometo que no trabajaré tanto como ahora. Nuestro hijo es lo más importante.

—Nuestro hijo —repitió ella, mientras le pasaba una mano por el pelo—.

Me asustaba decírtelo porque pensaba que no me creerías. Como dijiste que Elise no se había quedado embarazada...

—Lo dije porque no sabía que estaba tomando la píldora. Pero, de todas formas, ¿cómo iba a pensar que el niño era de otro? He sido tu primer amante, y recuerdo hasta el último segundo de aquella noche. Sabía que era mío.

—¿Cómo? —preguntó con curiosidad—. Podría haberme acostado con otro hombre después de...

—Lo sabía porque sé que estás enamorada de mí —la interrumpió.

Ella sonrió.

—Sí. ¡Con toda mi alma!

—Hay que ver lo extraña que puede ser la vida. Me equivoqué dos veces con el amor. Pensé que lo había encontrado, y me llevé una decepción porque, a decir verdad, no sabía qué era el amor —le confesó Blair—. Y

luego, lo encontré en el lugar más inesperado, en una tranquila y tímida joven que coqueteaba conmigo y despertaba en mí el deseo de tener un hogar.

—Ya tienes un hogar, Blair. Yo soy tu hogar.

—Y tú eres el mío, cariño.

Ella volvió a sonreír, pero con menos energía que antes.

—Ah, estoy tan cansada...

Niki sintió náuseas en ese momento y, una vez más, se dirigió al cuarto de baño. Pero, después de vomitar, empezó a llorar desconsoladamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, preocupado.

—¡Que estoy pasando mi luna de miel delante de un lavabo!

Él soltó una carcajada.

—Estás embarazada. Estas cosas son normales, y te aseguro que no me importa en absoluto. Te prometí que estaríamos juntos en la salud y en la enfermedad. Hice un voto, y lo pienso cumplir.

—Yo también lo cumpliré. Pero me siento tan mal...

Blair la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

—No me puedo acostar otra vez —protestó Niki—. Es de día.

—Y estás enferma. Ya te levantarás cuando te encuentres mejor.

Blair le quitó el vestido y le puso uno de los camisones que habían comprado en Neiman Marcus.

—¿Quieres que te traiga algo de beber?

—¿Hay refrescos en el minibar?

—Echaré un vistazo.

Él abrió el pequeño frigorífico, sacó un refresco y se lo dio.

—Gracias —dijo ella, sonriendo—. ¿Me puedes traer mis píldoras? Están en la maleta pequeña. Son dos botes, el de las vitaminas y el medicamento contra las náuseas.

—Por supuesto.

—Olvidé tomarme la de las náuseas esta mañana. Todo esto es nuevo para mí.

—Lo es para los dos.

Blair le llevó las pastillas que le había pedido y, cuando Niki se las tomó, lo miró a los ojos y preguntó:

—¿Por qué te has casado conmigo? Cuando te divorciaste de Elise, dijiste que no te volverías a casar.

—Y lo dije en serio —respondió él, acariciándole los senos—. De hecho, nunca tuve intención de casarme. Hasta conocí a Elise.

—¿Nunca?

Él sacudió la cabeza.

—Nunca. Pero tú has conseguido que cambie de opinión. Y me habría casado antes si no hubiera estado obsesionado con la idea de que eras demasiado joven para mí.

—El amor no tiene nada que ver con la edad. Yo habría estado enamorada de ti en cualquier caso. Lo habría estado si hubieras sido más joven, y lo habría

estado si hubieras sido más viejo. Lo que importa está dentro, no fuera. Aunque el exterior sea espléndido —sentenció, comiéndoselo con los ojos.

—¿Espléndido? —dijo Blair, ligeramente ruborizado.

—Oh, sí. Y me encantaría hacer algo al respecto. Pero no puedo.

—¿Te sientes mal otra vez?

—Un poco —dijo, sentándose en la cama—. ¡No quiero sentirme así!

¡Estoy de luna de miel!

—Se pasará —insistió él— y, cuando se pase, iremos a ver la isla aunque tenga que llevar un cubo para que vomites.

Ella rompió a reír.

—Trato hecho.

—¿Lo ves? Eso es lo que más me gusta de ti. Nunca he conocido a nadie tan despreocupado.

—Pues tú eres igual.

—Solo contigo. La mayoría de mis directivos se esconden cuando me ven llegar. Tengo mal genio; o, por lo menos, lo tenía. Puede que el matrimonio me cambié para bien.

—Bueno, veremos lo que se puede hacer —bromeó.

—De momento, veamos si puedes dormir un poco mientras yo trabajo.

Tengo que gritar un rato a mis subordinados —dijo con ironía—. Si necesitas algo, llámame. Estaré fuera.

—Gracias, Blair.

Él le besó los párpados.

—Estás preciosa, ¿sabes? Tan pálida como la sábana, pero preciosa.

Niki le dio un beso en la mejilla.

—Y tú eres el hombre más guapo del mundo.

Blair le guiñó un ojo, alcanzó su teléfono móvil y salió al patio.

Niki se volvió a dormir y, cuando se despertó, Blair estaba de otra vez a su lado, sin más ropa que unos pantalones cortos.

Como tantas veces, ella se estremeció. Se quedaba sin aire cuando veía su

pecho desnudo y sus piernas musculosas, cubiertas de pelo. Todo en él le parecía atractivo. Hasta sus pies.

—Podría mirarte durante horas —dijo Blair—. Eres increíblemente sexy.

—Yo estaba pensando lo mismo de ti.

—¿Cómo te encuentras?

Ella se estiró.

—Mucho mejor. ¿Ya has terminado de gritar a la gente?

—Por hoy, sí —contestó—. De hecho, he desconectado el teléfono. Estoy harto de trabajar.

De repente, Niki llevó las manos a su pecho, se lo acarició y, a continuación, le dio un beso en los labios. Pero solo fue el principio, porque después se incorporó y frotó los senos contra su piel.

—¿Me estás intentando seducir?

—Es posible —respondió ella, ronroneando como una gata—. Reconozco que me apetece.

—Pues adelante. Soy un hombre fácil.

—¿Tú crees? —ironizó.

Niki lo besó apasionadamente, hasta volverse y volverlo loco de deseo.

Blair le quitó entonces el camisón y acarició sus pechos desnudos, arrancándole un gemido de placer. Luego, se desnudó con rapidez y le lamió un pezón con una dulzura exquisita.

Ella se arqueó, encantada. Pero las atenciones de Blair no se limitaron a sus senos. La besó de arriba a abajo, sin pasar por alto ninguna curva. Lamió su cuello, su espalda, su talle, sus piernas. Y mientras tanto, la masturbaba de un modo tan dulce y maravilloso que, cuando por fin le separó los muslos y se puso encima, Niki estaba temblando.

—Sí, ya estás preparada para mí —dijo con voz ronca.

—¿Preparada? —preguntó ella.

—Tu cuerpo produce un lubricante de lo más eficaz —contestó, penetrándola con suavidad—. ¿Lo ves?

Ella se ruborizó un poco.

—Ah. Comprendo.

Blair se empezó a mover, con un ritmo lento que la excitó de nuevo y la cargó de tensión.

—Tenemos que aprender a darnos placer —dijo él en voz baja—. Las primeras veces son difíciles, pero se vuelve más fácil con el tiempo. ¿Te gusta lo que hago?

Blair se movió de lado a lado, y ella se estremeció.

—Oh, sí, claro que te gusta —siguió hablando—. ¿Y esto?

Sus movimientos se volvieron tan contundentes como rápidos. Niki empezó a gemir, sorprendida por la intensidad de lo que sentía. Era mejor que su primera noche. Era abrumador, absolutamente increíble. Y bastante más potente que entonces.

—Estás más... más que la última vez.

—Sí, mucho más —dijo él, mirándola a los ojos—. Los hombres pueden ser más o menos potentes según la ocasión. Definitivamente ahora estoy a punto de reventar.

Blair aceleró y, al cabo de unos instantes, empezó a temblar.

—No creo que pueda soportar este ritmo mucho más tiempo. Si sigo así, me voy a...

—¡Sigue! —le rogó ella, moviéndose con él—. ¡Sigue, por favor!

Niki empezó a gritar con cada acometida, sin apartar la vista de sus ojos. Y su mirada aumentó el placer de Blair de tal manera que perdió control definitivamente.

—Oh, Dios mío. ¡Oh!

Niki cerró los ojos, abrumada por la intensidad de sus sensaciones. Blair se estaba deshaciendo en ella, pero aguantó lo necesario para llevarla a un orgasmo muy distinto a los anteriores. Ni siquiera sabía que se pudiera sentir tanto placer. Solo supo que gimió y se estremeció sin poder evitarlo hasta que todo su ser pareció derretirse en una descarga de calor.

Momentos más tarde, Blair intentó apartarse para que no tuviera que cargar con el peso de su cuerpo, pero ella se lo impidió.

—No, quiero sentirte encima. Me encanta tenerte encima.

—¿He sido demasiado rápido?

Ella rio.

—¿Estás de broma? La primera noche fue maravillosa, pero esto ha sido mucho mejor. Creía que me iba a morir de placer —dijo, ruborizada—. Es lo más maravilloso del mundo.

Blair soltó un suspiro largo.

—¿Cansado? —continuó ella.

—Deliciosamente cansado.

—Yo también.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, gracias.

Blair se levantó, abrió el minibar y sacó un *ginger-ale*. Luego, lo abrió y volvió a la cama, mientras ella se ponía de lado para verlo mejor.

—Eres un hombre impresionante. Soy una mujer muy afortunada.

—Bueno, tendré que practicar más —dijo él, riendo—. Así no me agotaré tan pronto.

Ella se incorporó y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Te aseguro que no tengo ninguna queja. Te amo con locura, Blair.

Él le dio el *ginger-ale* y dijo:

—Si tuviera que explicarte lo afortunado que me siento yo, estaría hablando hasta que todo mi pelo estuviera cubierto de canas. Eres mi vida, Niki. Eres todo mi mundo. Y lo serás para siempre.

Niki, que seguía maravillosamente desnuda, lo miró con detenimiento.

—¿Qué haces? ¿Buscar algún tesoro?

—Algo así —contestó ella—. Estaba pensando...

—¿Pensando?

Niki se había dado cuenta de que Blair había recuperado la energía y, antes

de que él pudiera reaccionar, se le puso encima y bajó las caderas hasta volver a tenerlo dentro.

—Estaba pensando que podíamos hacerlo así.

Ella se empezó a mover, implacable. Y, cuando el placer la empezó a debilitar, él cerró las manos sobre sus caderas y la mantuvo en el sitio, respondiendo a sus movimientos con acometidas feroces.

—¡Oh, Blair! —gritó Niki, alcanzando el orgasmo.

—¡Oh, sí! ¡Me gusta! Me encanta hacerlo así.

—Dios mío...

La voz de Niki se convirtió en un grito ahogado. Blair la penetraba ahora de un modo tan salvaje que la dejó ciega y sorda a todo lo que no fuera la alegría del placer.

—¡Sigue, preciosa! ¡Sigue!

Al cabo de unos segundos, él alcanzó el clímax. Y se quedaron tan agotados que no podían ni hablar.

—Ha sido increíble —dijo ella cuando se recuperó un poco—. No encuentro palabras para definirlo.

—Pues yo, sí. Ha sido el paraíso, señora Coleman —dijo, clavando la vista en sus ojos grises—. Hemos estado en el paraíso.

Niki sonrió, más enamorada que nunca.

—Es verdad.

Los largos meses de embarazo terminaron en un parto rápido. Estuvieron a punto de no llegar al hospital a tiempo. Su niño era una preciosa criatura de ojos azules.

—Nuestro hijo —susurró ella.

Él la besó y luego le dio un beso en la frente al bebé.

—¿Lo ves? No hace falta morir para subir al cielo. Si tienes suerte, lo encuentras en la Tierra —declaró—. Ah, te amo tanto que casi me duele.

Haría lo que fuera por ti, cariño.

—Y yo por ti —replicó, emocionada—. No te dejaré nunca. Nunca, ¿me

oyes? Cuidaré de ti toda mi vida.

Blair le dio un beso en los labios, y ella se lo devolvió con pasión. Ya no era una joven inexperta, pero todo le parecía tan mágico como la primera vez.

Y ahora tenía un niño, un símbolo en carne y hueso del amor que se profesaban.

—Tendremos que ponerle un nombre —comentó ella.

—¿Qué te parece Todd, en honor a tu padre?

—Me gusta, pero yo se lo pondría de segundo. ¿Cómo decías que se llamaba tu padre?

—Jacob.

Ella lo miró con cariño.

—Jacob Todd Blair —dijo.

Blair sonrió.

—No suena mal...

—Suena muy bien —afirmó Niki, acariciándole los labios—. ¿Sabes que estoy enamorada de ti desde los diecisiete años? Lo que me ha costado convencerte de que no era demasiado joven para ti.

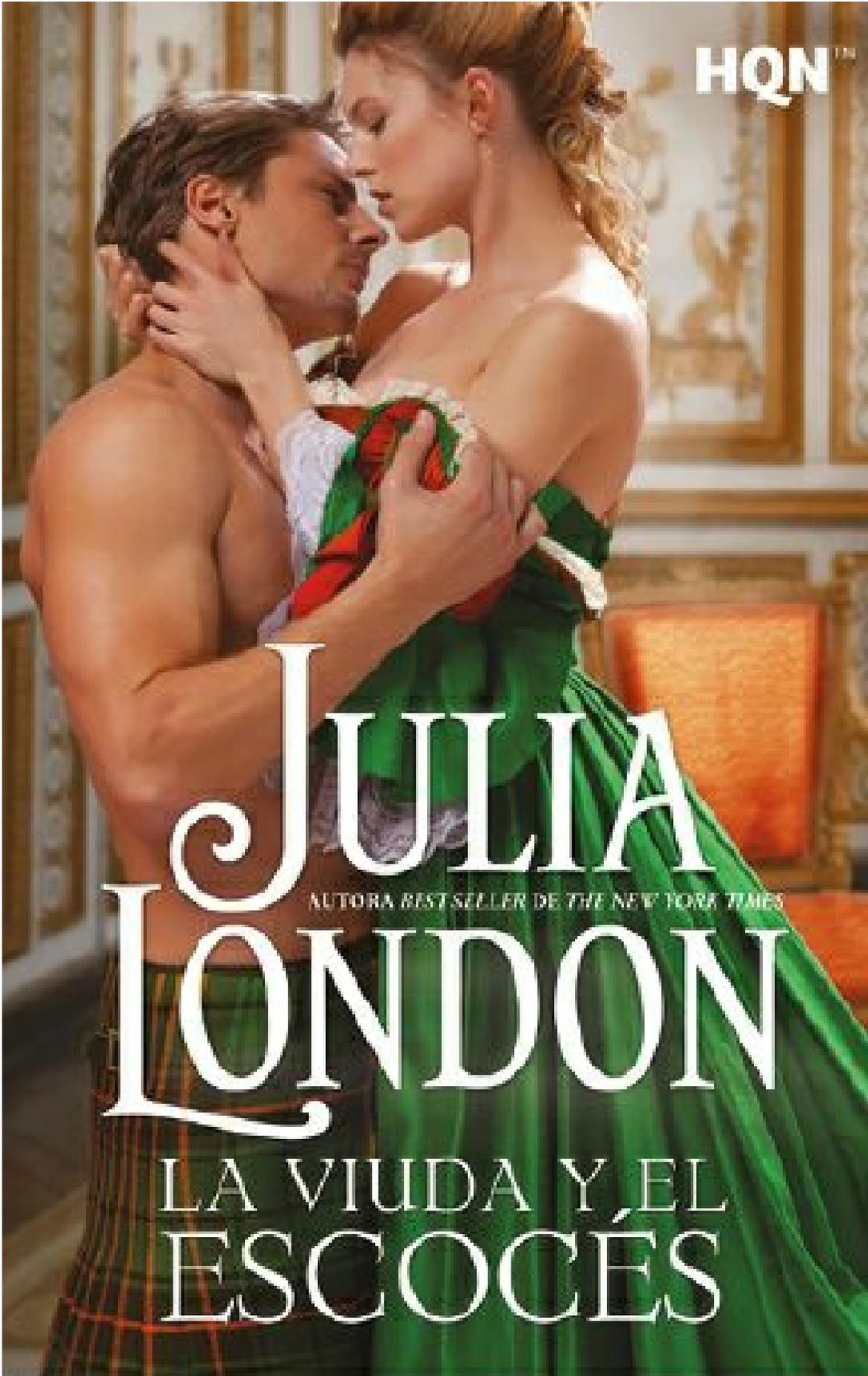
Él soltó una carcajada.

—Y me has convencido del todo, mi preciosa orquídea —replicó, devorándola con los ojos—. Te amo con locura.

—Y yo a ti, desenfrenadamente.

Blair la besó de nuevo, pero el bebé se empezó a mover en brazos de su madre, y los dos admiraron su precioso y pequeño cuerpo.

Sin duda, estaban en el paraíso.



HQN™

JULIA
LONDON

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

LA VIUDA Y EL
ESCOCÉS

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

www.harpercollinsiberica.com

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e lit

Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

 HARLEQUIN™
The background of the cover is a black and white photograph of a man and a woman in a close embrace, nearly kissing. The woman is on the left, looking towards the man on the right. The lighting is dramatic, highlighting their profiles against a dark background.

INTENSE

ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera.

Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

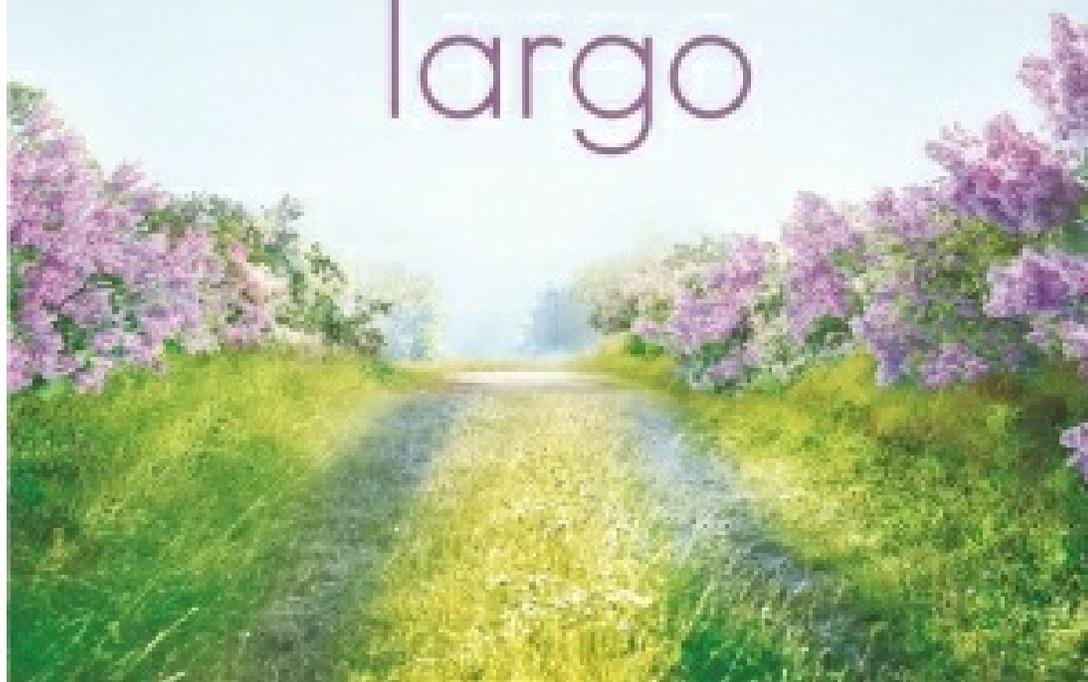
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Bianca™



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



destino: compromiso

El club de viaje de los corazones solitarios

KATY COLINS



Destino: compromiso

Colins, Katy

9788413078151

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¡A Georgia acababan de ofrecerle la oportunidad de su vida! Ser la protagonista de un programa televisivo de viajes que pondría definitivamente en el mapa a su empresa y la de Ben. Pero Georgia no estaba del todo segura de que su relación estuviera en condiciones de ser examinada con microscopio, porque, aunque Ben y ella hubieran sobrevivido a su primera discusión, ¡el descubrimiento de un deslumbrante anillo de compromiso en la maleta de Ben lo había trastocado todo! ¿Estarían realmente preparados para el matrimonio?

Y, lo que era más importante, después de su último desengaño amoroso, ¿lo estaría ella? El viaje estaba destinado a ser una aventura como ninguna otra. Con el telón de fondo del maravilloso Chile, Ben y Georgia debían decidir si su amor merecía todos sus esfuerzos... "Puro entretenimiento". Heat "Una guía femenina de supervivencia y aventura". Sarah Morgan "No me canso de recomendar este libro. Está bellamente escrito, tiene una trama brillante y unos personajes fantásticos. ¡Léelo!" Blabbering About Books

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ÍNDICE

- Créditos
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Si te ha gustado este libro...